FLAVIO JOSEFO

LA GUERRA DE LOS JUDÍOS

Libro IV

DESDE EL ASEDIO DE GAMALA HASTA LA PARTIDA DE VESPASIANO A ROMA

(otoño del 67 - primavera del 70 d. C.)

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

JESÚS M.ª NIETO IBÁÑEZ



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 264

EX LIBRIS



ARMAUIRUMQUE

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por FRANCISCO JAVIER GÓMEZ ESPELOSÍN.

Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 1999.

Depósito Legal: M. 42515-1997.

ISBN 84-249-1885-1. Obra completa.
ISBN 84-249-1998-X. Tomo II.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 1999.

LIBRO IV

NOTA TEXTUAL

Edición de Niese[1]	Nuestro texto
40 (9) δαπανᾷ δ' ἡ τύχη τι καὶ	παλίμπους δ' ἡ τύχη *L'*
58 (13) παρακλήσεως	παρακλήσει *L'*
96 (11) † γνωσθήσεσθαι	γνώσεσθαι *AM*
146 (3) προφάσεις	πρόφασιν *L'VRC*
164 (21) † εἰ δεῖ μὴ	εἰ δὲ δεῖ coni. Thackeray
164 (1) εἰμὶ	εἶμι Destinon, Thackeray
193 (20) ἐλπίσαντας	ἀπελπίσαντας Destinon,
213 (5) ὅπλοις	ὅλοις *MLVRC, Versio Latina*
367 (8) [ἡμῖν]	om. *Versio Latina*, Thackeray
388 (23) † ἔνθα	ἐνθέων Holwerda
517 (22) Ναΐν	'Αΐν Destinon
547 (1) Φρηγδίακον	Βηδριακὸν Hudson
551 (12) Βήθηγά	Βηθηλά *VRC*
552 (17) Χαραβὶν	Καφαραβὶν *Berol. 223, m. 2 Lips. gr. 37*
569 (20) ὧν ἐκεῖ	ᾤκει Destinon
598 (14) συνετηρήσαμεν	ἀλλὰ καὶ συνεργήσειν *C*

[1] Citamos el pasaje con el número del párrafo y, entre paréntesis, con el de la línea de la edición de Niese.

SINOPSIS

DESDE EL ASEDIO DE GAMALA HASTA LA PARTIDA DE VESPASIANO A ROMA

(otoño del 67 – primavera del 70 d. C.)

1. La conquista de Galilea. Gamala. – 11. Vespasiano en la toma de Gamala. – 54. Conquista del monte Itabirion. – 62. Final de la ciudad de Gamala. – 84. Rebelión de Giscala. Tito entra en acción. – 97. Huida de Juan de Giscala a Jerusalén. – 112. Caída de Giscala. Sumisión total de Galilea. – 121. Juan de Giscala en Jerusalén. – 128. Revueltas en Judea. – 135. Los zelotes en Jerusalén. Sus crímenes. – 158. Reacción del pueblo. Anano y su discurso. – 193. Anano se enfrenta a los zelotes. – 208. Traición de Juan de Giscala. – 224– Los zelotes piden ayuda a los idumeos. – 233. Los idumeos en Jerusalén. El discurso del sumo sacerdote Jesús. – 270. Respuesta de Simón, jefe de los idumeos. – 283. Los idumeos acampan ante los muros de Jerusalén. – 288. Los zelotes permiten la entrada de los idumeos en la ciudad. – 305. Ataque de idumeos y zelotes contra Anano. – 314. Muerte de Anano y Jesús. Otras matanzas. – 334. Falsos tribunales. El caso de Zacarías. – 345. Retirada de los idumeos. – 353. Aumenta la crueldad de los zelotes. Muerte de Gorión y Níger. – 366. Vespasiano retrasa la toma de Jerusalén. – 377. Deserciones judías. Respuesta de los zelotes. – 389. Juan de Giscala y su tiranía. – 398. – Los sicarios ocupan Masadá. Su vandalismo en Judea. – 410. Vespasiano ocu-

pa Gadara. – 419. Plácido en Jericó. – 437. Plácido somete toda Perea. – 440. Insurrección de la Galia. Vespasiano somete Judea e Idumea. – 451. La región de Jericó y el valle del Jordán. La fuente de Eliseo. – 476. El lago Asfaltitis. La región de Sodoma. – 486. Toma de Gerasa. – 491. Muerte de Nerón. Crisis política en Roma. Nuevo retraso del ataque a Jerusalén. – 503. Simón, hijo de Giora, en Masadá. Se enfrenta a los zelotes. – 529. Devastación de Idumea. La ciudad de Hebrón. – 538. Los zelotes capturan a la mujer de Simón. – 545. Guerra civil en Italia. – 550. Vespasiano concluye la conquista de Judea. – 556. Continúan las atrocidades de los zelotes. – 566– Discordias entre los zelotes. Los idumeos frente a Juan de Giscala. – 577. Simón se hace dueño de la situación. – 585. Vitelio en Roma. Vespasiano es proclamado emperador. – 605. Vespasiano en Egipto. Descripción de Alejandría. – 616. La aclamación de Vespasiano recibe más apoyos. – 622. Liberación de Josefo.– 630. Muciano acude a Italia. – 633. Antonio Primo y Cecinna. Derrota de los hombres de Vitelio en Cremona. – 645. Guerra civil en Roma. Muerte de Vitelio. – 656. Vespasiano regresa a Roma desde Alejandría. Tito aume el ataque a Jerusalén.

La conquista de Galilea. Gamala

Después de la derrota de Tariquea[2] se 1
rindieron todos los galileos que, tras la
conquista de Jotapata[3], aún seguían en-
frentados con los romanos. Estos últimos
se apoderaron de todas las fortificaciones
y de las ciudades, excepto Giscala[4] y las que se hallaban en
el monte Itabirion[5]. A éstas se unió la ciudad de Gamala[6], 2
situada frente a Tariquea al otro lado del lago[7]. Esta pobla-

[2] El asedio y conquista de Tariquea, la bíblica Migdal o Magdala, al norte de Tiberíades, ha ocupado el final del libro III.

[3] La toma de esta ciudad de la Galilea Superior, al noroeste de Séforis, ha sido narrada en III 141-398.

[4] Ciudad situada al norte de la Galilea Superior.

[5] Tanto Tariquea, como Giscala, Sogane, Seleucia y la región del monte Itabirion habían sido fortificadas por el propio Josefo; cf. II 573-575 y *Autobiografía* 187. El monte Itabirion o Tabor, al sudeste de Nazarat, era una de las montañas sagradas del Judaismo.

[6] Ciudad situada en la Gaulanítide Inferior, frente a Tariquea, en el lado oeste del lago Gennesar. Su ubicación exacta sigue aún discutida; cf. E. Schürer, *Geschichte des jüdischen Volkes im Zeitalter Jesu Christi* = *Historia del pueblo judío en tiempos de Jesús*, Madrid, 1985, II, pág. 633. Según relata *Autobiografía* 46-61, este enclave se mantuvo en un principio fiel a los romanos.

[7] Lago Gennesar.

ción estaba dentro del territorio de Agripa[8], junto con Soga-
ne[9] y Seleucia[10], que pertenecían ambas a la Gaulanítide:
Sogane formaba parte de la llamada Gaulanítide Superior y
Gamala de la Inferior, mientras que Seleucia estaba al lado
3 del lago Semeconitis[11]. La anchura de este lago es de trienta
estadios y su longitud de sesenta. Sus terrenos pantanosos
llegan hasta Dafne[12], un lugar encantador sobre todo por te-
ner unas fuentes que abastecen al llamado Pequeño Jor-
dán[13], que discurre por debajo del Templo del Becerro de
4 Oro[14] hasta desembocar en el gran Jordán. Agripa se había
atraído a los habitantes de Sogane y Seleucia por medio de
de tratados al comienzo de la revuelta, si bien Gamala no se
rendía, pues estaba confiada más que Jotapata en las difi-
5 cultades de su terreno. En efecto, desde una alta montaña se
extiende un estrecho escabroso que en la mitad tiene una
cresta, cuya elevación se prolonga tanto por delante como

[8] Los límites de este reino han sido definidos en II 247 y 252.

[9] En la Gaulanítide Superior, a 9 kilómetros al nordeste del lago de Gennesar.

[10] También en la Gaulanítide Superior, cerca del lago Semeconitis.

[11] Es el lago pantanoso de El-Hule, al norte del lago de Gennesar, donde desemboca el río Jordán. Sus dimensiones actuales, poco más de 11 kilómetros, hacen imposible los 60 estadios de largo mencionados aquí.

[12] Actual Khirbet Dafne, en el norte de Galilea, al sur de Dan, donde nace uno de los afluentes del Jordán; cf. F. M. Abel, *Geógraphie de la Palestine*, Paris, 1933-1938, I, pág. 444.

[13] El pequeño Jordán es la parte de este río que discurre desde sus fuentes, en Cesarea de Filipo, hasta el lago Semeconitis. El gran Jordán es el resto de su curso, hacia el sur de este lago. Una descripción de estos lugares la ha hecho ya Josefo en III 509 ss.

[14] *I Reyes* 12, 29, y *Antigüedades* 8, 226, mencionan los dos templos levantados por Jeroboam en Dan y Betel, en los que colocó dos becerros de oro.

por detrás, de modo que presenta la forma de un camello.
De aquí procede su nombre, pues los habitantes de esta zona
no pronuncian el sonido exacto de esta palabra[15]. Por los 6
laterales y por delante está rodeada por barrancos intransita-
bles; en cambio presenta menos dificultades de acceso en la
parte de atrás, por donde se une a la montaña. Sus habitan-
tes hicieron también complicado este paso mediante un fo-
so, que excavaron allí en sentido transversal. Las casas que 7
había en la parte escarpada de la montaña estaban pegadas
las unas a las otras de un modo asombroso. Parecía que la
ciudad estaba suspendida en el aire y que desde arriba iba a
desplomarse sobre sí misma. Estaba orientada hacia el sur y 8
el promontorio que miraba a este lado y que alcanzaba una
inmensa altura constituía la ciudadela de esta población.
Debajo había un precipicio sin muralla que llegaba hasta un
barranco muy profundo y en el interior de la muralla había
una fuente, donde acababan los límites de la ciudad.

Josefo amuralló y fortificó con galerías subterráneas y 9
con fosos[16] esta localidad, que ya por la naturaleza era difí-
cil de atacar. Sus habitantes estaban más seguros que los de 10
Jotapata por la propia naturaleza del lugar, aunque el núme-
ro de sus combatientes era inferior, pues, confiados en el te-
rreno, no aceptaban a otras personas. A causa de la seguri-
dad que proporcionaba la ciudad, ésta estaba llena de
refugiados y por ello hizo frente durante siete meses a las
tropas que Agripa había enviado para sitiarla[17].

---

[15] Esta afirmación esta hecha desde el punto de vista griego, pues los habitantes de Gamala hablaban arameo, no griego. En aquella lengua camello es *gamlā'*, en clara relación etimológica con Gamala.

[16] Cf. II 574.

[17] Estos mismos hechos son narrados en *Autobiografía* 114.

Vespasiano en la toma de Gamala

11 Vespasiano salió de Amato (el nombre de esta ciudad podría traducirse por «baños termales», ya que en ella hay una fuente de agua caliente con propiedades curativas)[18], donde tenía instalado su
12 campamento frente a Tiberiades[19] y llegó a Gamala. Dada la posición de la ciudad, no fue capaz de rodearla totalmente de guardias, por lo que colocó guarniciones donde pudo y
13 ocupó la montaña que dominaba la población. Una vez que las legiones establecieron su campamento, tal y como suelen hacer habitualmente[20], Vespasiano empezó a construir terraplenes por la parte de atrás. En el este, donde estaba la torre más alta de la ciudad, se hallaba la legión décima quinta, en el centro de la ciudad actuaba la legión quinta y la déci-
14 ma cubría los fosos y los barrancos. Entonces uno de los honderos dio al rey Agripa con una piedra en el codo derecho, cuando éste se acercaba a las murallas para intentar parlamentar sobre la rendición con los que estaban dentro.
15 Inmediatamente le rodearon sus hombres. La indignación por lo sucedido a su rey y el temor que sentían por sí mismos hizo que los romanos se dedicaran con mayor ahinco al
16 asedio, puesto que eran conscientes de que los que se han comportado de una forma salvaje contra una persona de su

---

[18] Actual Hammat, entre Tiberias y Tariquea. Las propiedades curativas de sus aguas termales han sido y son famosas; cf. II 614 y *Antigüedades* XVIII 36. No obstante, el nombre de estos baños presenta algunas variantes textuales, como *Ammaoûs, Amathoûs* o *Ammathoûs*.

[19] Esta ciudad fue levantada en honor de Tiberio, protector de Herodes Antipas, en la orilla derecha del lago Gennesar, que por ello recibirá también el nombre de lago de Tiberíades.

[20] En el *excursus* del libro III sobre el ejército romano, Josefo dedica un espacio importante al campamento romano; cf. III 77 ss.

misma raza, que les daba un consejo en su propio interés, no escatimarían crueldad contra extranjeros y enemigos[21].

Cuando se concluyeron con gran rapidez los terraplenes, 17
debido a la gran cantidad de manos y a la costumbre que tenían en hacerlo, los romanos acercaron las máquinas. Los 18
hombres de Cares y de Josefo[22], que eran los más importantes de la ciudad, pusieron en orden de batalla a los soldados, a pesar de que éstos estaban asustados, pues pensaban que no iban a aguantar el asedio mucho tiempo al no tener suficiente agua y otras provisiones. No obstante, consiguie- 19
ron llevarlos a la muralla con muchas voces de ánimo, y durante poco tiempo hicieron frente a los enemigos que se aproximaban con las máquinas. Sin embargo, al ser alcanzados por las catapultas y las balistas[23], se retiraron al interior de la ciudad. Los romanos se acercaron y atacaron la 20
muralla por tres puntos con los arietes. A través de las brechas abiertas penetraron no sin hacer mucho ruido con las trompetas y con las armas, y con gritos de guerra entraron en combate con los que defendían la ciudad. De momento 21
los judíos resisten la entrada de los primeros romanos, impiden que éstos avancen más dentro y les hacen frente con valor. Sin embargo, forzados por la muchedumbre que les 22
salía al encuentro por todos los sitios, se dirigen a las zonas altas de la ciudad y, como los enemigos les perseguían, se volvieron contra ellos, los empujaron por la pendiente y allí,

[21] Un espíritu filorromano subyace en ésta y en otras expresiones de nuestro autor, que apunta a los propios judíos, en especial a sus disensiones y enfrentamientos internos, como verdaderos culpables del desatre de su pueblo.

[22] Josefo de Gamala, que morirá en la toma de esta ciudad; cf. IV 66.

[23] En griego *lithobóla* o *petrobóla*, «lanzadoras de piedras», aunque este artefacto también servía para arrojar otro tipo de materiales contundentes, como podía ser el plomo.

acorralados por la estrechez y la dificultad del lugar, los
23 mataron. Y, al no poder defenderse de los que venían por
arriba ni pasar a través de los suyos que los empujaban ha-
cia adelante, se refugiaron en las casas de sus enemigos, que
24 tenían los techos pegados al suelo[24]. Pero, cuando se llena-
ron de gente y ya no podían soportar el peso, enseguida se
derrumbaron. Con que se cayera una de ellas, hacía que se
desplomaran otras muchas que estaba debajo, y éstas, a su
25 vez, hacían los mismo con otras. Esto acabó con la vida de
un gran número de romanos; ante las dificultades saltaron
sobre los tejados, a pesar de que veían hundirse la casas.
Muchos fueron sepultados por los escombros y un gran nú-
mero de ellos pudo escapar, aunque con heridas en alguna
parte del cuerpo; la mayoría murió asfixiada por el polvo
26 que se levantaba. Los habitantes de Gamala creyeron que
esto era obra de Dios y, sin tener en cuenta el daño que se
hacían a sí mismos, continuaron su estrategia: empujaban a
los enemigos hacia los tejados, mientras disparaban desde lo
alto y mataban a los que resbalaban por las empinadas calles
27 y a todos los que caían. De los escombros sacaban gran
cantidad de piedras, y los cadáveres enemigos les propor-
cionaban armas. Con las espadas de los que ya habían falle-
28 cido remataban a los que tardaban en morir. Muchos roma-
nos perdieron su vida al arrojarse desde las casas que se
29 venían abajo. No era nada fácil huir, ya que por no tener
idea de las calles y al no reconocerse entre ellos mismos por
la densa polvareda, volvían hacia atrás y caían los unos so-
bre los otros.

30 Los que a duras penas encontraron la salida se alejaron
31 de la ciudad. Vespasiano, que siempre estaba junto a los su-

[24] Como se acaba de decir en IV 7, las casas estaban construidas de forma escalonada en la parte escarpada de la montaña.

yos cuando se hallaban en una situación comprometida, se llenó de una gran pena al ver que la ciudad se había derrumbado sobre su ejército. Se olvidó entonces de su propia seguridad y, sin darse cuenta, poco a poco llegó a la parte más alta de la ciudad, donde se vio totalmente solo ante el
peligro con un pequeño grupo de soldados. Su hijo Tito no 32
estaba en ese momento con él, pues lo había enviado a Siria
junto a Muciano[25]. A pesar de ello, no le pareció seguro ni 33
conveniente volverse atrás. Al contrario, por el recuerdo de los esfuerzos que había soportado desde su juventud[26] y de su propia valentía personal, como si estuviera poseído por Dios[27], hizo que sus hombres se protegieran sus cuerpos y
sus armaduras con los escudos. Así aguantó el ataque que se 34
precipitaba desde lo alto sin temer la gran cantidad de soldados ni de flechas, hasta que los enemigos redujeron su embestida, al ver que el valor de su alma tenía un origen
sobrenatural. Como entonces disminuyó el ataque, Vespa- 35
siano retrocedió lentamente sin dar la espalda, hasta que se
vio fuera del muro. Muchos fueron los romanos que pere- 36
cieron en este combate. Entre ellos se encontraba el decurión Ebucio, personaje que no sólo se distinguió en esta lucha, sino que también lo había hecho antes en otras partes[28] y había ocasionado innumerables males a los judíos.
Un centurión llamado Galo, rodeado en medio del tumul- 37
to, se introdujo en una de las casas con diez soldados. Como 38

[25] C. Licinio Muciano fue Legado de Siria del año 64 al 69, cuando Vespasiano se hizo cargo de la guerra judía; cf. SUETONIO, *Vespasiano* IV y TÁCITO, *Historias* I 10 y II 5.

[26] Se insiste en la mismas virtudes de Vespasiano expuestas en III 4.

[27] La idea de que Dios, la Fortuna en el sentido clasico, está de parte de los romanos se materializa sobremanera en la persona de Vespasiano, cuya elección estuvo ya inspirada por el propio Dios; cf. III 404.

[28] Por ejemplo en la toma de Jotapata; cf. III 144.

el propio Galo y sus hombres eran sirios, entendieron lo que sus ocupantes hablaban durante la cena acerca de lo que el pueblo planeaba contra los romanos y en su propia defensa. Por la noche este centurión salió contra ellos, los mató a todos y con sus soldados se refugió sano y salvo en el campamento romano.

39 Vespasiano consolaba a su ejército, que, sin conocer las desgracias, se hallaba desanimado por el hecho de que hasta entonces nunca había sufrido una derrota tan grande y, sobre todo, porque estaba avergonzado de haber abandonado a
40 su general solo ante los peligros. Vespasiano, sin hacer ninguna referencia a sí mismo, para que de ningún modo pareciera que les criticaba, les dijo que era preciso soportar valientemente los males que son comunes a todos, pues había que tener en cuenta la naturaleza de la guerra, ya que nunca se obtiene la victoria sin derramamiento de sangre y la For-
41 tuna es inconstante[29]. Sin embargo, tras haber matado a tantos miles de judíos, ellos habían pagado a la divinidad[30]
42 sólo un pequeño tributo. Y así como es propio de personas vulgares ensoberbecerse en exceso ante la prosperidad, así también es propio de gente débil hundirse ante las desgracias. «Pues el cambio de una situación a otra es rápido y es mejor aquel que se mantiene sobrio incluso en la buena suerte, para que pueda también enfrentarse con arrojo a la
43 adversidad. Sin embargo, los hechos de ahora no han ocurrido por vuestra debilidad ni por el valor de los judíos, sino que las dificultades del terreno han sido la causa de su éxito

[29] El original griego *palímpous* literalmente significa «que vuelve sobre sus propios pasos». Este término, utilizado aquí por Josefo como un epíteto poético de la Fortuna, sólo está atestiguado en Licofrón, *Alejandra* 126 y 893 y en Meleagro de Gadara, *Antología Palatina* V 163.

[30] Esta divinidad podría ser tanto el dios de la guerra como la propia Fortuna, según la opinión de Thackeray, en su edición *ad loc.*

y de vuestra derrota. En relación con ello alguien os podría 44
echar en cara vuestro descontrolado coraje, pues, cuando los enemigos se refugiaron en la parte elevada de la ciudad, teníais que haber retrocedido y no ir detrás de los peligros que os sobrevenían desde arriba. Os debíais haber apoderado de la zona baja de la ciudad y desde un lugar seguro haber provocado poco a poco a entrar en un combate con garantías a los que habían huido arriba. Sin embargo, al perseguir la victoria sin mesura os habéis olvidado de vuestra seguridad. No es 45
propio de los romanos obrar irreflexivamente en la guerra y atacar a lo loco, pues nosotros hacemos todo según un orden y de acuerdo con la experiencia. En cambio, este comportamiento es algo propio de gente bárbara y en ello es en lo que precisamente más destacan los judíos[31]. Por tanto, he- 46
mos de volver a nuestra propia virtud e indignarnos antes que desanimarnos por esta derrota inmerecida. Que cada 47
uno busque el mejor alivio con su propia mano, pues de esta forma vengaréis a los que han muerto y castigaréis a los que les dieron muerte. Yo por mi parte, como he hecho ahora, 48
intentaré en todas las batallas ir contra el enemigo delante de vosotros y ser el último en retirarme».

Con estas palabras reanimó al ejército. Los habitantes de 49
Gamala se llenaron de confianza durante un pequeño espacio de tiempo a causa de la inesperada e importante victoria que habían obtenido. Pero después, cuando se dieron cuenta 50
de que no tendrían ni siquiera la posibilidad de llegar a un acuerdo y cuando comprendieron que no podían huir, pues ya faltaban las provisiones, se llenaron de un terrible desánimo y se quedaron con el espíritu decaído. A pesar de to- 51
do no se olvidaban, en la medida de lo posible, de su salva-

[31] Este mismo rasgo se destaca como uno de los secretos del éxito del ejército romano frente al de otros pueblos; cf. III 98 ss.

ción, sino que los más valientes custodiaban las partes derribadas de la muralla y los demás permanecían en las zonas
52 que aún quedaban en pie. Cuando los romanos levantaron los terraplenes y de nuevo intentaron el ataque, la mayoría de los judíos salió corriendo de la ciudad por impracticables barrancos, donde precisamente no había guardias, y por ga-
53 lerías subterráneas[32]. Todos los que se quedaron dentro de la ciudad por miedo a ser cogidos, murieron de inanición, ya que todas las provisiones habían sido requisadas para los que podían combatir.

Conquista del monte Itabirion

54 Los habitantes de Gamala resistían tales calamidades, mientras[33] que Vespasiano, como un hecho más del asedio, se puso también en acción contra los que habían ocupado el monte Itabirion, que está entre la Gran
55 Llanura[34] y Escitópolis[35]. Este monte tiene una altura de treinta estadios y es casi inaccesible por el lado norte. En su cima hay una planicie de veintiséis estadios fortificada por todos sus la-
56 dos[36]. Josefo había levantado en cuarenta días estas murallas tan

---

[32] Cf. IV 9.

[33] La narración de estos acontecimientos de Gamala se interrumpe en este punto y se reanuda en IV 62.

[34] Normalmente Josefo se refiere con esta denominación a la Gran Llanura de Esdrelón (por ejemplo, II 232), si bien en *Autobiografía* 207 se trata de la llanura de Asoquis (cf. I 86). Por los lugares geográficos citados en este pasaje, monte Itabirion y Escitópolis, es más factible la segunda de estas localizaciones.

[35] Sobre esta ciudad de la Decápolis de gran importancia estratégica en la ribera oeste del Jordán, conocida tanto por el nombre helenístico de Escitópolis como por el semítico de Betsán, véase la nota a I 65.

[36] Estas cifras no son reales. Según consigna Abel, *Geógraphie...*, I, págs. 353-357, su altitud sobre el nivel del mar es de 588 metros y su altura sobre las regiones circundantes es de 455 metros. La llanura que hay en su cima alcanza una extensión de 1.200 metros de largo por 400 de ancho.

grandes[37] y les había provisto de agua y otros recursos traídos de abajo, ya que sus habitantes no disponían más que del agua de la lluvia. Como se había reunido allí mucha gente, Vespasiano en- 57
vió a Plácido con seiscientos jinetes. Al ser imposible entrar en el 58
lugar, exhortó a la mayoría de sus habitantes a llegar a un acuerdo de paz con la esperanza de que iban a obtener un buen trato y con el consejo de que lo aceptaran. Los de Gamala bajaron con malas 59
intenciones. Plácido[38] les hablaba con gran afabilidad, pues pretendía capturarlos en la llanura, mientras que los judíos, por su parte, descendían como si realmente le fueran a hacer caso, pero su intención era caer sobre él cuando estuviera desprevenido. Sin 60
embargo fue la artimaña de Plácido la que triunfó. Cuando los judíos iniciaron el combate, él fingió huir, arrastró a sus perseguidores un gran trecho por la llanura y volvió contra ellos su caballería. Así les obligó a huir, acabó con la vida de la mayoría de esta gente y al resto le cortó el camino y le impidió la retirada. Los que 61
habían abandonado el monte Itabirion se refugiaron en Jerusalén, mientras que la gente del lugar aceptó las propuestas de Plácido, pues ya les faltaba el agua, y se entregaron ellos mismos y el monte a Plácido.

Final de la ciudad de Gamala

Los habitantes de Gamala más auda- 62
ces consiguieron huir sin ser vistos, mientras que los débiles murieron de hambre.
Los combatientes resistieron el asedio has- 63
ta que el día veintidós del mes Hiperbereteo[39] tres soldados de la décimoquinta legión se arrastraron durante la guardia

[37] La enumeración de los lugares fortificados por Josefo puede verse en II 573 y en *Autobiografía* 188.

[38] Es el tribuno encargado de las tropas de Galilea antes y después de la llegada de Vespasiano; cf. III 59, 110-111, y *Autobiografía* 213 y 411.

[39] Mes del calendario macedónico, que se corresponde con el hebreo Tišrí y con parte de nuestros meses de octubre y noviembre.

del amanecer[40] hasta la torre que tenían frente a ellos y la
64 minaron en secreto. Los centinelas que estaban sobre ella no
se dieron cuenta de que estos soldados se acercaban, ya que
era de noche, ni de que ya estaban allí. Los tres individuos,
sin hacer ruido, echaron a rodar las cinco piedras más gran-
65 des y se retiraron de un salto hacia atrás. La torre se vino al
suelo súbitamente con gran estruendo. Los guardias se pre-
cipitaron abajo junto con ella, mientras que los demás centi-
66 nelas huyeron llenos de miedo. Los romanos aniquilaron a
muchos de los que se atrevieron a abrirse paso, entre los que
se encontraba Josefo[41], al que un soldado hirió y mató
67 cuando se escapaba por la parte derribada de la muralla. Los
que estaban dentro de la ciudad, asustados por el ruido, co-
rrían agitados sin parar de un lado para otro, como si todos
68 los enemigos estuvieran ya en el interior. Entonces murió
también Cares, que yacía enfermo, pues un gran temor ha-
bía contribuido a que su enfermedad desembocara en la
69 muerte. Sin embargo, los romanos, que recordaban el de-
sastre anterior[42], no entraron hasta el día veintitrés de dicho
70 mes.

Tito, que ya estaba presente[43], airado por la derrota que
los romanos habían sufrido en su ausencia, reunió doscien-
71 tos jinetes, además de algunos soldados de infantería, y pe-
netró en silencio en la ciudad. Los centinelas, cuando se
percataron de ello, corrieron a gritos por las armas. Tan pron-
to como la gente de la ciudad se enteró de su llegada, unos

---

[40] Se trata del último de los turnos de guardia, cuando los centinelas estaban más cansados y era más fácil sorprenderles. Sobre las horas de guardia, véase la nota a III 319.

[41] Es Josefo de Gamala citado en IV 18.

[42] Cf. IV 13-30.

[43] Habia regresado después de haber llevado a cabo una misión en Siria con Muciano; cf. IV 32.

cogieron a sus hijos y mujeres y los arrastraron para refugiarse en la ciudadela con llantos y gritos, mientras otros, que salieron al encuentro de Tito, perecían sin parar. Todos 72
los que no pudieron correr a la parte alta cayeron desconcertados en los puestos de guardia de los romanos. En todos los sitios se oían los innumerables gemidos de los que morían, y la sangre que fluía por las pendientes cubría toda la ciudad. Ves- 73
pasiano vino con todos sus hombres para colaborar en el ataque contra los que se habían refugiado en la ciudadela. La cima era 74
por todos los lados rocosa y de difícil acceso, pues tenía una inmensa altura y estaba llena de abismos que la rodeaban por todos los sitios y abierta a los precipicios[44]. Desde allí los judíos 75
atacaban a los enemigos que se acercaban con diversos proyectiles y con piedras, que hacían rodar desde arriba. Ellos, en cambio, al estar en una posición alta, no podían ser alcanzados por los disparos de los legionarios. Pero para su desgracia so- 76
brevino contra ellos una milagrosa tormenta que les atraía las flechas de los romanos, mientras que daba la vuelta a las suyas y las desviaba hacia otro lado. Los judíos en su posición escar- 77
pada, por la fuerza del viento y la falta de suelo firme, no podían mantenerse en pie ni ver a los enemigos que se aproximaban a ellos. Los romanos subieron la cima, rodearon a los 78
hebreos y acabaron con la vida de los que se defendían y de los que les tendían sus manos en actitud de rendición. El recuerdo de los que habían perecido en el primer ataque[45] a Gamala encendió la ira romana contra todos. Muchos judíos, que habían perdido la esperanza de salvación, al verse rodeados por todas 79
partes se arrojaron ellos mismos, junto con sus hijos y mujeres, al barranco que debajo de la ciudadela se había abierto con una

[44] El pasaje no está exento de problemas textuales.

[45] Cf. IV 13-30.

80 gran profundidad[46]. En consecuencia, la cólera de los romanos parecía más suave que locura de los vencidos contra sí mismos. Cuatro mil judíos fueron degollados por los romanos, mientras que se vio que fueron más de cinco mil los que se precipitaron
81 por el barranco. No se salvó nadie, excepto dos mujeres[47]; ambas eran hijas de la hermana de Filipo[48]. Este Filipo era hijo de un tal Jácimo, un varón ilustre que había sido comandante del
82 rey Agripa. Estas mujeres se salvaron porque escaparon al furor romano en la toma de la ciudad, ya que no perdonaron ni siquiera a los niños pequeños, sino que en varias ocasiones cogieron a muchos de ellos y los arrojaron desde la ciudadela. De
83 esta forma fue tomada Gamala el día veintitrés del mes de Hiperbereteo[49], cuando su revuelta se había iniciado el día veinticuatro del mes de Gorpieo[50].

Rebelión de Giscala. Tito entra en acción

84 Solamente faltaba por someter Giscala[51], una pequeña población de Galilea. Sus habitantes deseaban la paz, pues en su mayor parte eran agricultores y siempre tenían puestas sus esperanzas en las cosechas. Sin embargo, para su desgracia, se había introducido entre ellos una pandilla no pequeña de bandidos[52], a los que

[46] Seguramente también puede tratarse de las galerías y fosos excavados por Josefo, según se ha relatado en IV 9 y 13.

[47] En la toma de Masadá también ocurrirá lo mismo, sólo se salvarán dos mujeres; cf. VII 404.

[48] Sobre este personaje, véase nota a II 421.

[49] Es decir, el día 10 de noviembre del año 67; cf. la edición de NIESE, *ad loc.*

[50] El día 12 de octubre del 67; cf. la edición de NIESE, *ad loc.*

[51] Ciudad de la Galilea Superior.

[52] No son bandidos en el sentido estricto del término, sino, en la terminología habitual de nuestro autor, los rebeldes o facciosos, esa pequeña minoría judía culpable de toda la guerra contra Roma.

se habían unido también algunos ciudadanos. A este grupo lo 85
dirigía e incitaba a la revuelta Juan, hijo de Leví, persona falaz, de un carácter muy astuto, dispuesto a tener grandes esperanzas y hábil para realizar sus ambiciones. Todos sabían que
quería la guerra para obtener el poder[53]. Él fue el creador de 86
un grupo de sediciosos entre los habitantes de Giscala, que hizo que el pueblo, que tal vez habría enviado embajadores para negociar la rendición, esperara la llegada de los romanos
en actitud hostil. Vespasiano envió contra ellos a Tito con mil 87
jinetes y se llevó la décima legión a Escitópolis. Mientras, él 88
mismo con dos de las legiones que le quedaban regresó a Cesarea[54] para que descansaran de sus múltiples fatigas y porque creía que de esta forma, con la abundancia de bienes de estas ciudades, revitalizaría sus cuerpos y sus ánimos para las luchas futuras. Pues veía el gran esfuerzo que aún le quedaba 89
por hacer en Jerusalén, una ciudad real, capital de toda la nación, donde acudían todos los que huían de la guerra. La soli- 90
dez natural de esta ciudad y la construcción de sus murallas hacía que su preocupación no fuera casual. Pensaba, además, que el valor y la audacia de sus habitantes serían difíciles de vencer, aun sin tener en cuenta las murallas. Por ello entrena- 91
ba a sus soldados como atletas antes del combate.

A Tito, que se había aproximado a Giscala con la caba- 92
llería, le era fácil tomar por asalto la ciudad. Sin embargo, como sabía que, si se apoderaba de ella a la fuerza, toda su gente sería ejecutada por los soldados, prefería más bien ga-

---

[53] Esta presentación de Juan de Giscala está expresada en términos similares a los ya expuestos en el retrato de este personaje en II 585 ss.

[54] En III 412 se ha dicho que Vespasiano dejó en Cesarea la legión V *Macedonica* y la X *Fretensis*, si bien allí se precisó que envió a Escitópolis la XV *Apollinaris*, no la X. Sobre esta importantísima ciudad refundada por el rey Herodes en la antigua Torre de Estratón puede verse la nota a I 80, con bibliografía al respecto.

nar la ciudad mediante un acuerdo, pues él estaba ya harto de muertes y se apiadaba de la mayor parte del pueblo que era aniquilado sin distinción juntamente con los culpables[55].
93 Por ello, dado que la muralla estaba repleta de hombres, que en su mayor parte pertenecían al grupo criminal, les dijo que se preguntaba con asombro en quién tendrían puestas sus esperanzas para hacer frente a las armas de los romanos ellos solos, cuando toda la ciudad había sido ya conquista-
94 da. Pues habían visto cómo ciudades mucho más sólidas habían sucumbido con un único ataque, y cómo disfrutaban seguros de sus propios bienes todos los que habían confiado en los pactos con los romanos, precisamente los que ahora
95 él les ofrecía sin guardarles rencor por su insolencia. Se podía perdonar la esperanza de libertad, pero no la insistencia
96 en empresas imposibles. Si no confiaban en sus palabras amistosas ni en las pruebas de fidelidad que les daba, probarían la dureza de sus armas y pronto verían cómo las máquinas romanas abatirían la muralla, pues al confiar en ella demostrarían ser, ellos solos entre los galileos, unos prisioneros de guerra insolentes.

Huida de Juan de Giscala a Jerusalén

97 No sólo no se permitió a nadie del pueblo responder ante estas palabras, sino ni siquiera subir al muro, ya que todo había sido ocupado antes por los bandidos. Había también centinelas en las puertas para que nadie saliera a negociar y para que no dejasen en-
98 trar en la ciudad a ninguno de los soldados de caballería. El propio Juan dijo que le parecían bien estas propuestas y que

[55] Éste es uno de los rasgos de Tito más destacados por Josefo, a saber, su compasión humana ante las desgracias judías; cf. también III 64 y V 316.

convencería u obligaría a aceptarlo a los que se oponían a ello. Sin embargo, era preciso que Tito les respetara aquel 99 día, que era sábado, pues en esta jornada la ley judía prohibía hacer uso de las armas así como concertar un tratado de paz[56]. Los romanos no desconocían que, cuando llegaba el 100 séptimo día de la semana, los judíos no realizaban ningún trabajo, y que en este incumplimiento de la ley pecaba tanto el que obligaba a cometer tal impiedad como el que se veía forzado a ello. El retraso no produciría ningún daño a Tito, 101 pues por la noche qué otra cosa podrían emprender sino la huida, cuando, además, le era posible impedírselo si rodeaba la ciudad con su campamento. Para los judíos, en cambio, 102 tenía mucha importancia no transgredir la leyes sagradas, y convenía que la persona que les ofrecía una paz salvadora, que no se esperaban, respetara sus costumbres. Con estos 103 razonamientos Juan engañó a Tito, pues su mayor interés no era el respeto del sábado, sino su propia salvación. Tenía miedo de ser capturado nada más caer la ciudad y por ello ponía sus esperanzas de conservar la vida en huir por la noche. Era una obra de Dios[57], que salvó a Juan para ruina de 104 Jerusalén, no sólo el hecho de que Tito se dejara persuadir con el pretexto de este retraso, sino el que acampara más lejos de la ciudad, cerca de Cidasa[58]. Era ésta una aldea for- 105

[56] Las estrictas normas que regulaban la observancia del descanso sabático abarcaban también al ámbito bélico. La guerra judía testimonia el respeto por esta norma (cf. II 634), aunque también el hecho de que los enemigos se aprovechen de esta ventaja (cf. I 146).

[57] Se insiste de nuevo en el tema de la Providencia divina, que dispuso desde un principio todos los acontecimientos bélicos para la destrucción de Jerusalén; cf. el apartado 5 de la Introducción.

[58] Por lo que a continuación se indica, seguramente se trata de Cadasa, ciudad de los tirios, citada en II 459. La denominación bíblica de Quedes (*Jueces* 4, 6 ó *I Macabeos* 11, 63) convive con la forma helenizada de *Kýdisos* (Eusebio de Cesarea, *Onomástico* CXVI 2); cf. Abel, *Geógraphie...*,

tificada, en el interior del territorio de los tirios, que siempre había mantenido una actitud bélica y de odio contra los galileos. La base de las diferencias con la nación judía era su gran número de habitantes y su posición fortificada.

106 Por la noche Juan, al ver que no había ningún guardia romano alrededor de la ciudad, aprovechó la ocasión y huyó hacia Jerusalén no sólo con soldados, sino también con nu-
107 merosas personas no armadas junto con sus familias. Pudo llevar con él a una multitud de mujeres y niños a lo largo de veinte estadios, a pesar de estar angustiado por el miedo de ser capturado y de perder la vida. Sin embargo, cuando hubo avanzado más adelante, aquella gente fue dejada atrás y eran terribles los gemidos de los que se vieron abandonados.
108 Pues cada uno de ellos, cuanto más se alejaba de los suyos, tanto más cerca creía estar del enemigo. Llenos de miedo pensaban que ya estaban próximos a ellos los que les iban a hacer prisioneros y se daban la vuelta al oír el ruido que ellos mismos producían en su carrera, como si ya estuvieran
109 encima los enemigos de los que huían. La mayoría fue a parar a lugares infranqueables y la rivalidad por adelantarse
110 unos a otros en el camino acabó con muchos de ellos. Era digna de lástima la muerte de mujeres y niños. Algunas mujeres tuvieron el valor de llamar a sus maridos y familiares
111 con súplicas para que las esperaran. Pero prevaleció la orden de Juan, que les gritaba que se salvaran a sí mismos y que huyeran allí donde pudieran vengarse de los romanos en el caso de que éstos capturaran a los judíos dejados atrás. Así pues, la multitud de los fugitivos se dispersó según la fuerza y rapidez de cada uno.

II, pág. 416. De acuerdo con el comentario de la edición de SCHALIT, *ad loc.*, *Kýdasa* sería la versión tiria del nombre de esta ciudad.

Caída de Giscala. Sumisión total de Galilea

De día, Tito se presentó ante las mu- 112
rallas para concluir el tratado. El pueblo 113
le abrió las puertas, acudió allí junto con
sus familias y le aclamó como benefactor
y libertador de la guarnición que domina-
ba la ciudad. A la vez le informaron de la huida de Juan, le 114
pidieron que les perdonara y que dentro castigara a los rebel-
des que aún quedaban. Tito dejó en un segundo plano las 115
peticiones del pueblo y envió una unidad de caballería en
persecución de Juan. Los soldados no le capturaron, pues se
había dado prisa en refugiarse en Jerusalén. Sin embargo
mataron a unos seis mil hombres de los que habían escapa-
do con él y apresaron a poco menos de tres mil mujeres y
niños después de haberlos rodeado. Tito se sintió disgustado 116
por no haber castigado inmediatamente a Juan por el enga-
ño, si bien fue suficiente consuelo para su decepcionado
ánimo el tener un destacado número de prisioneros y de
muertos. Entró en la ciudad entre aclamaciones y, una vez 117
que dio a sus soldados la orden de derribar una pequeña
parte de la muralla en señal de que había sido sometida, re-
frenó más con amenazas que con un castigo a los que revo-
lucionaban la ciudad. Muchos habrían delatado a inocentes 118
por odios personales y diferencias particulares, en el caso de
que Tito buscara a los merecedores de una sanción. Por ello,
era mejor dejar al culpable en la inseguridad del miedo que
ejecutar con él a alguno de los que no lo merecían[59]. Pues 119
tal vez aquél, por miedo al castigo, podría ser sensato, al
sentirse avergonzado por los males cometidos, mientras que
el suplicio aplicado injustamente ya no tiene remedio. Se 120

[59] Como ya hemos expuesto en nuestra Introducción, apartado 5, Tito es uno de los principales puntos de atención de la obra de Josefo y es, sobre todo, su carácter compasivo el más repetido; cf. II 64, V 59, 310 y VI 184-185.

aseguró de la ciudad con una guarnición con la que pudiera reprimir a los sediciosos y llenar de valor a los partidarios de la paz. De esta forma fue tomada toda Galilea, que con muchos sudores sirvió de entrenamiento a los romanos para la toma de Jerusalén.

Juan de Giscala en Jerusalén

121 Con la entrada de Juan en Jerusalén todo el pueblo salió a la calle. Una innumerable multitud se agrupó en torno a cada uno de los fugitivos y les preguntaba sobre las desgracias que habían padecido
122 en el exterior. Su respiración aún ardiente y fatigada evidenciaba el sufrimiento. Sin embargo, a pesar de estas desgracias, ellos seguían fanfarroneando, pues decían que no habían huido de los romanos, sino que habían venido para
123 luchar contra ellos desde una posición segura. Pues era ilógico e inútil arriesgarse con temeridad por Giscala y por poblaciones débiles, cuando era necesario reservar armas y
124 fuerzas para la defensa de la metrópoli. De esta manera dieron a entender que Giscala había sido tomada, y la mayoría de la gente entendió como huida lo que ellos por decoro
125 llamaban retirada. Cuando se conoció la noticia de lo acaecido a los prisioneros, se apoderó del pueblo una tremenda confusión y consideró estos hechos como claros indicios de la
126 toma de su propia ciudad[60]. Juan no se ruborizó lo más mí-

[60] *Perì halóseōs,* es el título con que aparece esta obra en la mayor parte de los manuscritos y en la tradición cristiana. Flavio Josefo emplea indistintamente este término *hálōsis,* «conquista», «toma» o el de *pólemos,* «guerra», para referirse a su escrito. No obstante, tanto en este pasaje como más adelante (IV 134 y 318) se insiste en esta «conquista» de Jerusalén por parte de los romanos, lo que evidentemente indica que nuestro autor está adoptando en el relato concreto de estos acontecimientos un punto de vista romano.

nimo por los que habían sido abandonados atrás, sino que acudía a unos y a otros y les incitaba a la guerra con esperanzas. Les hacía suponer que los romanos eran débiles y exageraba su propia fuerza. Se burlaba de la gente inexperta 127
al afirmar que los romanos no podrían atravesar las murallas de Jerusalén, ni aunque tuvieran alas[61], pues habían tenido dificultades en las aldeas de Galilea[62] y habían estropeado sus máquinas en el derribo de sus fortificaciones.

Revueltas en Judea

Con estas palabras arrastró a la mayo- 128
ría de los jóvenes y los empujó a la guerra. Sin embargo, no había ningún anciano ni persona sensata que no previese lo que iba a ocurrir y no llorase como si ya
se hubiera perdido la ciudad. El pueblo se hallaba en tal 129
confusión, mientras que la gente del campo se había adelantado a la revuelta de Jerusalén[63]. Tito había partido de 130

[61] La confianza judía en la inexpugnabilidad de la ciudad de Jerusalén es un tópico ya desde *Jeremías* 7, 4, consagrado más tarde por *Daniel* 7, 9-27 y 2, 44. Durante la dominación romana se hacen más intensas estas esperanzas, en consonancia con el auge del mesianismo, del que parecen aprovecharse los movimientos revolucionarios antirromanos. La literatura apócrifa de este período testimonia esta tendencia, como vemos por ejemplo en el *Libro I de Henoc* 53, 6.

[62] Realmente pocas habían sido estas «dificultades», habida cuenta de la campaña en Galilea, hasta la caída de Tariquea en el otoño del año 67, según se relata a lo largo del libro III. No obstante, Juan de Giscala puede referirse de nuevo al ataque fallido de los romanos contra Gamala (cf. IV 13-30).

[63] La insurrección que estalló por primera vez a comienzos del verano del año 66 fue básicamente urbana (cf. II 411-418), si bien ahora tras la caída de Galilea se produce una masiva participación de la población del campo galileo que se refugia en Jerusalén. El movimiento de revuelta contra Roma se intensificó con la aportación de los típicos grupos de

Giscala a Cesarea, y Vespasiano de Cesarea a Jamnia[64] y a Azoto[65]. Conquistó estas dos ciudades, estableció guarniciones y se retiró con un destacado número de individuos
131 que se habían unido a él por un acuerdo[66]. En cada una de las ciudades se produjeron disturbios y luchas civiles[67]. Cuando los judíos se tomaban un respiro de la guerra con los romanos, se enzarzaban entre sí. Era muy dura la contienda entre los partidarios de la guerra y los que anhelaban
132 la paz. En primer lugar surgieron disputas en familias que antes habían estado en armonía, y, en segundo lugar, personas que eran muy amigas se rebelaron unas contra otras y cada uno se unía a aquellos que tenían sus mismas preten-
133 siones, de modo que así se enfrentaban por grupos. Por todos los sitios había sedición; los rebeldes y los que deseaban luchar predominaban por su juventud y por su audacia sobre
134 los ancianos y personas sensatas. Primero se dedicaron, cada uno por su parte, al pillaje entre los habitantes de su zona, luego, organizados en grupos, hicieron bandidaje por el resto de la región, de tal forma que sus compatriotas no veían ninguna diferencia entre éstos y los romanos a causa

---

bandidos y bandoleros de carácter rural, que ya venían actuando, según Josefo, desde hacía tiempo.

[64] La bíblica Yabneel (cf. *Josué* 15, 11), famosa por su importante puerto en la costa palestina, al sur de Jope; cf. Estrabón, V 15, 2, y Plinio, *Historia natural* V 86.

[65] Azoto es la forma griega del importante centro helenístico de la costa cananea, Asdod, que desde época de los Macabeos contaba con una destacada población judía; cf. *I Macabeos* 14, 34 y *Antigüedades* XIII 395.

[66] Este número 130 constituye un paréntesis en la narración de las sublevaciones producidas en Judea.

[67] Thackeray, edición *ad loc*, ve aquí una descripción típica de los efectos de una revolución y pone como modelo a Tucídides, III 81-84, y su relato de los acontecimientos de Corcira.

de su crueldad y su injusticia, y a los que lo sufrían les parecía mucho más soportable la sumisión a Roma.

Los zelotes en Jerusalén. Sus crímenes

Las guarniciones de las ciudades poco 135
o nada ayudaron a la gente afectada por estas calamidades, ya sea por temor a tener problemas o por odio hacia los judíos[68]. Hasta que los jefes de los malhechores de todos los lugares, hartos de hacer rapiñas en la región, se reunieron, formaron una banda del mal y penetraron en Jerusalén para llevarla a la ruina. La ciudad no tenía 136
jefe militar y, de acuerdo con una costumbre de sus antepasados, acogía sin tomar precauciones a todos los de su raza[69]. En aquel momento sus habitantes pensaban que todos los que venían lo hacían como aliados con buenas intenciones. Esto es lo que más tarde hundió a la ciudad, incluso sin 137
tener en cuenta la revuelta. Pues esta multitud de gente inútil y vaga consumió antes de tiempo las provisiones que habrían sido suficientes para los soldados, y así, además de la guerra, atrajo sobre la ciudad la discordia y el hambre[70].

---

[68] Este odio hacia los judíos se debía al hecho de que las guarniciones de estas ciudades estaban formadas por extranjeros y, en su mayor parte, por sirios.

[69] En efecto, Jerusalén es la «ciudad de todos», el lugar del culto nacional y la metrópoli de la patria común. En la Diáspora se hace más intensa esta afirmación, ya que la dispersión de los judíos busca afianzar su pertenencia a una misma nación mediante la referencia al lugar donde se ubica el Templò de su Dios. Así lo expresa FILÓN DE ALEJANDRÍA, *Contra Flaco* 46, al referirse a los judíos de Alejandría que, en palabras suyas, consideran su metrópoli la ciudad sagrada, donde se levanta el Templo santo del Altísimo, si bien cada uno de ellos tiene como patria la tierra en la que ha nacido y crecido. Un poco más adelante, IV 272-281, se narrará el caso de los idumeos que, como miembros del judaísmo, también reivindicarán su derecho a entrar en Jerusalén.

[70] La llegada de esta población del campo de Judea aumentó considerablemente el número de los habitantes de Jerusalén, que antes de la re-

138 Cuando llegaron a Jerusalén otros bandidos del campo y se unieron a los de dentro[71], que eran peores que ellos, no
139 hubo iniquidad que no cometieran. No sólo se limitaron a rapiñas y robos, sino que llegaron incluso a asesinar, no por la noche, a escondidas y al primero que se encontraran, sino
140 abiertamente, de día y a personalidades distinguidas. En primer lugar cogieron y encerraron a Antipas[72], miembro de la familia real y uno de los más poderosos de la ciudad, hasta el punto de que se le había confiado el tesoro público.
141 Luego hicieron lo mismo con Levia, uno de los notables, con Sifa, hijo de Aregetes, que también eran ambos de linaje regio, y después con los que ocupaban puestos destaca-
142 dos en el país. Un espanto terrible se apoderó del pueblo y, como si la ciudad hubiera sido ya tomada al ataque, cada uno buscaba su propia salvación.

143 No les bastó con encadenar a los prisioneros ni les pareció seguro custodiar así durante mucho tiempo a personajes im-
144 portantes. Pues sus familias, que no disponían de pocos hombres, podrían vengarse y, además, tal vez el pueblo se opon-
145 dría y se alzaría contra estos crímenes. Cuando decidieron acabar con ellos, enviaron para este fin a un tal Juan, que era el más experto asesino. En la lengua del país se llamaba «Hijo de Dorcas»[73]. Con él penetran en la prisión diez hombres ar-

---

vuelta podían llegar a ochenta y cinco mil aproximadamente, según el cómputo de M. Brosii, «La population de l'ancien Jérusalem», *Revue Biblique* 82 (1975), 5-14.

[71] Cf. nota a IV 129.

[72] Este relato había sido ya anticipado por Josefo en II 557, cuando este familiar de Agripa II se quedó en Jerusalén después de la derrota de Cestio.

[73] El original griego *Dorkás*, que es una forma femenina que significa «gacela», en arameo es *Tabitha*. *Hechos de los Apóstoles* 9, 36 mencionan a una mujer de Jope con este nombre. Para los problemas del uso del

mados con espadas y degollan a los cautivos. Para un crimen 146
tan grande fingieron una gran mentira y excusa: decían que ellos habían negociado con los romanos la entrega de Jerusalén y que habían ejecutado a los traidores de la libertad común. En resumen, se jactaban de sus audaces crímenes como si fueran bienhechores y salvadores de la ciudad.

El pueblo[74] llegó a tal punto de abatimiento y de terror, y 147
los malhechores a tanta soberbia que incluso estuvo en sus manos el elegir a los sumos sacerdotes. Dejaron sin vigor el dere- 148
cho de las familias, de las que se nombraban por sucesión a los sumos sacerdotes, y pusieron en este cargo a personas desconocidas y sin linaje noble, para que fueran cómplices de sus impiedades[75]. Pues la gente que consigue un alto cargo sin mere- 149
cérselo está obligada a obedecer a los que les han concedido tal honor. Con todo tipo de maquinaciones y calumnias provoca- 150
ron enfrentamientos entre las autoridades, pues así sacaban provecho de las disensiones internas de los que podían ser un obstáculo para sus empresas. Hasta que, hartos ya de cometer injusticias contra los hombres, volvieron su insolencia contra Dios y entraron en el santuario con sus sucios pies.

Entonces el pueblo se levantó contra ellos. Le dirigía 151
Anano[76], el más anciano de los sumos sacerdotes, un hom-

---

matronímico en lugar de patronímico, que era lo habitual, véase la nota de la traducción de Pelletier al respecto.

[74] Flavio Josefo distingue siempre entre el pueblo judío en su conjunto, que queda libre de culpa, y esa minoría que por su actitud hostil hacia Roma ha provocado esta guerra; véase el apartado 5 de la Introducción.

[75] Durante la presencia romana en Judea los sumos sacerdotes perdieron parte de su autoridad anterior. Solían ser elegidos en el seno de unas pocas familias privilegiadas, de modo que el sumo sacerdocio formaba como una especie de disnastía hereditaria o de aristocracia influyente. En ningún caso se designaban a suertes estos cargos, como harán en esta situación de «anarquía» los zelotes; cf. Schürer, *Historia...*, II, págs. 306-316.

[76] Sobre este sumo sacerdote nombrado por Agripa II véase II 563.

bre muy sensato que tal vez habría salvado la ciudad si se hubiera librado de las manos de los conspiradores. Éstos convirtieron el Templo de Dios en su propia fortaleza y en un refugio contra las revueltas del pueblo. El lugar santo fue
152 para ellos el centro de su tiranía. A estos males se añadió la
153 burla, que era más insoportable que sus crímenes. Para probar el abatimiento del pueblo y hacer alarde de su fuerza se dispusieron a elegir por sorteo a los sumos sacerdotes, cuando, según hemos dicho[77], la elección era por sucesión
154 hereditaria. La excusa para esta artimaña era una antigua costumbre, pues decían que ya antes la elección del sumo sacerdocio era por sorteo[78]. Sin embargo, en realidad se trataba de la eliminación de una norma muy consolidada y una estratagema para obtener el poder y ser ellos mismos los que designaran los cargos.

155 Mandaron llamar a una de las tribus pontificales[79], llamada Eniaquím[80], y eligieron a suertes al sumo sacerdote. El

---

[77] IV 148.

[78] Esta afirmación no es exacta, ya que en *I Crónicas* 24, 5-18, se habla de la elección a suertes no de los sumos sacerdotes, sino del orden de las veinticuatro clases sacerdotales para el servicio del Templo. No obstante, la práctica del sorteo es algo bastante habitual en los textos bíblicos, como una forma clara de manifestación de la voluntad divina (cf. *I Crónicas* 24, 31; *Salmos* 22, 19; *Ezequiel* 47, 22).

[79] La clase sacerdotal se subdividía en veinticuatro tribus pontificales, que se correspondían con otros tantos turnos que se alternaban en el servicio del Templo (cf. *I Crónicas* 24, 7-19; *Lucas* 1, 5). El propio Josefo pertenecía a la primera de estas veinticuatro clases, la de Jehoyarib. *Antigüedades* VII 366 confirma este número, si bien *Contra Apión* II 108 sólo menciona cuatro tribus, las que regresaron del destierro con Zorobabel. Los esenios, por su parte, distinguían veintiséis clases sacerdotales, debido a razones de calendario (cf. *1 Qumrán* 2, 2).

[80] La tribu de Eniaquim no está incluida en esa lista de doce clases en que David dividió la tribu sacerdotal de Leví, ni tenemos ninguna referencia sobre ella (cf. *I Crónicas* 24, 7). Véanse las propuestas para subsanar este posible error en el comentario *ad loc.* de THACKERAY y PELLETIER.

azar seleccionó a la persona que mejor puso en evidencia la ilegalidad de esta gente, un tal Fani[81], hijo de Samuel, de la aldea de Aftia[82], que no sólo no descendía de sumos sacerdotes, sino que por su incultura ni siquiera sabía con claridad qué era el sumo sacerdocio. A este individuo lo sacaron 156
del campo, en contra de su voluntad, como si estuviera en el teatro le pusieron una máscara que no le correspondía, una vestimenta sagrada y le enseñaron lo que era necesario hacer en tal ocasión[83]. Esta impiedad tan grande fue para ellos 157
motivo de risa y de juego, mientras que los demás sacerdotes, que observaban desde lejos esta burla de la ley, se pusieron a llorar y se lamentaban por la profanación de los honores sagrados.

Reacción del pueblo. Anano y su discurso

El pueblo no aguantó esta audacia, si- 158
no que todos se alzaron como si fueran a destruir una tiranía. Los que eran consi- 159
derados ciudadanos principales, Gorión, hijo de José[84], y Simeón, hijo de Gamaliel[85], incitaron a la gente, cuando estaba reunida en asambleas, y de forma individual, cuando acudían a visitarla, pa-

[81] Flavio Josefo ofrece varias formas para el nombre hebreo de este personaje, *Pynḥs: Phannías, Phánasos* o *Pháni;* cf. *Antigüedades* XX 227.

[82] Lugar que aún permanece sin identificar con certeza.

[83] Esta comparación con una actuación teatral le sirve a Josefo para demostrar el carácter falso e hipócrita de las acciones de los zelotes; cf. también la «representación del juicio contra Zacarías, el hijo de Baris» en IV 336.

[84] Parece que se trata de aquel José, hijo de Gorión, que en II 563 detentaba junto con Anano el poder de Jerusalén al principio de la revuelta.

[85] *Autobiografía* 190-195 se extiende en la caracterización de este personaje. En este pasaje, así como en 216-227 y 309 ss., Josefo reproduce esta exhortación de las autoridades al pueblo para acabar con la actividad de los zelotes.

ra que castigara de una vez a los destructores de la libertad y
160 para que limpiara el Lugar Santo de estos homicidas. Los
sumos sacerdotes más famosos, Jesús[86], hijo de Gamala,
Anano, hijo de Anano, que muchas veces en las asambleas
habían reprochado al pueblo su apatía, le instigaban contra
161 los zelotes. Estos malhechores se habían dado este nombre
como si tuvieran celo por realizar buenas acciones, y no por
los tremendos crímenes que llevaron a cabo en exceso[87].

162 Se reunió, entonces, el pueblo en una asamblea y todos
se indignaron por la ocupación del recinto sagrado, por las
rapiñas y por los asesinatos, aunque no se decidieron a ven-
garse porque pensaban que los zelotes eran muy difíciles de
derrotar, lo que realmente era cierto. Se levantó en medio de
ellos Anano y, después de dirigir su mirada muchas veces
163 hacia el Templo, dijo con los ojos llenos de lágrimas: «Para
mí hubiera sido mejor morir antes que ver la casa de Dios
llena de tantos sacrilegios y los lugares impenetrables y sa-
164 grados ultrajados por pies homicidas. Sin embargo, vestido

---

[86] Es el amigo de Josefo citado en *Autobiografía* 193-194 y 204. Más adelante, en IV 316 ss, se relatará su muerte junto con la de Anano.

[87] Josefo centra en el término «celo», que los zelotes se aplican a si mismos por su afán por Dios y por el Templo, la noción básica para la comprensión del significado religioso y social del movimiento (cf. también VII 269-270). No es fácil distinguir todos los grupos de la resistencia antirromana que se engloban bajo este apelativo, sicarios, partidarios de Juan de Giscala, secuaces de Simón, hijo de Giora, los compañeros de Eleazar y los seguidores de Judas el Galileo. Nuestro autor confunde en ocasiones a los zelotes con los sicarios, aunque también diferencia a estos últimos de los génericamente llamados por él «rebeldes» o «facciosos» (cf. II 650-651). Sin embargo el común denominador de estos elementos revolucionarios era su pasión por la libertad, cuya doctrina parece estar inspirada por lo que Josefo llama cuarta filosofía o secta, después de los fariseos, saduceos y esenios (cf. *Antigüedades* XVIII 23-25); sobre los zelotes sigue siendo fundamental el libro de M. HENGEL, *Die Zeloten*, Leiden-Colonia, 1961.

con la túnica de sumo sacerdote y llamado con el más vene-
rable de los nombres[88], estoy vivo y sigo apegado a la vida,
sin esperar para mi vejez una muerte gloriosa. Si es necesa-
rio, iré sólo y como en un desierto yo seré el único que en-
tregue mi vida a Dios[89].¿Por qué hay que vivir con un pue- 165
blo que no atiende a las desgracias y en el que ya no existe
forma de oponerse a los males que han caído sobre ellos?
Cuando os saquean, no os oponéis a ello, cuando os golpean,
os calláis. Nadie se lamenta públicamente por los que han si-
do asesinados.¡Ay, amarga tiranía! ¿Pero por qué critico a los 166
tiranos? ¿No han crecido éstos por culpa de vuestra resigna-
ción? Pues vosotros no hicisteis caso de sus primeras reunio- 167
nes, cuando aún eran pocos, y así aumentasteis su número con
vuestro silencio. Al dejar que se armaran habéis vuelto sus ti-
ros contra vosotros mismos, cuando debíais haber reprimido 168
sus primeras embestidas, en el momento que atacaban con ul-
trajes a sus compatriotas. Con vuestra despreocupación habéis
incitado a los malvados a las rapiñas, sin que hubiera una pa-
labra de protesta por las casas saqueadas. Por ello cogieron
también a sus mismos dueños y, cuando los arrastraron por
medio de la ciudad, nadie se opuso a ello. Ultrajaron con cade- 169
nas a aquellos que vosotros les entregasteis, y no quiero decir
cuántos y quiénes fueron. Pero nadie salió en ayuda de estas
personas que habían sido encadenadas sin ser acusadas ni con-
denadas. La consecuencia de ello fue que llegamos a ver ase- 170
sinada a esta gente. Observamos los hechos, como cuando de un

[88] El nombre de sumo sacerdote.

[89] La retirada al desierto es un tópico de los movimientos mesiánicos que rodeaban la revuelta contra Roma, como vimos en el caso de la banda de malechores y del falso profeta egipcio de II 258-265. En este caso concreto podría también aludir al chivo expiatorio, que con los pecados del pueblo será enviado solo al desierto, según la prescripción de *Levítico* 16, 10 y 20-24.

rebaño de animales irracionales se elige siempre al mejor para el sacrificio y nadie levanta la voz ni, mucho menos, alza la
171 mano. Por tanto, soportad, soportad el ver pisoteados los lugares sagrados y no sufráis por sus excesos, vosotros que habéis facilitado a esta gente impía los escalones de sus audaces crímenes. Pues, sin duda, ahora abordarían empresas mayores, si tuvieran para destruir algo más importante que el Templo.
172 Dominan la parte más fortificada de la ciudad, ya que ahora se ha de considerar el Templo como una ciudadela o como una fortaleza. ¿Cuáles son vuestros planes y contra quiénes vais a encender vuestra cólera, si tenéis una tiranía tan bien protegida y veis que los enemigos están por encima de voso-
173 tros? ¿Es que esperáis que los romanos vengan en auxilio de vuestros lugares sagrados? ¿Tan extrema es la situación de la ciudad y a tantas calamidades hemos llegado, para que incluso los enemigos se apiaden de nosotros? ¿Vosotros, los más
174 desdichados de todos los hombres, no os vais a levantar, ni os vais a revolver contra los golpes, como vemos que ocurre con los animales, ni a defender de los que os atacan? ¿No os olvidaréis ninguno de vosotros de vuestras propias desgracias y, cuando tengáis delante de los ojos todo lo que habéis sufrido,
175 no aguzaréis vuestras almas para vengaros de ellos? ¿Ha muerto entre vosotros el sentimiento más honorable y más natural de todos, el deseo de libertad? ¿Nos hemos convertido en amantes de la esclavitud y de nuestros dominadores, como si hubiéramos heredado de nuestros antepasados el estar so-
176 metidos? Pero nuestros padres sostuvieron muchas y largas guerras por la independencia y no sucumbieron ni ante el poder de los egipcios ni ante el de los medos[90] por no cumplir

[90] Los hebreos no han estado nunca bajo el poder directo de los medos. Debe tratarse aquí más bien de los persas, que en el 550 a. C., con Ciro a la cabeza, depusieron al último rey medo, Astiages. Esta nueva monarquía e imperio unificados aparecen en diversas ocasiones en la Bi-

sus órdenes.¿Y por qué hay que hablar de nuestros antepasa- 177
dos? La guerra que ahora existe contra Roma, omito decir si es o no útil y beneficiosa, ¿qué finalidad tiene? ¿No es la libertad? Si no soportamos a los amos del mundo, ¿vamos a 178
tolerar a los tiranos de nuestra propia nación? Sin embargo se 179
podría achacar a la Fortuna, que de una vez por todas nos ha sido adversa, el hecho de obedecer a poderes extranjeros, si bien es propio de personas cobardes que han optado por esta actitud el someterse a unos compatriotas criminales.

Ya que he mencionado una vez a los romanos, no omi- 180
tiré deciros lo que vino a mi mente cuando pronunciaba mis palabras, a saber, que en el caso de que fuéramos vencidos por los romanos, ¡ojalá que estas palabras no lleguen a realizarse!, no tendremos que tolerar ya nada más duro que los males que esta gente nos está haciendo. ¿No es dig- 181
no de llanto el ver en el Templo las ofrendas de los roma-

---

blia (cf. *Ester* 10, 2, *Daniel* 5, 28). El libro de *Daniel* ha podido contribuir a este imprecisión de Flavio Josefo, ya que en él se habla de los «reyes de los medos y de los persas» *(Daniel* 8, 20) e incluso de Darío el medo *(Daniel* 6, 1 y 9, 1), que no parece haber existido en la realidad, sino en una ficción y visión apocalíptica de la historia. La literatura pseudoepígrafa sí hace, en cambio, más referencias al poder de los medos, ya que este pueblo se incluye entre las naciones que dominarán a los hebreos: así ocurre con el *Testamento de Neftalí* V 8, que sitúa a los medos entre los asirios y los persas, o con diversos pasajes de los *Oráculos Sibilinos,* IV 54, 62 y 63. Entre estos últimos testimonios hay que destacar el del historiador judeo-helenístico Eupólemo (en Eusebio de Cesarea, *Preparación evangélica* IX 39, 2-5), que narra la invasión de Palestina, incluida Jerusalén, en tiempos del rey Jonaquim y del profeta Jeremías, por parte de Nabucodonosor y su aliado el rey medo Astibaras. Este monarca y esta colaboración de los medos no aparecen en las fuentes bíblicas. Sólo Ctesias de Cnido menciona a Astibaras y a su hijo Astiages en su *Historia de Persia* (cf. Diodoro de Sicilia, II 34, 6) como los últimos reyes de Media, mientras que Heródoto, I 74, 103 y 106-107, habla de Ciaxares y Astiages.

nos[91] junto con los despojos de los saqueos y de las matanzas de la nobleza de nuestra capital llevados a término por nuestros compatriotas? A estas personas que aquéllos han asesinado, los romanos las habrían perdonado, aunque
182 las hubieran vencido. Estos últimos nunca han cruzado el límite[92] de los profanos ni han transgredido ninguna de las leyes sagradas, sino que desde lejos han contemplado, lle-
183 nos de un temor religioso, el recinto del Templo. Mientras que algunos, que han nacido en este país, que han sido educados en nuestras costumbres y que se llaman judíos, deambulan en medio de los lugares sagrados con las ma-
184 nos aún calientes por los homicidios de compatriotas. ¿Tal vez alguien sienta miedo por una guerra contra un enemigo extranjero y por unas personas que son mucho más moderadas que los de nuestra propia raza? Pues si hay que llamar a cada cosa por su nombre, se podría ver cómo los romanos son los protectores de nuestras leyes, mientras
185 que sus enemigos están dentro de nuestro pueblo. Pero creo que todos vosotros, antes de venir de casa, ya estabais convencidos de que estos conspiradores de la libertad son unos depravados y que no se podría discurrir contra ellos un castigo adecuado a sus crímenes, y me parece que antes de que yo hablara ya estabais encendidos contra ellos por
186 los sufrimientos que os han hecho pasar. Quizá la mayoría

[91] Sobre el culto romano en el Templo de Jerusalén véase nota a II 197. Los gentiles también aportaban ofrendas votivas. Por ejemplo, los monarcas Ptolomeos habían hecho numerosas ofrendas, según lo testimonian *II Macabeos* 3, 2 y 5, 6, *Carta de Aristeas* 42, *Antigüedades* XIII 74-79 y *Contra Apión* II 48-49. Destacados romanos, como Sosio, Marco Agripa, Augusto o Calígula (la cadena de oro que donó a Agripa I) dejaron objetos particulares en el Templo judío; cf. FILÓN, *Embajada a Cayo* 157; *Antigüedades* XIV 488, XIX 294; *Guerra* V 462-563.

[92] En V 193-194 se describirá la balaustrada que separaba terminantemente a los gentiles de los judíos en el culto del Templo.

de vosotros estará aterrado ante su número y su audacia, así como también ante la superioridad del lugar en el que están asentados. Pero de la misma manera que estos he- 187
chos han sucedido por vuestra desidia, así también ahora se agravarán si aplazáis más el problema. Cada día su grupo se hace más numeroso, pues todo individuo malvado se pasa a ellos para unirse a sus iguales. Hasta ahora ningún 188
obstáculo ha impedido inflamarse su osadía. Desde su posición elevada se servirán de ese lugar y de su armamento, si nosotros les damos tiempo para ello. Tened confianza 189
en que, si vamos contra ellos, serán más humildes por su mala conciencia y el pensar en sus crímenes eliminará la ventaja de estar en un lugar alto. A lo mejor la Divinidad, 190
airada, vuelve contra ellos sus golpes y los impíos serán destruidos por sus propias flechas[93]. Sólo con que nos vean quedarán deshechos. En caso de que nos sobrevenga 191
algún peligro, es hermoso morir delante de las puertas sagradas y entregar la vida, no en defensa de nuestros hijos y mujeres, sino por Dios y por el Templo. Yo os ayudaré 192
con mi consejo y con mi mano, y no dejaremos de preocuparnos por vuestra seguridad ni veréis que yo escamotee mi propia persona»[94].

[93] Así había ocurrido en el ataque a Gamala, cuando se levantó un huracán sobrehumano que desvió las flechas; cf. IV 76.

[94] Este discurso del sumo sacedote Anano presenta llamativos aspectos que entran en contradicción con las ideas expuestas por Agripa II en el Xisto de Jerusalén (II 345-404) para persuadir a los judíos de la revuelta. El diferente programa político de ambos mandatarios, así como sus intereses opuestos en esta guerra, les lleva a hacer un hábil ejercicio retórico del concepto de libertad.

Anano se enfrenta a los zelotes

193 Con este discurso Anano dio fuerzas a la multitud para ir contra los zelotes, sin ignorar que éstos eran difíciles de vencer por su número, su juventud, la obstinación de su espíritu y, sobre todo, porque eran conscientes de sus actos. Pues en esta situación extrema no iban a rendirse, al haber perdido toda esperanza de
194 obtener el perdón por sus crímenes. Sin embargo, Anano prefería cualquier tipo de sufrimiento antes que abandonar
195 los asuntos públicos en tal estado de confusión. La muchedumbre gritaba para que les condujera contra aquella gente a quien él les había exhortado combatir, y todos ellos estaban dispuestos a ser los primeros en exponerse al peligro.

196 Mientras Anano seleccionaba y ordenaba a los que eran aptos para la lucha, los zelotes se enteraron de este plan, pues entre ellos había algunos que les contaban todo lo que ocurría en el pueblo, se enfurecieron, salieron del Templo en masa y en grupos y no perdonaron a ninguno de los que
197 se encontraron. Rápidamente Anano reunió una fuerza popular, superior a los zelotes en número, pero inferior en ar-
198 mas y en adiestramiento. No obstante, en ambos bandos el ardor suplía las deficiencias: la gente de la ciudad estaba provista de una pasión más fuerte que las armas, y la del Templo de una audacia superior a cualquier número de per-
199 sonas. Los primeros, porque pensaban que la ciudad sería inhabitable, si no acababan con los bandidos, y los zelotes, por su parte, al darse cuenta de que no se librarían de ningún tipo de castigo, si no obtenían la victoria. Así se en-
200 frentaron en la lucha empujados por estos sentimientos. En un principio, en la ciudad y delante del Templo, se lanzaban flechas y piedras recíprocamente desde lejos. Pero luego, cuando algunos huían en retirada, los vencedores sacaban sus espadas. Hubo muchas muertes en ambos bandos y tam-

bién fueron numerosos los heridos. Sus allegados llevaban a 201
los heridos del pueblo a sus casas, mientras que los zelotes volvían a subir al Templo y ensangrentaban el pavimento sagrado. Se podría decir que solamente la sangre de los zelotes ha
mancillado el Templo. En los combates siempre dominaban 202
los bandidos con sus incursiones. Las fuerzas del pueblo, que cada vez eran más, irritadas increpaban a los que se daban la vuelta, y los que estaban en la retaguardia hacían fuerza para impedir la retirada a los que escapaban; así hacían volver to-
dos sus efectivos contra los enemigos. Éstos ya no resistieron 203
más la presión y poco a poco se retiraron al Templo, donde
entraron con ellos los hombres de Anano. Los zelotes se lle- 204
naron de miedo al perder el primer recinto[95], y, tras refugiarse
en el de más adentro[96], rápidamente cerraron sus puertas. A 205
Anano no le pareció bien asaltar las puertas sagradas[97], sobre todo cuando aquéllos les disparaban desde arriba. Pensó que sería un sacrilegio, aunque venciera, meter dentro a la multi-
tud sin haberse purificado[98]. De entre todos eligió a sorteo a 206
seis mil soldados y los puso como guadianes de los pórticos.
Otros tomaban el relevo a éstos y todos estaban obligados a 207
hacer guardia por turnos. Muchas judíos de clase alta, con el permiso de los que eran considerados sus jefes, pagaban a gente pobre y los enviaban a montar guardia en lugar de ellos.

---

[95] Es el atrio de los gentiles; cf. V 193-194.

[96] El atrio de los israelitas; cf. V 193-198.

[97] Cf. V 200-26.

[98] Como se repetirá en IV 218 se insiste en la purificación previa a la entrada en el Templo. Son muchos los rituales de purificación practicados entre los hebreos, como extensamente prescribe *Levítico* 11-17 y *Antigüedades* III 261: abluciones para la purificación de objetos y de personas, que han estado en contacto con algo impuro, etc.

Traición de Juan de Giscala

208 El culpable de la ruina de todos estos hombres fue Juan, que, como dijimos[99], había huido de Giscala, persona muy astuta que tenía en su interior un terrible deseo de tiranía y que desde hacía tiempo
209 maquinaba contra el Estado[100]. Entonces, aunque fingía estar de parte del pueblo, iba con Anano cuando deliberaba cada día con los poderosos y cuando recorría por la noche los puestos de guardia. Contaba a los zelotes los secretos y por su culpa todos los planes del pueblo eran conocidos entre los enemigos antes de que hubieran sido plenamente decidi-
210 dos. Maquinaba para no despertar sospechas: mostraba des-
211 medidas atenciones con Anano y los jefes del pueblo. Pero con esta actitud consiguió lo contrario de lo que esperaba, pues por sus ilógicas adulaciones se hizo más sospechoso y el hecho de estar en todos los sitios, sin ser llamado, hizo
212 creer que contaba los secretos al enemigo. Se dieron cuenta de que los enemigos estaban enterados de todos sus proyectos, y nadie era más proclive a ser tenido por sospechoso
213 de estas revelaciones que Juan. No era fácil librarse de un hombre que era poderoso por su perversidad y, además, era una persona famosa que estaba rodeada de mucha gente de la que formaba parte de los Consejos Supremos[101]. Por ello

---

[99] IV 106-111.

[100] De nuevo nuestro autor vuelve a hacer una breve caracterización de Juan de Giscala en términos similares a los expuestos en II 585 ss. y en IV 85. En este caso THACKERAY, comentario *ad loc.*, señala algunas correspondencias con el retrato de Catilina en SALUSTIO.

[101] Los manuscritos PAL² ofrecen la variante *toîs hóplois*, «asuntos militares», en lugar de *toîs hólois*. No obstante, la presencia del término griego *synedreúō* parece hacer referencia al Sanedrín o Consejo judío de Jerusalén. Después de la insurrección siguen funcionando las instituciones anteriores y, a pesar de la presión de los rebeldes y zelotes, los notables judíos, entre los que se encontraba Anano, siguen controlando los

pareció conveniente que jurase su fidelidad. Inmediatamente 214
Juan juró que sería leal al pueblo, que no revelaría a los enemigos ningún plan ni ninguna actividad, y que colaboraría, tanto con su mano como con su consejo, a repeler al enemigo. Los hombres de Anano confiaron en sus promesas 215
y aceptaron en sus deliberaciones a Juan sin sospechar nada. Incluso lo enviaron como embajador ante los zelotes para llegar a un acuerdo, pues se esforzaban para que, por su culpa, no se mancillara el Templo ni muriera en él ninguno de sus compatriotas.

Juan, como si hubiese prometido lealtad en favor de los 216
zelotes, en lugar de en su contra, pasó al interior del Templo, se sentó en medio de ellos y les dijo que muchas veces había afrontado peligros para informarles de todo lo que los soldados de Anano tramaban en secreto contra ellos. Pero 217
que ahora corría junto con ellos el mayor de los riesgos, a no ser que le sobreviniera una ayuda divina. Pues Anano ya 218
no tenía más paciencia, sino que había convencido al pueblo para que enviara embajadores ante Vespasiano y pedirle que viniera rápidamente a tomar la ciudad. Y que además había proclamado contra ellos para el día siguiente una purificación[102], a fin de que sus soldados entrasen en el Templo, ya sea bajo la excusa de este rito o a la fuerza, y se enfrentaran a los zelotes. Por ello, no veía cómo soportarían el asedio o 219
resistirían a tantos enemigos. Añadió que por la Providencia divina él había sido enviado como embajador para llegar a un acuerdo, pues Anano les hacía estas propuestas para pillarles desprevenidos en el ataque. Para salvar la vida era 220
necesario que hicieran súplicas a los que les sitiaban o que

órganos de gobierno. Sobre las funciones del Sanedrín puede consultarse el trabajo de V. TCHERIKOVER, «Was Jerusalem a 'Polis'?», *Israel Exploration Journal* 14 (1964), 61-78.

[102] Cf. IV 205.

221 obtuvieran alguna ayuda del exterior. Los que estaban llenos de esperanza por conseguir el perdón, en el caso de que fueran derrotados, se olvidaban de sus propias temeridades o creían que debía producirse también la reconciliación de sus víctimas con ellos tan pronto como los culpables mos-
222 traran su arrepentimiento. Pero muchas veces la contricción de la gente injusta resulta odiosa y la ira de los ofendidos se
223 hace más cruel cuando tienen poder. Los amigos y familiares de los muertos, así como una población numerosa, irritada por la abolición de las leyes y de los tribunales de justicia, acechaban a los zelotes; y, aunque una parte de ellos tuviera compasión, sin embargo este sentimiento sería eliminado por la indignación de la mayoría.

Los zelotes piden ayuda a los idumeos

224 Con estas astutas palabras produjo un miedo general, y no se atrevía a hablar claramente de la ayuda externa, aunque insinuaba que se trataba de los idumeos[103]. En concreto, para irritar a los jefes de los zelotes acusó a Anano de crueldad y dijo que éste expresaba
225 amenazas sobre todo contra ellos. Estos individuos eran Eleazar, hijo de Gión[104], que era el que más autoridad tenía entre ellos cuando planeaba lo que había que hacer y lo lle-

[103] Los idumeos, habitantes del bíblico país de Edom, descienden de Esaú, por lo que son un pueblo hermano de los hijos de Jacob, a pesar de sus enfrentamientos constantes con Israel. Los idumeos habían sido obligados, caso raro en el judaísmo, a circuncidarse y a seguir la ley judía por parte de Juan Hircano, después de la conquista de Adoreon y Marisa; cf. I 62-63 y *Antigüedades* XIII 254-258. Decenios más tarde de esta conversión Idumea contribuyó a la historia judía con dos figuras políticas de primer orden, Antípatro y su hijo Herodes el Grande.

[104] Tal vez habría que seguir aquí la lectura de los códices MV, «Eleazar, hijo de Simón», el famoso zelote mencionado en II 564-565 y V 5-7.

vaba a la práctica, y un tal Zacarías[105], hijo de Anficaleo. El uno y el otro pertenecían a una familia sacerdotal. Cuando 226
estos dos personajes oyeron, además de las amenazas generales, las que en particular iban contra ellos, y que los hombres de Anano llamaban a los romanos para mantener ellos el poder, pues también Juan había dicho esta mentira, estuvieron durante mucho tiempo sin saber qué hacer al sentirse agobiados en esta situación tan complicada. Efectivamente, 227
el pueblo estaba preparado para ir contra ellos de un momento a otro, y el hecho de que el ataque fuese tan rápido anulaba la llegada de ayudas del exterior, puesto que sufrirían todos los males antes de que ninguno de sus aliados se enterara de ello. Sin embargo, decidieron llamar a los idumeos. Inme- 228
diatamente les escribieron una carta donde se decía que Anano había engañado al pueblo y que iba a entregar la metrópoli a los romanos, mientras que ellos se habían sublevado en defensa de la libertad y estaban sitiados en el Templo. En muy poco tiempo se decidiría su salvación: si 229
los idumeos no venían en su ayuda con rapidez, ellos caerían enseguida en manos de Anano y de los enemigos y la ciudad en poder de los romanos. Por su parte, transmitieron también a los mensajeros muchos recados para que se los comunicaran de palabra a los jefes idumeos. Para llevar la 230
misiva fueron seleccionados dos hombres activos que tenían dotes para la elocuencia y para la persuasión en lo referente a los asuntos públicos y, lo que era más útil de todo, sobresalían por la rapidez de sus pies. Sabían que los idumeos se 231
dejarían convencer inmediatamente, pues era un pueblo levantisco e indisciplinado, que siempre estaba abierto a la rebelión, que disfrutaba con las revueltas, y que sólo con una simple adulación estaba dispuesto a tomar las armas e ir

[105] Josefo no vuelve a citar a este personaje en ningún lugar más.

232 a la guerra, como si se tratara de una fiesta[106]. Se necesitaba actuar con prontitud en esta misión. De esta forma, los dos emisarios, que ambos se llamaban Anano, pusieron todo su afán para presentarse enseguida ante los jefes de Idumea.

Los idumeos en Jerusalén. El discurso del sumo sacerdote Jesús

233 Los idumeos se quedaron sorprendidos ante la carta y las palabras de los emisarios y, como locos, fueron corriendo por el pueblo y proclamaron públicamente la expedición militar.
234 La muchedumbre se había reunido antes de que se hubiera dado la orden y todos cogieron las armas con el convencimiento de
235 que iban a luchar por la libertad de la capital. Formaron un ejército de veinte mil hombres y se dirigieron a Jerusalén bajo el mando de cuatro jefes: Juan, Jacobo, hijo de Sosas[107], junto con Simón, hijo de Taceas[108], y Fineas, hijo de Clusot.

236 La salida de los mensajeros pasó inadvertida a Anano, así como a los centinelas, pero no ocurrió lo mismo con la llegada de los idumeos. Como tenía conocimiento previo de ello, les cerró las puertas y puso guardias en las murallas.
237 No le pareció totalmente conveniente entrar en combate con ellos, sino convencerles con palabras antes de llegar a las
238 armas. Jesús, el más anciano de los sumos sacerdotes, después de Anano, se situó en la torre[109] que estaba enfrente de

[106] El ardor belicoso de los idumeos era bien conocido, según lo atestigua la promesa de Isaac a Esaú, cuya descendencia serán los edomitas, es decir, los ascendientes de los idumeos: «Merced a tu espada vivirás» (*Génesis* 27, 40).

[107] Niese conjetura que más bien este Sosas es el padre de los dos anteriores, Juan y Jacobo.

[108] Existen variantes textuales sobre este nombre: otros manuscritos dan la forma *Klathā* y *Kathlā;* cf. la edición de Niese.

[109] Se trata de la torre Psefino, que se describirá con detalle en V 147.

los enemigos y dijo: «Entre los muchos y diversos desórdenes que dominan la ciudad no hay nada que me asombre más de la Fortuna que el hecho de que ésta colabore con la gente malvada incluso en las situaciones desesperadas. Vo- 239
sotros habéis venido para ayudar en contra nuestra a unos hombres de una gran perversidad con un ardor tan grande que no sería apropiado ni siquiera cuando la ciudad os llamara para ir contra los bárbaros[110]. Si yo viera que vuestro 240
ejército está formado por gente de la misma calaña que aquellos que os han llamado aquí, no sería para mí ilógico vuestro ardor, pues no hay nada que produzca tanta concordia entre los hombres como la similitud de caracteres. Y si ahora alguien examinara a estas personas una por una, se demostraría que cada uno se merece mil muertes. Son el de- 241
secho y la inmundicia de toda la ciudad[111], que tras derrochar sus propios bienes y practicar su locura en las aldeas y ciudades de los alrededores, han acabado por penetrar en la Ciudad Santa furtivamente. Son bandidos que por su tre- 242
menda impiedad han profanado incluso el suelo que no está permitido pisar[112]; ahora se los puede ver impunemente borrachos dentro de los lugares sagrados y con sus insaciables estómagos llenos de los despojos de la gente asesinada por ellos. El número de vuestras tropas y el buen aspecto de 243
vuestras armas es el que debería verse en el caso de que la

[110] En lugar del término habitual en la literatura judeo-helenística para designar a los no judíos, *allóphylos,* Josefo utiliza el genérico *bárbaros*, cuyo uso está plenamente consolidado en la historiografía grecorromana, ya que engloba también a los idumeos, que en sentido estricto no son judíos.

[111] Otros manuscritos dan la lectura *chôras*, «región».

[112] La parte interior del Templo, acotada por esa balaustrada que separaba a los gentiles de los israelitas; cf. V 193-194.

metrópoli os hubiera llamado por decisión del Consejo[113] como aliados contra los extranjeros. ¿Qué otra cosa se le podría llamar a esto si no un agravio de la Fortuna, cuando se observa que una nación entera se arma para ayudar a una
244 panda de criminales? Llevo mucho tiempo sin saber qué es lo que os ha movido con tanta rapidez, pues sin una causa importante no habríais emprendido una guerra contra un
245 pueblo de vuestra misma raza en favor de unos bandidos. Y puesto que hemos oído hablar de los romanos y de una traición, ya que algunos de vosotros hace un momento lo gritaban y decían que estabais aquí para liberar a la metrópoli, ante estas palabras nos ha sorprendido más la invención de esta mentira por parte de estos malhechores que sus otras
246 osadías. No era posible que unos hombres, que por naturaleza aman la libertad y que sobre todo por ella están dispuestos a luchar contra los enemigos extranjeros, se alzaran contra nosotros por otro motivo que no fuera el hecho de
247 haber inventado una traición de la deseada libertad. Pero es preciso que vosotros penséis en quiénes son los calumniadores y contra quiénes dirigen sus ataques, y que lleguéis a la verdad no a partir de historias ficticias, sino de la realidad
248 de la situación política. ¿Qué es lo que pasa ahora para que nos entreguemos a los romanos, cuando desde el principio podíamos o bien no habernos rebelado contra ellos o, en caso de haberlo hecho, reconciliarnos enseguida, mientras aún
249 no habían sido devastadas las regiones de los alrededores? En cambio ahora, ni aunque quisiéramos, sería fácil hacer la paz, pues el sometimiento de Galilea[114] ha hecho soberbios

[113] Sobre el funcionamiento de esta institución durante la revuelta, cf. nota a IV 213.

[114] Narrado a lo largo del libro III.

a los romanos y tratar de reconciliarnos con ellos, ahora que
ya están cerca, sería una vergüenza peor que la muerte. Yo, 250
por mi parte, preferiría la paz a la muerte, pero, una vez que
ha empezado la guerra y las hostilidades, opto por morir en
lugar de vivir como prisionero. ¿Qué dicen, que nosotros, los 251
jefes del pueblo, hemos enviado embajadores en secreto a
los romanos o que el pueblo lo ha decidido por común vota-
ción? En el caso de que nos acusen a nosotros, que nombren 252
a los amigos que hemos enviado, a los emisarios que han
negociado la traición en nuestro nombre. ¿Han cogido a al-
guien cuando salía de la ciudad? ¿Le han sorprendido cuan-
do regresaba? ¿Se han apoderado de las cartas? ¿Cómo íba- 253
mos a pasar inadvertidos a tantos ciudadanos, con los que es-
tamos en todo momento, mientras que unos pocos, que esta-
ban sitiados y que no podían salir del Templo para ir a la
ciudad, conocían lo que se tramaba en secreto en el lugar?
¿Se han enterado de ello ahora, cuando deberían ser casti- 254
gados por sus audacias, y, mientras han estado en una situa-
ción segura, ninguno de nosotros ha caído bajo la sospecha
de ser un traidor? Y si lanzan su acusación contra el pueblo, 255
sin duda el plan se decidió públicamente, sin que nadie fal-
tara a la asamblea, de forma que la noticia os habría llegado
con más rápidez y claridad que su denuncia.¿Qué pasa? ¿No 256
era necesario enviar también embajadores, dado que se ha-
bía decidido por votación llegar a un acuerdo? ¿Quién fue
nombrado para ello? ¡Que se diga! Pero esta actitud es un 257
pretexto de unos individuos que están a punto de morir y
que intentan evitar el castigo que se les avecina. Si el Desti-
no ha decidido que la ciudad sea traicionada, sólo podrían
atreverse a ello los que nos han calumniado, pues a ellos
únicamente les falta añadir la traición al conjunto de sus
crímenes. Puesto que habéis venido aquí con las armas, es 258
necesario, y esto es lo más justo, que defendáis la metrópoli y

que colaboréis con nosotros para acabar con los tiranos que han abolido los tribunales[115], que pisotean las leyes y que
259 imparten justicia con sus espadas. Han apresado en medio de la plaza a hombres ilustres, totalmente inocentes, los han ultrajado con cadenas y los han matado sin atender a sus pa-
260 labras ni a sus ruegos. Es posible que cuando vosotros entréis en la ciudad, no por el derecho de la guerra, veáis las pruebas de lo que estoy diciendo: casas devastadas por los saqueos de aquella gente, mujeres y familiares de los muertos vestidos de luto[116], llantos y gemidos por toda la ciudad, pues no hay nadie que no haya sido objeto de los ataques de estos impíos.
261 Han llegado a tal extremo de locura que no sólo han traído su audaz bandolerismo desde el campo[117] y desde las ciudades de alrededor hasta la cara y la cabeza de toda la nación, sino que también lo han hecho desde esta ciudad hasta el Templo.
262 Este lugar es su base de operaciones, su refugio y el arsenal donde se preparan las armas que utilizan contra nosotros. Este Templo, venerado por todo el mundo habitado y honrado, por su fama, por los extranjeros de los confines de la tierra[118], es

[115] Esta medida, que en principio podría parecer pupular (cf. nota a IV 302), se convertirá en una forma de actuar despóticamente, ya que se fingirán juicios legales, que en realidad son meras pantomimas, como en el caso del proceso a Fani, el hijo de Samuel (IV 156) y el de Zacarías, hijo de Baris (IV 334).

[116] Éste es el color del atuendo de luto, que suele ser un saco, en la tradición judía (cf. *Isaías* 50, 3), no el blanco, como se ha visto en el caso de Arquelao en los funerales de Herodes ; cf. nota a II 1.

[117] Cf. nota a IV 129.

[118] Sobre el culto de los gentiles en el Templo de Jerusalén, véase nota a II 197. Como el autor recuerda en II 409, la ruptura con los romanos empezó precisamente con la prohibición de aceptar ofrendas y sacrificios extranjeros en el Santuario. Esta medida era la consecuencia más

ahora pisoteado por bestias nacidas entre nosotros. Desespe- 263
rados tratan imprudentemente de enfrentar a pueblos contra pueblos y ciudades contra ciudades y de meter en la guerra a la nación contra sus propias entrañas. En consecuencia, como 264
he dicho, lo más hermoso y lo que más os conviene es que luchéis con nosotros contra los criminales y que os venguéis de su engaño, pues os llamaron como aliados, cuando debían teneros miedo como personas que les iban a castigar. Si sentís 265
repeto por la llamada de gente de esa calaña, aún os es posible deponer las armas, entrar en la ciudad como parientes suyos, asumir un papel intermedio entre aliados y enemigos para así convertiros en jueces de este caso. Y tened en cuenta lo que 266
ganarán al ser juzgados por vosotros por unos crímenes tan evidentes y tan graves, ellos que no permitían ni siquiera hablar a personas totalmente inocentes. ¡Qué consigan ese favor con vuestra llegada! Pero si no tenéis que compartir nuestra 267
indignación ni actuar como jueces, os queda una tercera vía: abandonarnos a unos y a otros, no meteros en nuestras desgracias ni ayudar a los que conspiran contra nuestra capital. Si 268
tenéis sobre todo la sospecha de que hemos negociado con los romanos, podéis vigilar las entradas, y si de verdad se descubre alguno de los hechos de los que se nos ha acusado, venid entonces a defender la metrópoli y castigad a los culpables que descubráis. Pues los enemigos no se os podrán adelantar, dado que vosotros estáis acampados junto a la ciudad. Si ninguna de 269
esta propuestas os parece razonable y adecuada, no os extrañéis de que se os cierren las puertas mientras estéis armados».

clara del nacionalismo judío, que reivindicaba su tradicional exclusividad religiosa frente a esa tendencia sincretista que había dominado anteriormente en la mayor parte de los hebreos bajo la dominación helénica.

Respuesta de Simón, jefe de los idumeos

270 Esto es lo que dijo Jesús. Pero la multitud idumea no hizo caso, sino que se enfureció al ver que aún no podía entrar en la ciudad. Además los generales se indignaron por el hecho de que se les pidiera deponer sus armas, pues para ellos desarmarse, cuando al-
271 guien se lo ordenara, equivalía a ser prisioneros. Simón, hijo de Caata[119], uno de sus jefes, tras calmar a duras penas el alboroto de sus hombres y situarse en un lugar desde donde
272 le pudieran oír los sumos sacerdotes, dijo que no se asombraba de que estuvieran sitiados en el Templo los defensores de la libertad, pues algunos cerraban entonces al pueblo el
273 acceso a la ciudad, que es de todos, y se preparaban para recibir inmediatamente a los romanos, con las puertas adornadas con guirnaldas, mientras que parlamentaban con los idumeos desde las torres y les ordenaban entregar las armas que llevaban en
274 defensa de la libertad. Sin confiar la custodia de la capital a hombres de una raza emparentada con ellos[120] los hacen jueces de sus diferencias internas. Y mientras acusan a algunos de ejecutar a ciudadanos sin haberlos juzgado, ellos mismos conde-
275 nan a toda nuestra nación al deshonor. Ahora habéis cerrado a vuestros compatriotas una ciudad que antes había estado abierta
276 al culto para todos los extranjeros[121]. En efecto, nos hemos apresurado para acudir a las matanzas y a la guerra contra nuestros compatriotas, nosotros que nos hemos dado prisa con
277 el fin de salvaguardar vuestra libertad. Tales son las injusticias que habéis sufrido por parte de los judíos que están sitiados en

---

[119] Este nombre se presenta bajo diversas variantes, Catlá, Clatá o Caata. Incluso este Simón es identificado en la traducción de THACKERAY con Taceas, citado en IV 235.

[120] La raza de los idumeos, que había sido obligada a convertirse al judaísmo; cf. nota a IV 218.

[121] Cf. nota a IV 262.

el Templo y creo que así de verosímiles son las sospechas que
vosotros tenéis contra aquéllos. Además vosotros, que tenéis 278
recluidos a todos los que se encargan de los asuntos públicos,
que habéis cerrado la ciudad a un pueblo que está muy emparentado con vosotros y que habéis dado unas órdenes tan desvergonzadas, decís que os tiranizan y dais el nombre de déspotas a los que sufren vuestra tiranía. ¿Quién podría aguantar la 279
ironía de vuestras palabras, cuando se la compara con vuestros
actos? A no ser que ahora os echen de la ciudad los idumeos, a
los que vosotros mismos habéis apartado de los ritos de la patria[122]. A los que están sitiados en el Templo habría que repren- 280
derles con razón por haberse atrevido a castigar a los traidores,
de los que vosotros por complicidad decís que son hombres
insignes e irreprochables, y por no haber empezado con vosotros y así haber cortado las partes más vitales de la traición. Pero si aquéllos han sido más blandos de lo que era 281
necesario, nosotros, los idumeos, guardaremos la casa de
Dios y combatiremos en defensa de la patria común contra
los enemigos, tanto contra los que nos ataquen desde fuera
como contra los traidores de dentro. Nos quedaremos aquí, 282
delante de las murallas, con nuestras armas hasta que los
romanos se cansen de escucharos o vosotros os convirtáis
en partidarios de la libertad».

Los idumeos acampan ante los muros de Jerusalén

La multitud idumea aclamó estas pa- 283
labras, mientras Jesús se retiró con el
ánimo abatido, pues veía que los idumeos
no tenían una actitud de moderación y
que la ciudad iba a luchar dividida en dos
facciones. Aquéllos no tenían sus ánimos tranquilos, pues 284

122 Las autoridades de Jerusalén, con Jesús y Anano a la cabeza, no les abrían las puertas de la ciudad y, por tanto, no les dejan acceder al Templo, donde se encontraban refugiados los zelotes.

estaban indignados por el hecho de que no se les había dejado entrar en la ciudad, no sabían qué hacer y muchos se arrepintieron de haber venido cuando vieron que los zelotes no salían a ayudarles, a pesar de que creían que disfrutaban
285 de una posición fuerte. Pero la vergüenza de darse la vuelta sin haber realizado absolutamente nada prevaleció sobre el arrepentimiento de haber venido, de modo que se quedaron
286 allí, acampados de mala manera delante de la muralla. Por la noche estalló una inmensa tormenta, con fuertes vientos, lluvias torrenciales, continuos relámpagos, violentos truenos
287 y con unos terribles temblores de tierra. Esta confusión de los elementos del universo era una prueba evidente de la destrucción de los hombres y se podría conjeturar que era la señal premonitoria de una gran catástrofe[123].

Los zelotes permiten la entrada de los idumeos en la ciudad

288 Los idumeos y los que estaban dentro de la ciudad solamente tenían una idea: para los primeros Dios estaba irritado por la expedición militar y no podrían escapar de él por haber empuñado sus armas contra la capital, mientras que los hombres de Anano pensaban que ya habían vencido sin luchar y que Dios dirigía el com-
289 bate en su favor. Sin embargo hicieron mal sus predicciones sobre el futuro y profetizaron a sus enemigos aquello que
290 iban a sufrir sus propios hombres. Los idumeos estaban pegados unos a otros y así se daban calor con sus propios

[123] Josefo está recurriendo constantemente en su relato a la intervención de fuerzas sobrenaturales, que se manifiestan en determinados fenómenos atmosféricos, como es este caso, como un claro ejemplo de la intervención divina en el desarrollo de la historia. La Providencia divina se sirve de estos signos premonitorios, prodigios, señales, sueños y otros elementos proféticos para manifestar su voluntad; sobre la importancia de las profecías en nuestro autor, véase la nota a I 80.

cuerpos y aminoraron el efecto de la lluvia al poner sus es-
cudos unidos sobre sus cabezas. Los zelotes estaban más 291
preocupados por los idumeos que por el peligro que ellos
mismos corrían. Se reunieron y consideraron la posibilidad
de algún tipo de ayuda. Los más exaltados opinaban que ha- 292
bía que atacar violentamente con las armas a los centine-
las, luego entrar en medio de la ciudad y a la vista de to-
dos abrir las puertas a los aliados. Pues los guardias no re- 293
sistirían, atónitos por la sorpresa de su ataque y, en
especial, porque la mayoría de ellos estaban desarmados y
no tenían experiencia en la lucha, y sería difícil reunir a
toda la multitud de la ciudad que se había visto obligada a
encerrarse en sus casas a causa de la tormenta. Además, 294
aunque surgiera algún peligro, era más conveniente cual-
quier tipo de sufrimiento antes que permitir vergonzosa-
mente que un número tan grande de gente muriera por su
causa. En cambio, los más prudentes rechazaban la vio- 295
lencia, pues no sólo veían que era muy numerosa la guar-
dia que les vigilaba, sino que también la muralla de la ciu-
dad estaba custodiada con esmero a causa de los idumeos.
Creían, además, que Anano estaba presente en todos los 296
sitios y que en todo momento pasaba revista a los puestos
de guardia. Esto sucedía en las noches anteriores, si bien 297
en aquella ocasión se relajó la vigilancia, no por desidia de
Anano, sino porque el Destino[124] había ordenado que mu-
riera aquel hombre y la totalidad de los guardias. El hado 298
hizo que al avanzar la noche y al arreciar la tormenta se
durmieran los centinelas que estaban en el pórtico, y que

[124] Al igual que en otros pasajes, aquí también Josefo mezcla el concepto clásico de Destino, Fortuna, con su fe en la Providencia divina, que interviene en los actos humanos, tal como hemos visto poco antes en IV 190; sobre estas cuestiones véase el apartado 5 de nuestra Introducción.

los zelotes tuvieran la idea de coger las sierras sagradas[125]
299 y cortar los barrotes de las puertas. El silbido del viento y el continuo resonar de los truenos colaboró también a que no se oyera su ruido.

300 Salieron del Templo sin que nadie se diera cuenta, llegaron junto a la muralla y con las mismas sierras abrieron la
301 puerta que daba a los idumeos. Al principio éstos se llenaron se temor, pues creían que les atacaban las tropas de Anano, y todos echaron mano a las espadas para defenderse. Pero tan pronto como reconocieron a los que se les acerca-
302 ban, pasaron al interior de la ciudad. Si se hubieran extendido por la ciudad, nada hubiera impedido matar a todo el pueblo, pues tan grande era su cólera. En primer lugar se apresuraron por sacar de la prisión a los zelotes[126], pues éstos, que les habían hecho entrar, les habían pedido que no se olvidaran de aquéllos por los que habían venido en medio de los peligros y que no les expusieran a un riesgo aún más
303 grave. Si capturaban a los guardianes, les sería más fácil atacar la ciudad, pero si, en cambio, los movilizaban, aunque fuera mínimamente, ya no sería posible imponerse so-
304 bre los judíos del interior, pues cuando estos últimos se enteraran se pondrían en orden de batalla y cerrarían los accesos a las zonas altas de la ciudad.

---

[125] Estas sierras pueden ser tanto las utilizadas por los leñadores que reparaban las construcciones del Templo (cf. *Josué* 9, 21), como las que servían para despedazar las víctimas y los leños del fuego de los sacrificios.

[126] La liberación de los encarcelados es una de las primeras medidas típicas de toda insurrección, que junto con la abolición de las deudas (cf. II 427), el sorteo de los cargos (cf. IV 148 ss), la eliminación de los tribunales de justicia (cf. IV 258) y las actuaciones contra los ricos (cf. IV 138-146 y 335) recuerda la narración de las matanzas de Corcira de TUCÍDIDES, III 69 ss; cf. Y. BAER, «Jerusalem in the Times of the Great revolt», *Zion* 36 (1971), 127-190 (en hebreo con resumen en inglés).

Ataque de idumeos y zelotes contra Anano

A los idumeos les pareció bien esta idea y a través de la ciudad subieron al Templo. Los zelotes, desde arriba, esperaban con ansiedad su llegada, y cuando llegaron los idumeos salieron del interior del Templo llenos de valor. Los zelotes se mezclaron con los idumeos y atacaron a los centinelas. Degollaron a algunos de los que estaban en los primeros puestos, que entonces dormían, y ante el griterío de los que estaban despiertos toda la multitud se puso en pie y, asustada, cogió sus armas y corrieron a defenderse. Mientras creían que los zelotes venían solos a atacarles, se sentían animados pues tenían la confianza de que eran superiores en número. Pero cuando vieron que venían otros desde fuera, se dieron cuenta de la entrada de los idumeos. La mayoría de ellos depuso sus armas, al mismo tiempo que se sintió desanimada, y empezó a lamentarse. Unos pocos jóvenes, formando una barrera unos con otros, hicieron frente con valor a los idumeos y durante un largo espacio de tiempo protegieron a la multitud, que había permanecido inactiva. Esta gente, con sus gritos, dio a conocer sus desgracias a los que estaban en la ciudad, aunque ninguno de ellos se atrevió a ayudarlos, cuando se enteró de que los idumeos habían entrado allí. Dieron gritos y lamentos inútiles, y estalló un gran llanto entre las mujeres, pues cada una de ellas tenían algún pariente en peligro entre los guardianes. Los zelotes daban su grito de guerra al unísono de los idumeos y la tormenta hizo que el clamor de todos fuera más terrible[127]. Los idumeos no perdonaron a nadie, dada

305 306 307 308 309 310

[127] En términos similares se describe el efecto del grito de guerra en la toma de Jotapata (III 247 ss.) y en la caída de Jerusalén (VII 272 ss.).

su natural crueldad para matar[128], y, maltratados por la tormenta, descargaron su furia contra los que les habían
311 cerrado las puertas. Hacían lo mismo con los que les suplicaban que con los que se defendían, y con sus espadas degollaban a muchas personas que les recordaban su parentesco y que les pedían que respetaran el Templo co-
312 mún. No había ningún lugar por donde huir ni ninguna esperanza de salvación. Eran despedazados, amontonados unos sobre otros. La mayoría, como no tenía sitio para escaparse y los asesinos estaban ya encima de ellos, se vio obligada por la falta de perspectivas a arrojarse a la ciudad desde arriba. De esta forma, en mi opinión, sufrieron voluntariamente una muerte más terrible que aquella de la
313 que huían. Toda la zona exterior del Templo se llenó de sangre y el día siguiente se encontró allí con ocho mil quinientos muertos[129].

Muerte de Anano y Jesús. Otras matanzas

314 La cólera de los idumeos no se sació con estos hechos, sino que se volvieron a la ciudad, saquearon todas las casas y
315 mataron a todo el que se encontraron. Les parecía un esfuerzo inútil ir contra el resto de la población, por lo que buscaban a los sumos sacerdotes y la mayoría de ellos se dedicaba a atacar a estas
316 personalidades. Nada más capturarlos los mataban. Subidos sobre sus cadáveres se burlaban de Anano, por su benevolencia para con el pueblo, y de Jesús por sus palabras pro-
317 nunciadas desde la muralla[130]. Llegaron a tal extremo de impiedad que incluso dejaban los cuerpos sin enterrar, a pe-

[128] Cf. nota a IV 230.

[129] En IV 206 se ha dicho que sólo eran seis mil los hombres armados los que hacían guardia en los pórticos.

[130] Cf. el discurso reproducido en IV 238-269.

sar de que los judíos se preocupan tanto de las sepulturas[131] que aun a los que han sido condenados a la crucifixión[132] los descuelgan y los entierran antes de la puesta del sol. No 318
me equivocaría si dijera que la muerte de Anano fue el comienzo de la toma de la ciudad[133] y que desde aquel día fue derribada la muralla y aniquilado el Estado judío[134], cuando

---

[131] En Israel, como en todo el antiguo Oriente Próximo, los ritos funerarios eran de gran importancia. Enterrar a los muertos se tenía por un acto de misericordia, que debía llevarse a cabo el mismo día de la defunción por razones higiénicas y de pureza (cf. *Números* 19, 11-14 y *Deuteronomio* 21, 23). La privación de sepultura era considerada como una de las más graves maldiciones, por lo que no estaba permitido dejar un cadáver insepulto (cf. *Jeremías* 8, 2 o *I Macabeos* 7, 17); cf. R. DE VAUX, *Les institutions de l'Ancien Testament*, París, 1958, I, págs. 97-100.

[132] Como muy bien señala REINACH en su comentario *ad loc.*, la crucifixión no era conocida en el derecho judío, si bien se practicaba en la región desde la llegada de los romanos. Incluso antes, según se relató en I 97, Alejandro Janeo sometió a este tipo de muerte a ochocientos judíos y Antíoco IV Epífanes hizo otro tanto (cf. *Antigüedades* XII 156). Herodes había suprimido este castigo, que luego volvió a imponerse, según lo demuestra el caso de Judas el Galileo (cf. *Antigüedades* XX 102 y *Hechos de los Apóstoles* 5, 37) o de los dos mil rebeldes crucificados por orden de Varo (cf. *Antigüedades* XVII 295).

[133] Cf. nota a IV 125.

[134] A pesar de los problemas que esta denominación encierra, sí que se puede hablar durante los años de la revuelta contra Roma de un Estado judío. Éste seguía manteniendo los órganos de gobierno del régimen anterior (cf. nota a IV 231), pero, a juicio de Josefo, el protagonista es el *dêmos* y la «democracia» (cf. II 449, 538; IV 158, 251; V 11, 25), términos que en esta obra hacen referencia, según la acepción helenística, a los notables judíos y a las instituciones no monárquicas. Los insurgentes adoptan una serie de medidas de tipo económico y social propias de un Estado (cf. nota a IV 302), e incluso entre los años 66 y 70 los jefes de Jerusalén acuñaron cinco series de monedas de plata, cuyos símbolos y leyendas manifestaban su libertad e independencia, «Libertad de Sión» o «Redención de Sión» entre otros; sobre este respecto puede consultarse el completo trabajo de K. KADMAN, *The coins of the Jewish War of 66-73*, Jerusalén, 1960.

vieron que se degollaba en medio de la ciudad al sumo sacerdote que luchaba a la cabeza por su propia salvación.
319 Pues, además de ser un hombre venerable y de una gran justicia, le gustaba tratar a las personas más humildes como si fueran sus iguales, a pesar de la importancia de su noble-
320 za, de su dignidad y de su honor. Amaba sobremanera la libertad y era un enamorado de la democracia: ponía siempre el interés público por delante de sus beneficios personales y prefería la paz por encima de todo. Sabía que era imposible vencer a los romanos. Y, sin embargo, se vio obligado a preparar la guerra para que, en caso de que los judíos no
321 llegaran a un acuerdo, pudieran luchar con dignidad[135]. En resumen, se podría decir que, si Anano hubiera vivido, se habría llegado a un pacto, ya que era hábil para hablar y para persuadir al pueblo y ya estaba convenciendo incluso a sus adversarios. O bien, en el caso de que se hubiera continuado la guerra, los judíos habrían producido a los romanos un gran retraso a las órdenes de un general de esta naturale-
322 za. Junto a él estaba Jesús, que era inferior en comparación
323 con Anano, pero superior a los demás. Creo que Dios, que había decidido la destrucción de la ciudad, ya contaminada, y que quería purificar con fuego el santuario[136], quitó de en

[135] THACKERAY, en su comentario, ve en este encomio de Anano huellas del elogio a Pericles por parte de TUCÍDIDES en II 65.

[136] Aquí descansa uno de los puntos capitales de la teología flaviana, que explica la guerra judía contra Roma como el cumplimiento de un plan divino; cf. P. BILDE, «The causes of the Jewish war according to Josephus», *Journal for the Study of Judaism* 10 (1979), 179-202. El fuego como forma de purificación o castigo es de sobra conocido por los textos bíblicos (cf. *Salmos* 50, 3, *Isaías* 26, 11, etc.). El fuego es el anuncio escatológico de la llegada de Dios para juzgar a los hombres, según opinión extendida entre los escritos apocalípticos y proféticos de la época, tanto canónicos como aprócrifos (cf. *Apocalipsis* 8, 8, *I Henoc* 10, 6-13 y *Oráculos Sibilinos* I 87-103).

medio a los que estaban consagrados y amaban al Templo. A los que poco antes habían llevado las vestiduras sagra- 324
das[137], habían presidido el culto universal[138] y habían sido venerados por gente que de todo el mundo había venido a la ciudad, se los veía tirados, desnudos, para servir de comida a perros y bestias salvajes. Me parece que la misma Virtud 325
se lamentó de aquellos hombres, y deploró el hecho de que fuera vencida hasta tal extremo por la maldad. Tal fue el final de Anano y Jesús.

Tras ellos, los zelotes y la multitud idumea se lanzaron 326
contra el pueblo como una manada de animales impuros y provocaron una matanza. La gente corriente era degollada 327
en el sitio donde era sorprendida, mientras que a los nobles, que eran jóvenes, los cogían y los encerraban encadenados en la prisión. Aplazaban su ejecución por la esperanza de atraerse para sí a algunos de ellos. Ninguno les hizo caso, 328
sino que todos prefirieron la muerte a formar parte de un ejército de malvados en contra de su patria. Por su negativa 329

---

[137] Flavio Josefo describirá estas vestiduras de los sacerdotes en V 231-237 y *Antigüedades* III 161-179.

[138] El propio Flavio Josefo en V 212 ss. y en *Antigüedades* III 123 y 179 ss. se esfuerza por dar un significado universal y cósmico a la religión judía, en especial a través del simbolismo de las vestiduras de los sumos sacerdotes y de la disposición del Templo. Este sincretismo universalista se dejó notar entre diversos autores de la Diáspora de lengua griega, como muy bien testimonia la *Carta de Aristeas* 16 o Filón de Alejandría, *Sobre las leyes especiales* I 172-173. Algunos autores paganos incidían también en esta idea de universalidad divina en la que se integraba el Dios de los hebreos: en el siglo III d. C. Cornelio Labeo *(De Oraculo Apollonis Clarii,* en Macrobio, *Saturnalia* I 18, 18-21) presenta un oráculo de Claros cuyo tema central es la identificación del Dios Supremo Yaó, que no es otro sino Yavéh, Hades, Zeus, Helios y Dioniso. A este respecto puede servir de ejemplo la disertación que Plutarco hace sobre la identidad del Dios judío, a quien compara con el Dioniso griego *(Charlas de sobremesa* IV 6).

soportaron ultrajes terribles, fueron azotados y torturados, y
cuando sus cuerpos ya no servían para los tormentos a duras
penas se les consideraba dignos de morir a golpe de espada.
330 Los que por el día eran detenidos eran ejecutados por la no-
che. Llevaban y arrojaban fuera los cadáveres para que hu-
331 biera sitio para otros prisioneros. El miedo del pueblo era
tan inmenso que nadie se atrevía a llorar públicamente a sus
familiares muertos ni a enterrarlos, sino que vertían lágri-
mas a escondidas, encerrados en sus casas, y gemían con
cuidado para que no los escuchara ninguno de los enemigos.
332 Pues el que lloraba iba inmediatamente a sufrir los mismos
padecimientos que aquéllos de los que ahora se lamentaba.
Por la noche cogían un poco de polvo y lo echaban con las
dos manos sobre los cadáveres, y también de día, si alguno
333 tenía la osadía de hacerlo. De esta manera murieron doce
mil jóvenes de la nobleza[139].

Falsos tribunales. El caso de Zacarías

334 Cuando se cansaron de asesinar li-
bremente, fingieron instituir tribunales y
335 juicios. Determinaron ejecutar a una de
las personas más ilustres, a Zacarías[140], el
hijo de Baris[141]. Les provocaba el excesi-
vo odio de este hombre al mal y su amor a la libertad. Ade-
más era una persona rica, de modo que no sólo anhelaban

[139] Las cifras siguen siendo exageradas, ya que sólo se ha hablado de seis mil armados que hacían guardia contra los zelotes; cf. IV 206.

[140] Este Zacarías ha sido identificado con Zacarías, hijo de Baraquías, citado en *Mateo* 23, 35 y *Lucas* 11, 51, que fue asesinado «entre el Santuario y el altar»; cf. los datos al respecto referidos por Thackeray y Ricciotti en sus comentarios *ad loc.*

[141] El nombre no ha sido totalmente identificado y las variantes griegas de los manuscritos, *Baroúchou* y *Bariskaîou*, parecen apuntar a un compuesto arameo con el elemento *bar*, «hijo de».

apoderarse de sus bienes[142], sino también librarse de un individuo que era capaz de acabar con ellos. A través de una 336
orden convocan en el Templo a setenta ciudadanos notables[143]. Como si estuvieran en un teatro[144], éstos representaron el papel de jueces, aunque sin autoridad, y acusaron a Zacarías de haber entregado el Estado a los romanos y de haber enviado una embajada a Vespasiano para acordar la 337
traición. No existía ninguna prueba ni ningún indicio de estas acusaciones, sino que ellos decían estar plenamente convencidos y consideraban que esto era prueba suficiente de verdad. Zacarías, sabedor de que no le quedaba ninguna es- 338
peranza de salvación, pues le habían convocado con engaños ante una prisión, no ante un tribunal, renunció a la vida, pero no a expresarse con libertad. Se levantó, ridiculizó la verosimilitud de las acusaciones y en pocas palabras se deshizo de los cargos que le imputaban. A continuación di- 339
rigió el discurso contra sus acusadores y expuso una por una todas sus ilegalidades y expresó un gran número de lamentos por el deterioro de los asuntos públicos. Los zelotes se 340

[142] Los insurgentes se sirven de este tipo de medidas populares, como es el ir contra los ricos, para atraerse a las masas; cf. nota a IV 302.

[143] Josefo había establecido también o, quizá mejor, había aceptado una organización preexistente con este número de magistrados en la administración de Galilea (cf. II 570 y *Autobiografía* 79), según el modelo del consejo de ancianos de la época de Moisés *(Éxodo* 24, 1, 9; *Números* 11, 16-17, 24-25), para los asuntos más importantes, mientras que para los menores nombró en cada población un consejo de siete hombres. No obstante, el Consejo o Sanedrín de Jerusalén estaba compuesto por setenta y un miembros (así lo dice la *Misná, San.* 1, 6). En cualquier caso no hay que perder de vista la importancia que el número siete y setenta han tenido siempre en el judaísmo (cf. *II Reyes* 10, 1 o *Jueces* 9, 2).

[144] Esta comparación de los hechos con una representación teatral se ha utilizado ya en el caso de Fani, hijo de Samuel (cf. IV 156). Realmente se trata de una pantomima de juicio para dar apariencia de legalidad a unas actuaciones deplorables.

alborotaron y a duras penas pudieron dejar quietas sus espadas. Prefirieron representar hasta el final el papel y la parodia del juicio, pues, además, querían comprobar si los jueces actuarían con justicia a pesar del peligro que les acechaba.
341 Los setenta votaron todos a favor del acusado y prefirieron morir con él a ser tenidos por responsables de su muerte.
342 Ante la absolución se produjo un griterío entre los zelotes y todos se irritaron contra los jueces por no haber comprendido que se les había concedido esta autoridad de forma ficti-
343 cia. Dos de los más osados se presentaron en medio del Templo, mataron a Zacarías y, una vez caído, se burlaron de él con estas palabras: «Tienes nuestro voto y la más firme absolución». Seguidamente lo arrojaron desde el Templo
344 por el barranco que había debajo[145]. Llenos de soberbia golpearon a los jueces con sus espadas y los echaron fuera del recinto, les perdonaron la vida solamente con el fin de que al dispersarse por la ciudad anunciaran su esclavitud a todos sus habitantes.

Retirada de los idumeos

345 Entonces los idumeos se arrepintieron de haber venido y manifestaron su des-
346 contento por lo sucedido. Uno de los zelotes los reunió y en privado les fue explicando las ilegalidades que habían cometido en colaboración con los que les habían llamado y les expuso la
347 situación de la capital. Aquéllos estaban preparados para luchar porque pensaban que la metrópoli iba a ser entregada a los romanos por los sumos sacerdotes, y, en cambio, se habían encontrado con que no había ninguna prueba de la traición y que los que fingían ser los defensores de la ciudad se
348 atrevían a cometer actos bélicos y tiránicos contra ella. Por

[145] El valle de Tiropeón o de los Queseros.

tanto, los idumeos tenían que haberse opuesto a ello desde el principio. Pero, dado que habían venido a participar en la guerra civil, debían poner límite a sus errores y no seguir prestando ayuda a los que destruían las leyes patrias. Y si algunos 349
estaban indignados porque se les habían cerrado las puertas y no se les había permitido entrar con sus armas, que sepan que los autores de estos hechos ya han sido castigados: Anano estaba muerto y en una noche había sido ejecutado casi todo el pueblo. Sabían que muchos de sus compatriotas estaban 350
arrepentidos de estas acciones y veían que la crueldad de los que les habían llamado era desmesurada y que no respetaban ni siquiera a sus salvadores. Ante los ojos de sus aliados se 351
atrevían a las más vergonzosas acciones y sus crímenes recaerían sobre los idumeos, mientras alguno no lo impidiera o no se apartase de sus delitos. Por ello, ya que era evidente que el 352
tema de la traición era una calumnia, que no se esperaba la llegada de los romanos y que el poder sólidamente establecido en la ciudad estaba bien protegido, era preciso que regresaran a casa, pues, si no participaban ya más con estos malvados, se les disculparía de todas las fechorías en las que se habían visto inmiscuidos con engaños.

Aumenta la crueldad de los zelotes. Muerte de Gorión y Níger

Los idumeos se convencieron ante 353
estos razonamientos: en primer lugar liberaron a unos dos mil prisioneros que estaban en la cárcel[146], que inmediatamente huyeron de la ciudad y acudieron a Simón, persona de la que hablaré un poco más tarde[147]. A continuación abandonaron Jerusalén y se retiraron a su

[146] Sobre la liberación de los presos como acto revolucionario véase nota a IV 302.

[147] IV 503.

354 país[148]. Su marcha fue una sorpresa para los dos bandos. El pueblo, que no sabía nada del arrepentimiento de los idumeos, se reanimó un poco, como si se hubiera librado de los
355 enemigos. Los zelotes, por su parte, se enardecieron aún más, no por haber sido abandonados por sus aliados, sino por verse libres de personas que les reprobaban y que les
356 apartaban de sus crímenes. Ya no hubo dilación ni reflexión en sus delitos, sino que se ideaban rapidísimos planes para cada una de sus acciones y llevaban a cabo sus decisiones
357 antes de tenerlas pensadas. Sus crímenes iban dirigidos en especial contra la valentía y la nobleza, en el primer caso lo hacían por envidia y en el segundo por temor, pues creían que sólo estarían seguros si no dejaban vivo a ninguno de
358 los poderosos. Entre muchos otros fue ejecutado también Gorión[149], persona ilustre por su dignidad y por su origen noble, de carácter demócrata y lleno de amor por la libertad como nunca lo fue ningún otro judío. Sobre todo acabó con él su franqueza en el hablar, además de otras cualidades que
359 le destacaban. Ni tampoco Níger[150], el de Perea, escapó a sus manos, un hombre que había sido muy valiente en los combates contra Roma. Fue arrastrado por medio de la ciudad mientras daba numerosos gritos y mostraba sus heridas.
360 Cuando fue llevado fuera de las puertas y perdió toda esperanza de salvarse, pidió que le enterrasen. Pero ellos le mataron, después de dejarle claro que no le iban a dar la tierra

[148] En realidad no se retiraron todos, ya que se vuelve a hacer referencia a los idumeos en IV 566 y en V 248-249 se dirá que éstos eran cinco mil.

[149] Seguramente sea Gorión, hijo de José, mencionado en IV 159 y II 563.

[150] Este individuo participó en el ataque contra Cestio (II 520) y, más tarde, contra Ascalón (III 28).

que tanto deseaba[151]. Durante su ejecución Níger les amenazó, 361
aparte de con la guerra, con la venganza de los romanos, con el hambre y con la peste y, además de todo esto, con luchas civiles entre ellos. Todo esto lo había decidido Dios contra los impíos, 362
e incluso lo que era todavía más justo, a saber, el hecho de que no mucho tiempo después iban a probar las locuras de unos contra otros en sus mutuas rivalidades. La muerte de Níger di- 363
sipó los temores de los zelotes por ser derrotados y no había una parte del pueblo para la que no se forjara un pretexto de acabar con ella. Pues eran asesinados los que ya antes habían tenido di- 364
ferencias con alguno de ellos, y a los que en tiempo de paz no se les habían enfrentado les imputaban acusaciones de acuerdo con las circunstancias del momento: el que no se les acercaba nunca era tenido por un soberbio, por el contrario, el que trataba con ellos con franqueza parecía que les menospreciaba, y quien les trataba con solicitud era sospechoso de conspirador[152]. La 365
muerte era el único castigo para las acusaciones, tanto para las más graves como para las más leves. Nadie podía escapar de ella, a no ser que uno fuera de una condición muy baja, ya sea por la clase social de su familia o por lo que la suerte le ha deparado.

Vespasiano retrasa la toma de Jerusalén

Todos los demás generales romanos, 366
que consideraban estas rivalidades internas de los enemigos como un prueba de su buena Fortuna, deseaban atacar la ciudad e instaban a ello a Vespasiano, pues él era el jefe de las operaciones. Le decían que la Providencia divina era aliada suya al hacer que los enemigos se en-

---

[151] Sobre la importancia de la sepultura entre los judíos véase nota a IV 317.

[152] THACKERAY ve aquí huellas del texto de TUCÍDIDES, III 82, sobre las consecuencias de las luchas civiles en Corcira.

367 frentaran entre sí. Pero que este cambio de situación era pasajero y rápidamente los judíos se reconciliarían o por can-
368 sancio de los males internos o por arrepentimiento. Sin embargo Vespasiano les dijo que la mayoría de ellos se equivocaban sobre lo que había que hacer, pues, como si estuvieran en un teatro[153], deseaban ardientemente, no sin correr peligro, hacer demostración de su fuerza física y de sus armas, sin tener en cuenta la utilidad y la seguridad de esta
369 acción. En efecto, si emprendiese el ataque contra la ciudad, provocaría la reconciliación entre los enemigos y volvería contra sí mismo las tropas de los judíos que aún contaban con fuertes recursos. En cambio, si esperaba, se enfrentaría con menos rivales, ya que éstos habrían disminuido a causa de
370 las luchas civiles. Dios era mejor general que él al poner a los judíos en manos romanas sin ningún esfuerzo y regalar
371 la victoria al mando del ejército sin ningún riesgo[154]. De modo que, mientras los enemigos se destruían con sus propias manos con el peor de los males, como es el de la guerra civil, ellos, más bien, debían permanecer apartados de los peligros, como espectadores[155], y no poner su mano sobre hombres que se matan y que están furiosos unos contra
372 otros. Si alguno cree que el honor de la victoria obtenida sin lucha tendrá menos lustre, que sepa que el éxito adquirido con tranquilidad es más útil que el que se debe a la incerti-
373 dumbre de las armas. Pues no hay que considerar menos

[153] De nuevo se utiliza el símil de una representación teatral.

[154] Dios, la Providencia, es el motor de los acontecimientos humanos y es el que ha decidido esta guerra como el cumplimiento de un plan preestablecido. Esta concepción plenamente judía de la historia la repite nuestro autor en varios pasajes, como por ejemplo II 390 o III 484; cf. el apartado 5 de la Introducción.

[155] Seguimos con el símil del teatro, si bien en este caso concreto puede pensarse en un espectáculo de circo, donde los espectadores observaban, sin riesgo, las cruentas luchas de los gladiadores.

dignos de elogio que los que sobresalen por su fuerza a los que obtienen idénticos resultados mediante el control de sí mismos y la inteligencia. Por otra parte, a la vez que los enemigos iban disminuyendo, su propio ejército se iba recuperando de las continuas fatigas y ganaba nuevas fuerzas.
Además no era ésta la ocasión para aspirar a la gloria de la 374
victoria. Los judíos no se preocupaban de preparar las ar- 375
mas, ni de las murallas ni de conseguir aliados, y si esto no fuera así el retraso sería en detrimento de los que se lo permitieran. Por el contrario, inmersos en la guerra civil y en la discordia sufren cada día males peores que los que les producirían los romanos si les atacasen y tomasen la ciudad.
Por tanto, si hay que mirar por nuestra seguridad, es preciso 376
dejar que los judíos se aniquilaran a sí mismos, y si hay que tener en cuenta un éxito muy glorioso para nuestra empresa, no es necesario atacar a enemigos que están enfermos en su propia casa, ya que se diría con razón que la victoria no es de los romanos, sino de la discordia interna de Jerusalén.

Deserciones judías. Respuesta de los zelotes

Los generales estuvieron de acuerdo 377
con estas palabras de Vespasiano y enseguida se demostró la importancia militar de esta propuesta, pues todos los días llegaban huyendo judíos que desertaban de
los zelotes. Era difícil escapar, dado que habían cubierto to- 378
das las salidas con centinelas y al que cogieran en ellas le
mataban por pasarse al bando romano. No obstante, se per- 379
mitía pasar al que pagaba dinero y sólo era un traidor el que no daba nada, de modo que el resultado fue que, como los
ricos compraban su huida, sólo los pobres morían. Innume- 380
rables cadáveres se amontonaban a lo largo de todos los grandes caminos y muchos de los que querían desertar preferían volver y perecer dentro de la ciudad, pues la esperan-

za de ser enterrados allí hacía que la muerte en su patria les
381 pareciera más tolerable. Los zelotes llegaron a tal extremo de crueldad que no permitieron sepultar en su tierra ni a los que fueron ejecutados en el interior de la ciudad ni a los que
382 acabaron su vida en los caminos[156]. Y dejaron a los muertos pudrirse al sol, como si hubieran acordado destruir a la vez las leyes de la patria y las de la naturaleza y ultrajar a Dios[157], además de cometer crímenes contra los hombres.
383 La muerte era el castigo para los que enterraban a alguno de sus allegados, lo mismo que para los desertores: el que había dado sepultura a alguien, inmediatamente necesitaba
384 otra para él. En una palabra, en las desgracias de entonces no hubo un honroso sentimiento positivo que no se hubiera perdido tanto como la compasión. Irritaba a los malvados aquello que debería provocarles lástima, y pasaban su odio
385 de los vivos a los muertos y de los muertos a los vivos. Era tan exagerado el miedo que el que sobrevivía consideraba feliz a los que habían perecido, pues de esta forma habían puesto fin a sus males, y los que eran vejados en las cárceles creían que, en comparación con ellos, eran dichosos incluso
386 los que se quedaban sin ser enterrados. Toda ley humana fue pisoteada por los zelotes, lo divino fue objeto de burla y los oráculos de los profetas fueron ridiculizados como si de
387 invenciones de charlatanes se tratara. Estos profetas habían dado numerosos vaticinios sobre la virtud y el mal, que los zelotes, al transgredirlos, hicieron que se cumpliera la pre-
388 dicción sobre su patria. En efecto, existía un antiguo oráculo de hombres inspirados por Dios que decía que la ciudad se-

---

[156] La impiedad que supone para un judío dejar insepulto un cadáver ha sido señalada en nota a IV 317.

[157] El sol como representación y símbolo de Dios ha sido ya comentado en el caso de los esenios, que también evitaban «molestar» a los rayos del sol; cf. II 128 y 148.

ría tomada y que el Templo sería quemado por la ley de la guerra, cuando estallara la discordia interna y manos de la propia patria profanaran el santuario de Dios. Los zelotes, a pesar de que habían creído en estas profecías[158], se convirtieron ellos mismos en los artífices de su cumplimiento.

Juan de Giscala y su tiranía

En aquel momento[159] a Juan, que quería convertirse en un tirano, le pareció poco importante tener el mismo honor que sus iguales. Se atrajo poco a poco a la peor gente y se separó del resto del grupo. No hacía caso de las opiniones de los demás e imponía las suyas despóticamente, de modo que era evidente que aspiraba a un poder unipersonal. Unos se sometieron a él por miedo, otros por simpatía, pues tenía habilidad para atraerse a la gente a través de la palabra y del engaño, y muchos también, porque pensaban que era más seguro para ellos que la responsabilidad de los delitos cometidos recayera sobre uno solo en lugar de sobre todos. La energía de su fuerza física y

389

390

391

392

[158] Las profecías sobre la destrucción del Templo y de Jerusalén aparecían ya en *Zacarías* 14, 12 y en *Daniel* 9, 24 ss., entre otros. El propio Jesucristo predecirá esta catástrofe (*Mateo* 24, 15, *Marcos* 13, 14-23 y *Lucas* 21, 20-24), cuyos rumores se extendían con intensidad en los círculos mesiánicos judíos. La literatura apócrifa del período intertestamentario insistirá sobremanera en este aspecto, aunque en esta ocasión con *vaticinia ex eventu:* los *Salmos de Salomón* (II 1-22; VIII 16-20), el *Testamento de Moisés* (VI 8), la *Vida de Adán y Eva* (29) y algunos de los *Oráculos Sibilinos* (IV 115-119). Para los zelotes la instauración del reino de Dios en la tierra estaría precedida por diversas catástrofes apocalípticas, típicas del final y del comienzo de una época nueva, entre las que destacan estas profecías; sobre la importancia y preocupación del movimiento de los zelotes por los elementos proféticos véase HENGEL, *Die Zeloten...*, págs. 235-350.

[159] Después de la narración de los hechos relativos a los idumeos, Josefo reanuda el relato de las actividades de Juan de Giscala de IV 223.

393 de su espíritu atrajo no pocos seguidores. Sin embargo, le abandonó un importante número de opositores, entre los que predominaba la envidia, pues les parecía humillante someterse a alguien que antes había sido igual a ellos. Si bien, la mayor parte de esta gente lo hizo por su temor al régimen
394 monárquico[160]. Pues pensaban que sería difícil acabar con él si se hacía dueño del poder absoluto y que él tendría un pretexto para estar en su contra por el hecho de que se le habían opuesto ya desde el principio. En consecuencia todos preferían sufrir lo que sea en la lucha antes que ser esclavi-
395 zados voluntariamente y morir en la servidumbre. Por ello los rebeldes se dividieron en dos facciones y Juan se con-
396 virtió en señor absoluto en contra de sus adversarios. No obstante entre ellos se mantenían bajo vigilancia y, si alguna vez se llegaron a enfrentar con las armas, lo hicieron durante poco tiempo. A costa del pueblo ellos rivalizaban y
397 reñían por ver quién se llevaría más botín. En un momento en que la ciudad estaba inmersa en la tormenta de los tres peores males, la guerra, la tiranía y la discordia interna, en comparación con lo demás la guerra resultaba lo más leve de todo para la población[161]. Como consecuencia de ello, los judíos huían de sus compatriotas, se refugiaban entre los extranjeros y con los romanos obtenían la salvación que no podían conseguir entre los suyos.

[160] Los zelotes buscaban, con un sentido mesiánico, instaurar el reino de Dios sobre la tierra, pero sin querer sustituir la autoridad romana por la anterior monarquía nacional judía, habida cuenta de los malos recuerdos que se tenía de los últimos reyes. Por otra parte, éstos participan también del común sentimiento antimonárquico de los movimientos revolucionarios de la época.

[161] Josefo insiste en disculpar a los romanos de una guerra, que, a su juicio, había sido provocada por los propios conflictos sociales internos del judaísmo; cf. apartado 2 y 5 de la Introducción.

Los sicarios ocupan Masadá. Su vandalismo en Judea

Un cuarto y diferente mal vino a contribuir a la destrucción de la nación. No lejos de Jerusalén había una fortaleza muy sólida, llamada Masadá[162], que había sido construida por los reyes anteriores para guardar en ella sus riquezas en tiempos de guerra y para seguridad de sus propias personas. Se habían adueñado de esta fortaleza los llamados Sicarios[163], que hasta entonces habían hecho correrías por las regiones cercanas sin robar más que lo que necesitaban, ya que por miedo se abstuvieron de mayores rapiñas. Cuando se enteraron de que el ejército romano estaba inactivo y de que los judíos de Jerusalén estaban divididos por la sedición y por la tiranía internas, se dedicaron a cometer crímenes más atrevidos. En la fiesta de los Ácimos[164], que los judíos celebran para recordar su salvación, cuando liberados de la esclavitud de Egipto llegaron a su tierra patria, por la noche, para que así no se enterara nadie y no pudieran impedírselo, saquearon una pequeña aldea llamada Engadí[165]. Dispersaron y expulsaron de la ciudad a todos los que podían hacerles frente, antes de que echasen mano a las armas y les diese tiempo para reunirse, y a los que no eran capaces de huir, mujeres y niños, los degollaron en un número superior a setecientos. Luego hicie-

398 399 400 401 402 403 404

[162] Los detalles de esta fortaleza, situada en el margen occidental del Mar Muerto, se recogerán en VII 252 ss.

[163] Sobre estos individuos véase nota a II 254.

[164] Antigua fiesta cananea adoptada por los hebreos, que se celebraba entre el 15 y el 21 del mes de Nisán, entre nuestros meses de marzo y abril. Desde el atardecer del día anterior estaba prohibido tener levadura en casa y comer pan fermentado durante los días de la celebración, de ahí el nombre de fiesta de los Ácimos, además del de la Pascua; cf. *Éxodo* 12, 15 y 19.

[165] Ciudad a orillas del Mar Muerto, identificada con Tell el-Jurn, a 28 kilómetros al este de Hebrón; cf. ABEL, *Geógraphie...*, II, págs. 316 ss.

ron saqueos en las casas y regresaron a Masadá tras llevarse
405 los frutos más maduros. Desvalijaron todas las aldeas de los alrededores de la fortaleza y arrasaron con la totalidad de la región, pues cada día se les unía un nutrido grupo de gente
406 de todos los sitios. Los bandidos[166], que hasta entonces habían estado inactivos, empezaron a moverse también en los demás lugares de Judea, como ocurre en el cuerpo, donde se ponen enfermos todos sus miembros cuando se inflama el ór-
407 gano más importante. Los malhechores que había por todas las regiones, a causa de las disensiones internas y de la revuelta de la metrópoli, tenían impunidad para sus saqueos y todos hacían rapiñas en sus propias aldeas y luego se retiraban al de-
408 sierto[167]. Se reunieron y por medio de un juramento se agruparon en compañías, inferiores en número a un ejército, pero mayores que una banda de ladrones, y así cayeron sobre los lu-
409 gares sagrados[168] y sobre las ciudades. Aquellos a los que atacaban sufrían las mismas consecuencias que si hubieran sido hechos prisioneros en una guerra, y, por el contrario, ellos se libraban de las represalias, dado que se escapaban con su botín,

---

[166] Uno de los muchos nombres dados a los rebeldes; véase el apartado 2 de la Introducción.

[167] El desierto, que puede identificarse en este contexto con el mundo rural, es el punto de partida y el refugio de los movimientos revolucionarios y de bandolerismo que emergen contra el poder opresor. Así ocurrió también en la revuelta Macabea, cuando Matias se alzó contra Báquidas y luego huyó al desierto (I 36). Como indica Josefo (cf. *Antigüedades* XVIII 285), Judea estaba llena de bandidos que arrastraban al pueblo hacia el desierto: el caso de Teudas (*Antigüedades* XX 97) o el falso profeta egipcio (II 258-263)

[168] Estos lugares sagrados no tienen por qué ser templos, sino otros lugares de culto, como podrían ser las sinagogas, a pesar de que esta institución apenas es citada en la obra de Josefo; véase nota a II 285. En el judaismo sólo existía el Templo de Jerusalén, dado que según la legislación deuteronomista de los tiempos de Josías todos los santuarios, salvo el de Jerusalén, fueron declarados ilegítimos y el culto quedó centralizado de forma exclusiva en el Templo jerosolimitano.

como hacen los ladrones. No había ninguna zona de Judea que no hubiera sufrido una destrucción similar a la de la capital.

Vespasiano ocupa Gadara

Vespasiano conocía estas noticias por 410
los desertores. Aunque los rebeldes vigilaban todas las salidas y ejecutaban a cualquiera que se acercara a ellas[169], sin embargo algunos se refugiaban sin ser vistos en el bando romano y pedían al general que acudiera para defender la ciudad y para salvar lo que quedaba del pueblo. Pues 411
por su afecto hacia los romanos muchos habían sido asesinados y los que quedaban se hallaban en una situación peligrosa. Vespasiano, que ya se había compadecido de sus desgracias, 412
se puso en marcha, en apariencia para asediar Jerusalén, aunque en realidad era para liberarla del asedio. Era necesario 413
conquistar antes los enclaves que aún quedaban, para que no hubiera ningún obstáculo externo que se opusiera a la toma de la ciudad. Fue contra Gadara[170], capital[171] fortificada de Perea[172], y penetró en la ciudad el cuarto día del mes de Dis-

[169] Cf. IV 378.

[170] Es la ciudad de Gadara o Gadora de Perea, la actual Es-Salt. No puede ser la Gadara citada en I 86, 155, etc., ubicada en la Decápolis, ya que este contexto parece situarla más al sur; cf. Abel, *Geógraphie...*, II, págs. 323-324.

[171] Josefo, al igual que otras fuentes de la época, no mantiene una terminología constante a la hora de referirse a la situación administrativa de las principales ciudades, que unas veces son descritas como *pólis*, otras como *kṓmē* y otras como *mētrópolis*. En realidad sólo serían *póleis* aquellas localidades que tuvieran una constitución griega, en el caso de Judea únicamente Jerusalén, por lo que sería más exacto darles el nombre de *kōmópolis* o *mētrokōmía*, como centros administrativos de un distrito o una toparquía, como sería este caso de Gadara; cf. Schürer, *Historia...*, II, págs., 256-257, con abundante bibliografía específica al respecto.

[172] Josefo ha descrito con detalle en III 44-45 esta región judía de la Transjordania, en el margen oriental del Mar Muerto.

414 tro[173]. Los notables del lugar, sin que los sediciosos se enteraran, le habían enviado una embajada para negociar la rendición, porque deseaban la paz y querían conservar sus bienes,
415 pues eran muchos los ricos que habitaban Gadara. Los rebeldes no sabían nada de la embajada y se enteraron cuando Vespasiano estaba ya cerca de ellos. Perdieron la esperanza de poder conservar ellos mismos la ciudad, pues eran inferiores en número a los enemigos de dentro y veían que los romanos no estaban lejos de allí. Decidieron huir y no les pareció bien hacerlo sin derramar sangre y sin vengarse de los
416 culpables. Cogieron a Doleso, pues éste no era sólo el más destacado de los ciudadanos por su dignidad y su nobleza, sino que además parecía ser el responsable de la embajada. Lo mataron y en su exceso de furor ultrajaron su cadáver, tras de
417 lo cual huyeron de la ciudad. Cuando llegó el ejército romano, el pueblo de Gadara acogió con aclamaciones a Vespasiano, recibió de él garantías de seguridad y una guarnición de soldados de caballería e infantería para hacer frente a las incur-
418 siones de los fugitivos. Sus habitantes habían demolido la muralla, antes de que se lo hubieran pedido los romanos, como prueba de que deseaban la paz y de que, aunque quisieran, no podrían luchar.

Plácido en Jericó

419 Vespasiano envió contra los que habían huido de Gadara a Plácido[174] con quinientos jinetes y con tres mil soldados de infantería, mientras que él se volvió a Ce-
420 sarea con el resto de sus tropas. Los fugitivos, cuando de repente vieron que les perseguía la caballe-

[173] El 21 de marzo del año 68. Distros es en el calendario macedónico, seguido por Josefo en su relato, el equivalente del mes judío Adar y de parte de nuestros febrero y marzo.

[174] Es el tribuno mencionado en IV 57.

ría, antes de entrar en combate, se refugiaron en una aldea llamada Betenabris[175]. Allí se encontraron con una gran 421 cantidad de jóvenes, a los que armaron como pudieron, a unos voluntariamente y a otros a la fuerza, y salieron contra las tropas de Plácido. Los romanos cedieron un poco ante el 422 primer ataque y al mismo tiempo se las ingeniaron para llevar a los judíos lejos de las murallas. Entonces, cuando los 423 tuvieron en un lugar adecuado, los rodearon y los atacaron con flechas. Los jinetes cortaban el paso a los que huían y la infantería acababa enérgicamente con las masas de combatientes. Los judíos morían sin hacer otra cosa que mostrar su 424 audacia. Se arrojaban contra los romanos, que mantenían compactas sus filas, y cuyas armaduras eran como una muralla; no encontraban por donde lanzar sus flechas ni tenían fuerza para deshacer las líneas de los adversarios. Caían 425 atravesados por los disparos enemigos y de un modo muy similar al de las bestias más salvajes se arrojaban sobre el hierro. Unos perecieron golpeados de frente por las espadas y otros por detrás al ser dispersados por la caballería.

Plácido se encargaba de cerrarles el paso a la aldea. 426
Su caballería cabalgaba sin cesar en aquella dirección, lue- 427
go, cuando los sobrepasó, se dio la vuelta y con flechas mató con buena puntería a los más cercanos, a los que estaban lejos les hizo retroceder llenos de miedo, hasta que los más valientes se abrieron paso a la fuerza y se refugiaron en la muralla. Los centinelas no sabían qué hacer, pues no se 428 atrevían a cerrar el paso a los que habían huido de Gadara, a causa de sus compatriotas[176], y, por el contrario, si los recibían les esperaba la muerte junto con ellos. Esto es lo que 429

---

[175] Ciudad situada a unos 23 kilómetros al sur de la Gadara de Perea, en el camino de Jericó.

[176] Como se ha precisado en IV 21, entre los fugitivos de Gadara había también jóvenes reclutados en la propia Betenabris.

sucedió. Por poco la caballería romana no se precipitó dentro de la ciudad con los fugitivos judíos, que fueron empujados hasta el muro. No obstante, aunque les dio tiempo a cerrar las puertas, Plácido les atacó y, después de luchar valerosamente hasta el atardecer, se apoderó de las murallas y de los que estaban en la
430 aldea. Fue masacrado el vulgo que no les servía para nada; los más capaces se dieron a la fuga y los soldados saquearon las ca-
431 sas y quemaron la aldea. Los que habían escapado de Betenabris incitaron a la revuelta a los habitantes de la región: al exagerar sus propias desgracias y decir que todo el ejército romano venía contra ellos hicieron temblar de miedo a la totalidad de la gente en todos los sitios. Huyeron a Jericó cuando consiguieron
432 reunir un número mayor de efectivos. Porque ésta era la única ciudad que alimentaba sus esperanzas de salvación, fuerte como
433 era, al menos, por la gran cantidad de habitantes. Plácido, que estaba lleno de confianza por su caballería y por sus éxitos anteriores, los persiguió hasta el Jordán y mató a todos con los que se topó. Empujó hacia el río al resto de la muchedumbre y alineó sus tropas frente a ellos, cuando aquélla se tuvo que detener a causa de la corriente, que no se podía atravesar al haber au-
434 mentado por las lluvias. La necesidad les llevó a luchar, dado que no podían huir por ningún sitio. Se extendieron lo más posible por las orillas[177] y así soportaron las flechas y las embestidas de la caballería, que hirieron a muchos y los arrojaron a la
435 corriente. Quince mil murieron a manos de los romanos, mientras que fue incalculable la cantidad de judíos que se vieron
436 obligados a tirarse voluntariamente al Jordán. Fueron capturados unos dos mil doscientos y un abundante botín de asnos, ovejas, camellos y bueyes.

---

[177] Realmente sólo se trata de una orilla, ya que no se ha cruzado el río Jordán.

Plácido somete toda Perea

Esta derrota que sufrieron los judíos 437
fue muy importante y parecía mayor de lo que era, por el hecho de que no sólo toda la región por la que huían se había llenado de muerte y el Jordán se podía cruzar pasando por encima de los cadáveres, sino también porque el lago Asfaltitis[178] estaba también repleto de cuerpos que en gran cantidad había arrastrado el río hasta allí. Plácido se 438
sirvió de este golpe favorable de la Fortuna y atacó las aldeas y pequeñas poblaciones de alrededor. Una vez que se apoderó de Abila[179], Julia[180], Besimot[181] y todas las localidades que había hasta Asfaltitis, estableció al frente de cada una de ellas a los desertores que le parecieron más idóneos. A continuación hizo embarcar a sus soldados y acabó con 439
los que se habían refugiado en el lago. Así, toda la zona de Perea hasta Maqueronte[182] se sometío o fue conquistada.

---

178 El Mar Muerto. Sobre las diversas denominaciones de este lago véase la nota a I 657.

179 De las, al menos, tres ciudades con este nombre, esta Abila, que no cita el *Onomástico* de Eusebio de Cesarea, parece que estaba situada cerca del Jordán, frente a Jericó; cf. *Antigüedades* IV 176.

180 La ciudad de Julia de Perea recibió también el nombre de Livia, en honor de la mujer de Augusto (cf. nota a II 59). Antipas la reconstruyó sobre al antigua Bataramata, denominación que siempre se mantuvo entre los judíos, pues incluso tras la conquista de Plácido el nuevo nombre romano no pudo suplantar al original, como también ocurrió con Cesarea de Filipo, es decir, Panias. Por ello, llama aún más la atención el hecho de que Flavio Josefo mantenga la denominación de Julia en la narración de la etapa de control por parte de los rebeldes judíos sobre esta ciudad.

181 Betha-Jasimoth, al sur de Julia; cf. Abel, *Geógraphie...*, II, pág. 69.

182 En los montes de Moab, ya en la frontera con el país de los nabateos.

Insurrección en Galilea. Vespasiano somete Judea e Idumea

440 Mientras tanto llegó la noticia del levantamiento de la Galia y de que Víndex, con los jefes del lugar, se había alzado contra Nerón[183], acontecimientos sobre los que existen escritos más detallados[184].
441 Este anuncio llevó a Vespasiano a hacer más intensa la guerra, pues ya preveía los conflictos civiles que iban a tener lugar y el peligro que caería sobre todo el Imperio. Creía que cuando pacificara el Oriente aliviaría los temores que ame-
442 nazaban a Italia. Durante el invierno aseguró con guarniciones las aldeas y pequeñas poblaciones sometidas: nombró decuriones para las aldeas y centuriones para las ciudades. También reconstruyó muchas localidades que habían sido
443 devastadas. Cuando empezó la primavera, cogió la mayor parte de su ejército y se lo llevó desde Cesarea a Antípatris[185], donde restableció el orden de la ciudad en dos días, y al tercero reanudó su camino devastando e incendiando to-
444 das las aldeas del entorno. Tras someter la toparquía de Tamna se dirigió a Lidia y a Jamnia[186], que ya habían sido subyugadas, y dejó para que habitara en ellas un número suficiente de judíos de los que se habían entregado a los ro-
445 manos. Luego se marchó a Emaús[187]. Cuando se adueñó de

[183] Como se indicó en I 5, Víndex se alzó con los galos contra Nerón en el año 68; cf. Dion Casio, LXIII 22-25 y Plutarco, *Galba* IV-VI.

[184] Evidentemente las obras de los historiadores romanos, de los que hablaremos en nota a IV 496.

[185] En la llanura de Cafarsaba, al noroeste de Jerusalén, donde levantó Herodes una ciudad en honor de su padre; cf. nota a I 99 y I 417.

[186] Sobre estos distritos de Judea se ha hablado en III 54-55.

[187] La actual Amwas, a unos 16 kilómetros al sur de Lida. La importancia estratégica de esta ciudad, conocida también como Nicópolis, la convirtió en al capital de una de las toparquías de la administración judía (cf. II 67).

los caminos que llevaban a la capital[188], fortificó el campamento, dejó en él la legión quinta y se fue con el resto de sus tropas a la toparquía[189] de Betletefa[190]. Destruyó este 446 lugar con fuego, así como la región vecina y los alrededores de Idumea. Luego levantó fortalezas en los lugares adecuados. Tomó dos aldeas del centro de Idumea, Betabris[191] y 447 Cafartoba[192], ejecutó a más de diez mil de sus habitantes e hizo prisioneros a más de mil. Al resto de la población la 448 expulsó de allí y estableció en el lugar una parte importante de sus propias tropas, que recorrían y devastaban toda la región montañosa. Vespasiano se volvió a Emaús con sus 449 otros efectivos militares, desde donde a través de Samaria, cerca de la llamada ciudad de Neápolis[193], que los habitan-

---

[188] Jerusalén.

[189] Es éste el nombre de la unidad administrativa en que se dividía el territorio judío. Como se ha expuesto en III 54-55, Judea llegó a contar con once toparquías.

[190] Uno de los distritos o toparquías en que estaba dividido el territorio judío. En la enumeración de los once distritos que Josefo hace en III 54-55 menciona Pela en lugar de Betletefa, que, en cambio, sí aparece en la lista de Plinio, *Historia natural* V 14, 70. No obstante, el nombre de este lugar presenta numerosas variantes; cf. el aparato crítico de la edición de Niese.

[191] Ciudad idumea, tal vez la capital de esta toparquía, al suroeste de Jerusalén. Es la que Ptolomeo (V 15, 5) llama Betogabris, conocida luego como Eleuterópolis y que actualmente es Beth Gubrin; cf. Abel, *Geógraphie...*, II, pág. 272.

[192] También en Idumea, entre Betabris y Hebrón; cf. Abel, *Geógraphie...*, II, pág. 294.

[193] Es la actual Nabulus, donde Vespasiano fundó la Flavia Neápolis sobre la antigua Mabarta, en el paso entre los montes Hebal y Garizim, en el año 72. Por tanto, en este momento la ciudad, que en el período imperial se convirtió en una de las poblaciones más importantes de Palestina (cf., por ejmplo, Amiano Marcelino XIV 8, 11), aún no había recibido esta denominación; cf. Abel, *Geógraphie...*, II, pág. 396.

tes del lugar denominan Mabarta, llegó hasta Corea[194] y
450 acampó allí el segundo día del mes de Daisio[195]. Al día siguiente se presentó en Jericó, donde se reunió con él uno de sus generales, Trajano[196], con el ejército de Perea, cuando ya estaban sometidos los territorios del otro lado del Jordán.

La región de Jericó y el valle del Jordán. La fuente de Eliseo

451 Antes de la llegada de los romanos, la mayor parte de la población de Jericó se había refugiado en la región montañosa que hay frente a Jerusalén. Los que permanecieron en la ciudad, que no eran po-
452 cos, fueron masacrados. Los romanos se apoderaron de una localidad desierta, que estaba situada en una llanura y dominada por una gran montaña desnuda y
453 árida. Por el norte se extiende hasta el territorio de Escitópolis y por el sur hasta la región de Sodoma y los límites del lago Asfaltitis. Toda esta zona tiene una superficie irregular y está deshabitada a causa de su esterilidad. En frente se al-
454 zan las montañas que bordean el Jordán y que desde Julia[197], en el norte, llegan al sur hasta Somora[198], en la frontera de Petra en Arabia. Allí está la llamada «Montaña de

[194] Al sur de Escitópolis, exactamente en la frontera entre Samaria y Acrabatene; cf. nota a I 134.

[195] Mes del calendario macedónico que corresponde al hebreo Siván y a parte de nuestros mayo y junio.

[196] Es el padre del futuro emperador Trajano, a quien Vespasiano envió como legado de la décima legión; cf. III 289.

[197] Sobre esta ciudad de la orilla septentrional del lago Gennesar, conocida en la Biblia como Bet-Saida y que Augusto rebautizó en recuerdo de su hija Julia, véase nota a II 168.

[198] La actual Gebel Samra, al sudeste del Mar Muerto; cf. Abel, *Géographie...*, I, pág. 384.

Hierro»[199], cuya extensión alcanza al país de Moab. Entre 455
las dos cordilleras se encuentra la región conocida por el nombre de Gran Llanura[200], que va desde la aldea de Sennabris[201] hasta el lago Asfaltitis. Su longitud es de mil dos- 456
cientos estadios y su anchura de ciento veinte[202]; la cruza por el medio el río Jordán y posee los lagos de Asfaltitis y de Tiberiades, que son de naturaleza opuesta, pues el primero es salado y estéril y el segundo es de agua dulce y fructífero. En verano la llanura arde de calor y por el exceso de 457
sequedad posee un aire malsano. Toda la región carece 458
de agua, salvo el Jordán, por lo que las palmeras que crecen en sus orillas están más floridas y tienen más frutos que las que nacen lejos del río.

No obstante, cerca de Jericó hay una fuente[203] abun- 459
dante y muy rica para el riego, que nace en las proximidades

[199] ABEL, *Geógraphie...*, I, págs. 384-385, localiza esta montaña en la cordillera que se extiende desde Julia hasta Petra de Arabia, en la región del barranco del Wadi Zerqa Main. Su nombre parece proceder de las aguas termales que producían exhalaciones de color férreo, que la creencia popular comparaba con la Gehenna.

[200] No es la Gran Llanura de Esdrelón, a la que suele referirse normalmente Josefo con esta denominación, sino la zona del valle del Jordán que hoy se llama Ghor.

[201] Al suroeste del lago de Gennesar, entre Tiberias y Tariquea (cf. III 447). Algunos manuscritos presentan las variantes *Ginnabrín* y *Ennabrín*.

[202] La longitud de 1.200 estadios, unos 222 kilómetros, parece incluir, además del valle del Jordán, el lago de Tiberíades y el Mar Muerto. La anchura varía entre los 3 kilómetros, al sur del lago de Tiberíades o Mar de Galilea, y los 20, al norte del Mar Muerto.

[203] Es la Fuente árabe del Sultán, situada al norte de la ruta de Jerusalén, en el valle del Jordán cerca de Jericó. En los textos bíblicos aparece como la Fuente de Eliseo (*II Reyes* 2, 19-22 y 4, 1-7), ya que este profeta llevó a cabo aquí uno de sus milagros, cuando hizo potable el agua de la ciudad. Esta taumaturgia concreta es relativamente frecuente en el Ciclo de Elías y de otros personajes famosos, dada la importancia de las fuentes de agua en una país acostumbrado a largas sequías.

de la ciudad antigua, el primer enclave del país de Canaán que el jefe de los hebreos, Jesús, el hijo de Nun[204], con-
460 quistó con las armas. Hay una leyenda que dice que al principio esta fuente no sólo echaba a perder los frutos de la tierra y de los árboles, sino que también provocaba abortos entre las mujeres y, por decirlo en pocas palabras, causaba enfermedades y muerte, pero el profeta Eliseo convirtió en dulce su agua y la hizo muy propicia para la salud y muy fecunda.
461 Éste era discípulo y sucesor de Elías. Como fue acogido con hospitalidad por los habitantes de Jericó y tratado con un gran afecto, les recompensó a ellos y a la región con un re-
462 galo que les durara siempre. Se acercó a la fuente y arrojó a la corriente una vasija de barro llena de sal, luego levantó hacia el cielo su santa mano derecha y derramó sobre el suelo libaciones propiciatorias. Pidió a la tierra que mitigara el amargor de la corriente de la fuente y abriera arterias más
463 dulces. Al cielo le suplicó que mezclara con las aguas un aire más fructífero y al mismo tiempo que concediera a los habitantes de la región abundancia de frutos y descendencia de hijos y que, mientras se comportasen con justicia, no les faltara esta agua prolífica. Además de estas súplicas Eliseo
464 hizo muchos movimientos rituales de manos, propios de su saber, y así transformó la fuente: el agua que antes había sido causa de orfandad y de hambre, desde entonces pasó a suministrar una gran descendencia y abundancia de bienes.
465 Esta fuente tiene tanta fuerza en el riego que con sólo tocar la tierra hace que sea más fértil que una gran cantidad de
466 agua que ha permanecido allí durante mucho tiempo. Por ello esta última agua tiene un rendimiento pequeño, por muy

---

[204] Es Josué, hijo de Nun, y el relato de la toma de Jericó de *Josué* 6, 1-21. Flavio Josefo sigue aquí el uso de la *Septuaginta* griega en el empleo del término Jesús por el de Josué.

abundante que sea, mientras que el de la fuente es muy provechosa, aunque sea exigua la cantidad que se utilice. Riega 467
un terreno mayor que todos los demás: recorre una llanura de setenta estadios de largo por veinte de ancho y sustenta en ella jardines muy hermosos y floridos. Son muchos los tipos 468
de palmeras que reciben el agua de esta fuente, diferentes entre sí por su sabor y por sus propiedades medicinales. Las palmas más gruesas, cuando se las machaca con los pies, producen una abundante miel no de peor calidad que la auténtica[205]. La región es rica en abejas, también tiene opobál- 469
samo[206], el más preciado de los frutos de la zona[207], el ciprés y el mirobálano[208], de tal manera que uno no se equivocaría si dijera que es una región divina[209] en la que florecen en abundancia los frutos más raros y bellos. Por el resto de los 470
productos que nacen en ella tampoco sería sencillo compararla con ninguna otra zona del mundo habitado, pues tanto es lo que produce lo que allí se siembra. Me parece que la 471
causa de ello es el calor del aire y la energía del agua: el aire estira y abre las plantas, mientras que la humedad da fuerza a

---

[205] En I 138, 361 y en *Antigüedades* 14, 54 y 15, 96 se ha destacado esta característica de Jericó, que los propios textos bíbilcos ya mencionaban *(Deuteronomio* 34, 3 o *Jueces* 1, 16). Autores ajenos al judaísmo también recogen esta peculiariedad de la zona, así TEOFRASTO, *Historia de las plantas* IX 6, 1; DIODORO SÍCULO, II 48 y XIX 98; TÁCITO, *Historias* V 6; PLINIO, *Historia natural* XIII 9, 44 y ESTRABÓN, XVI 2, 41.

[206] Una descripción del proceso de obtención de este jugo se encuentra en I 138.

[207] En *Antigüedades* 8, 174 se recoge la tradición de que el opobálsamo fue uno de los regalos que la reina de Saba hizo a Salomón en su mítica visita a Jerusalén (cf. *I Reyes* 10, 10 y *II Crónicas* 9, 9).

[208] Árbol de la familia de las combretáceas, que produce una especie de bellota, negra, roja o amarilla, con propiedades aptas para el perfume y para la medicina; cf. DIOSCÓRIDES, I 109.

[209] La fertilidad de esta llanura del lago Gennesar se ha descrito en III 516-521.

sus raíces y las proporciona vigor durante el verano, época en la que en esta zona hace tanto calor por todos los sitios que no
472 es fácil que la gente salga al exterior. El agua que se recoge antes de salir el sol, cuando luego se la expone al aire, se vuelve muy fría y adopta un estado contrario a la atmósfera que le rodea. En cambio, en invierno ocurre lo contrario, el agua se calienta y resulta muy agradable para los que se ba-
473 ñan en ella[210]. El clima del lugar es tan cálido que sus habitantes se visten con lino, mientras que en el resto de Judea
474 nieva. Jericó está a ciento cincuenta estadios de Jerusalén y a sesenta del río Jordán[211]. Hasta Jerusalén el paisaje es desierto y pedregoso, y hasta el Jordán y el lago Asfaltitis el territorio
475 es menos elevado, aunque también es desértico y yermo. Pero ya se ha hablado bastante sobre la buena situación de Jericó.

El lago Asfaltitis. La región de Sodoma

476 Es conveniente también describir la naturaleza del lago Asfaltitis, que es, como dije[212], de agua salada y estéril. Gracias a su ligereza[213] mantiene en la superficie los objetos que se arrojan en ella, por muy pesados que sean, y es difícil sumergirse hasta el
477 fondo, aunque se intente con fuerza. Cuando Vespasiano acudió allí para verlo, ordenó que algunos de los que no sa-

---

[210] Las cualidades del agua del lago de Gennesar se han mencionado ya en III 507-508.

[211] En realidad, Jerusalén dista de Jericó 37 kilómetros, y esta ciudad está a 9 kilómetros del Jordán.

[212] IV 456.

[213] Esta peculiariedad del lago Asfaltitis o Mar Muerto, a saber, su salinidad seis veces mayor que las aguas del Océano, lo que permitía la flotación sobre sus aguas, era de sobra conocida por los autores de la Antigüedad, como Estrabón, XVI 2, 42 o Tácito, *Historias* V 6; cf. nota a I 657.

bían nadar fueran arrojados al fondo, con las manos atadas a
la espalda, y el resultado fue que todos salieron a flote como
si un viento les hubiera empujado hacia arriba. Además es 478
también digno de admiración su cambio de color, pues to-
dos los días transforma tres veces su aspecto externo y re-
fleja con una gran variedad los rayos del sol. En muchos 479
lugares el lago desprende trozos negros de asfalto, que
flotan en la superficie y se asemejan, por su aspecto y ta-
maño, a toros sin cabeza[214]. Los obreros del lago se acer- 480
can, cogen este conglomerado de betún y lo meten en sus
embarcaciones. Cuando éstas están repletas, no es fácil
despegar el asfalto, sino que a causa de su elasticidad la
barca queda pegada a los filamentos de esta masa asfálti-
ca, hasta que la separan con sangre menstrual de mujeres y
orina, que es lo único ante lo que cede[215]. El asfalto es útil 481
no sólo para la juntura de las naves, sino también para la
curación del cuerpo humano. Por ello forma parte de mu-
chos compuestos medicinales. La longitud del lago es de 482
quinientos ochenta estadios, hasta Zoara[216] en Arabia, y la
anchura de ciento cincuenta[217]. Cerca de él se encuentra 483

---

[214] Como indica Pelletier, en su comentario *ad loc.*, quizá haya que ver aquí una denominación habitual entre la gente del lugar, a tenor de la referencia recogida por Diodoro Sículo, II 48, 7, según la cual los bárbaros de la zona llaman «toro» a una masa grande de asfalto que se forma en este lago y «ternero» a otra masa más pequeña.

[215] Esta leyenda también la recogen Estrabón, XVI 2, 42, y Tácito, *Historias* V 6. El propio Josefo mencionará en la descripción de Maqueronte (VII 181) las propiedades curativas de la orina y la sangre menstrual de la mujer.

[216] Es la ciudad bíblica de Soar, al sudeste del Mar Muerto, donde se asentó la familia de Lot tras separarse de Abraham (*Génesis* 13, 10; 19, 22-23).

[217] Las cifras vuelven a ser exageradas, si tenemos en cuenta que en la actualidad mide 85 kilómetros de largo por 15 de ancho.

Sodoma[218], tierra que antaño fue próspera por sus productos y por la riqueza de cada una de sus ciudades, pero que ahora
484 está totalmente quemada. Dicen que a causa de la impiedad de sus habitantes fue fulminada por los rayos[219]. Todavía hay señales del fuego divino y se pueden ver los restos de cinco ciudades, y aún hoy vuelve a salir ceniza en los frutos, que por su aspecto se parecen a productos comestibles, pero cuando son cogidos con las manos se convierten en humo y
485 ceniza[220]. La leyenda sobre Sodoma puede confirmarse por estas pruebas visibles.

Toma de Gerasa

486 Para rodear a los habitantes de Jerusalén por todos los sitios, Vespasiano levantó campamentos en Jericó y en Adida[221] y puso guarniciones en ambas ciudades con soldados de las tropas romanas y de los
487 aliados. Envió a Gerasa[222] a Lucio Annio, al que entregó un destacamento de caballería y un nutrido grupo de infantería.
488 Éste tomó al asalto la ciudad y mató a mil jóvenes que no

---

[218] En *Antigüedades* V 81 se denomina al Mar Muerto lago de Sodoma; cf. también *IV Esdras* 5, 7. La ubicación de esta ciudad legendaria, perteneciente a la Pentápolis cananea, parece localizarse en el suroeste del Mar Muerto, quizá en la moderna Gebel Usdum, a pesar de las divergentes y ambigüas referencias de los autores antiguos (cf. ESTRABÓN, XVI 2, 44 o EUSEBIO, *Onomástico* XLII 1-5); ABEL, *Geógraphie...*, II, págs. 467-468.

[219] Sin duda se refiere al relato bíblico de la destrucción de Sodoma y Gomorra por el fuego, contenido en *Génesis* 19, 23 ss.

[220] TÁCITO, *Historias* V 7, se hace eco de esta tradición.

[221] Es la bíblica Jadidá o Adid de *Esdras* 2, 33 o *Nehemías* 7, 37, actual El-Hadite, al este de Lida y al noroeste de Jerusalén; cf. ABEL, *Geógraphie...*, II, págs. 340-341.

[222] Ciudad helenística, a 36 kilómetros al norte de Filadelfia (Ammán), que fue fundada por Alejandro Magno e incorporada por Pompeyo a la Decápolis.

tuvieron tiempo de huir, hizo prisioneras a sus familias y dejó a sus soldados que hicieran pillaje con sus bienes. Después de haber incendiado sus casas, se dirigió a las aldeas de los alrededores. La gente que tenía fuerza huyó y los dé- 489
biles fueron aniquilados. Todo lo que dejaron fue pasto de las llamas. Al extenderse la guerra por la totalidad de la zo- 490
na montañosa y la llanura, los habitantes de Jerusalén tenían cortadas todas sus salidas. Los zelotes vigilaban a los que pretendían desertar y el ejército, que rodeaba la ciudad por todos los sitios, impedía la salida de los que no eran favorables a los romanos.

Muerte de Nerón. Crisis política en Roma. Nuevo retraso del ataque a Jerusalén

Cuando Vespasiano regresaba a Cesa- 491
rea y se preparaba para ir con todas sus tropas contra la mismísima Jerusalén, le llegó la noticia de que Nerón había sido asesinado, tras reinar durante trece años y ocho días[223]. No voy a hablar de cómo 492
este personaje abusó del poder al confiar los asuntos públicos a los más depravados individuos, Ninfidio[224] y Tigelino[225], los más indignos de sus libertos; cómo fue abandona- 493

[223] El cómputo no es exacto, pues entre el 13 de octubre del año 54 al 9 de junio del 68 han pasado trece años, siete meses y veintiocho días. Tal vez habría que entender aquí «ocho meses» en lugar de «ocho días», lo que coincidiría con la referencia de Dión Casio, LXIII 29; véanse al respecto las conjeturas de Niese en su edición.

[224] Ninfidio Sabino es uno de los más activos protagonistas de los últimos días del reinado de Nerón. Murió a manos de los partidarios de Galba, ya que intentó, desde su puesto de prefecto del pretorio y por ser hijo bastardo de Calígula (cf. Tácito, *Anales* XV 72 y Plutarco, *Galba* IX), ser proclamado emperador; cf. Tácito, *Historias* I 5, Suetonio, *Galba* XI, y Plutarco, *Galba* VIII-XIV.

[225] Ofonio Tigelino, el siniestro y cruel favorito de Nerón que fue prefecto del pretorio en el año 63. Tácito, *Historias* I 72, pinta un oscuro

do por todos sus guardianes, cuando fue objeto de una conspiración por parte de dichos personajes, y en su huida con cuatro libertos[226] de su confianza se suicidó en los suburbios de Roma; y también cómo los que le habían derrocado fue-
494 ron castigados no mucho tiempo después. Cómo llevó a término la Guerra de la Galia, cómo Galba fue proclamado emperador y regresó desde España a Roma, cómo fue acusado por sus soldados de vileza y asesinado a traición en medio del Foro Romano[227], cómo fue nombrado emperador
495 Otón; ni tampoco mencionaré su expedición contra los generales de Vitelio y su destitución[228], ni los disturbios que hubo luego contra Vitelio ni el combate en torno al Capitolio, ni cómo Antonio Primo[229] y Muciano, después de aniquilar a Vitelio y las legiones germánicas, acabaron con la
496 guerra civil[230]. No he querido narrar con detalle todas estas cuestiones, pues son conocidas por todos y han sido contadas por muchos autores griegos y romanos[231], sino que indi-

---

retrato de este personaje, que acabó suicidándose cuando fue entronizado Otón. Esta muerte, aplaudida por el pueblo, que tuvo lugar en el balneario de Sinuesa, es detallada por PLUTARCO, *Otón* II.

[226] SUETONIO, *Nerón* XLVII-XLIX y DIÓN CASIO, LXIII 27-29, hablan sólo de tres libertos: Faón, Epafrodito y Esporo.

[227] Una amplia narración de estos acontecimientos puede leerse en SUETONIO, *Galba* XII 14-16.

[228] Cf. IV 545-549, 585-587 y 645-655.

[229] Este personaje volverá a aparecer más adelante, en IV 633, cuando se enfrente y venza a Vitelio; cf. TÁCITO, *Historias* II 86, *Anales* XIV 40, y SUETONIO, *Vitelio* XVIII.

[230] Cf. IV 645-655.

[231] El reinado de Nerón y de sus tres efímeros continuadores del año 68 y 69 aparece relatado en los pasajes citados de DIÓN CASIO, LXIII ss., TÁCITO, *Historias*, y SUETONIO, *Nerón*, *Galba*, *Otón*, *Vitelio*, *Vespasiano*, *Tito* y *Domiciano*, así como en PLUTARCO, *Galba* y *Otón*. En este y en otros puntos se plantea el problema de las fuentes de estos autores y del propio Josefo, que es anterior a todos ellos. Las coincidencias que se ob-

co cada uno de estos acontecimientos de forma breve para que los hechos estén relacionados entre sí y para no interrumpir la historia.

En primer lugar Vespasiano dejó para más tarde la ex- 497
pedición contra Jerusalén, pues esperaba con impaciencia ver sobre quién recaería el poder después de Nerón. Luego, 498
cuando se enteró de que Galba era emperador, no hizo nada, antes de que aquél le diera alguna orden relativa a la guerra, sino que envió ante él a su hijo Tito para presentarle sus saludos y recibir las disposiciones acerca de los judíos. Por este motivo el rey Agripa viajó con Tito a ver a Galba. Mientras navegaban a través de Acaya[232] en embarcaciones 499

---

servan entre estos autores permiten deducir el grado de dependencia en una fuente común para unos y otros, sin poder precisarla exactamente. Seguramente haya que pensar en los *Comentarios* y las *Memorias* de los emperadores que participaron en la contienda bélica y los escritos de otros autores precedentes o contemporáneos recordados y despreciados por Josefo. Tácito y Plutarco citan las *Historias* de Cluvio Rufo, que abarcaban desde Augusto hasta la proclamación de Vespasiano. La imagen que nos ha llegado de estos acontecimientos de la historia romana se debe fundamentalmente a la anécdota de las biografías de Suetonio y a la más profunda presentación de los personajes protagonistas del momento hecha por Tácito. Sus *Historias* narran las guerras civiles del año 69 y, en caso de haberse conservado completas, habrían llegado hasta la muerte violenta de Domiciano en el 96, mientras que los *Anales* concluían con Nerón. Flavio Josefo constituye, por tanto, una fuente a tener también en cuenta a la hora de completar el panorama y la síntesis de estos años, sobre todo en lo referente al acceso de Vespasiano; cf. M. Hadas-Lebel, «Flavius Josephus, Historian of Rome», en F. Parente y J. Sievers (eds.), *Josephus and the History of Greco-Roman Period,* Leiden-Nueva York, 1994, págs. 99-106. En general, para las fuentes historiográficas de este período véase S. A. Cook, F. E. Adcock y M. P. Charlesworth (eds.), *The Cambridge Ancient History,* Cambridge, 1976 (=1934), X, «Appendix», págs. 866-876.

232 El pasaje presenta problemas textuales y la expresión «a través de Acaya» resulta poco clara, ya que el canal de Corinto, iniciado por Nerón

de guerra, pues era invierno, antes de concluir su viaje, fue asesinado Galba, tras haber reinado durante siete meses y el mismo número de días[233]. A continuación se hizo con el Imperio Otón,
500 que ya antes había aspirado al mando. Agripa se decidió por continuar hasta Roma, sin sentir miedo por la situación de
501 inestabilidad. En cambio, Tito, movido por un impulso divino[234], se embarcó desde Grecia a Siria y en poco tiempo llegó a
502 Cesarea junto a su padre[235]. Ambos, que sentían inquietud por la situación del Estado y porque el Imperio romano se tambaleaba, pusieron fin a la expedición contra los judíos y, por el miedo que sentían por su patria, creyeron que no era conveniente atacar a gente extranjera.

Simón, hijo de Giora, en Masadá. Se enfrenta a los zelotes

503 Pero otra guerra estalló entre los habitantes de Jerusalén. Había un tal Simón[236], hijo de Giora, natural de Gerasa; un joven inferior en astucia a Juan, que ya entonces era dueño de la ciudad, pero superior
504 a él en fuerza física y audacia. Por este motivo había sido expulsado por el sumo sacerdote Anano de la toparquía de Acrabatene[237], que estaba bajo su dominio, y se había unido

(cf. III 540), no se había llevado a término; cf. el comentario de THACKERAY al respecto.

[233] En esta ocasión el cálculo es exacto, desde que Galba llegó al poder, el 9 de junio del año 68, hasta su muerte el 15 de enero del 69.

[234] Sobre la intervención del Destino, en sentido clásico, y de la Providencia divina, en sentido bíblico, en los asuntos humanos puede verse la nota a I 370 y el apartado 5 de la Introducción.

[235] Este viaje es relatado también por SUETONIO, *Tito* V, y TÁCITO, *Historias* II 1-2.

[236] Este cabecilla de los zelotes ha sido citado ya en II 521 y 652. DIÓN CASIO, LXVI 7, 1, y TÁCITO, *Historias* V 12, le llaman Bargioras, es decir, «hijo del prosélito».

[237] Acrabata o Acrabatene se hallaba en el centro de Samaria, al sudeste de Siquem; cf. I 191 y III 55.

a los bandidos que ocupaban Masadá. Al principio éstos 505
sospecharon de este individuo. Por eso, le permitieron entrar junto con las mujeres que había traído con él solamente hasta la parte inferior de la fortaleza[238], mientras que ellos habitaban la zona superior. Más tarde, a causa de su afini- 506
dad de costumbres y porque parecía digno de confianza, le acompañaron en sus salidas a saquear y devastar las regiones próximas a Masadá. A pesar de sus exhortaciones no les 507
convenció a llevar a cabo acciones más importantes, pues estaban acostumbrados a permanecer en la fortaleza y tenían miedo de separarse mucho de ella, como si de su guarida se tratase. Sin embargo Simón, que aspiraba a la tiranía y a 508
realizar grandes empresas, cuando se enteró de que Anano había muerto[239], se fue a la región montañosa y, como prometió públicamente la libertad a los esclavos[240] y una recompensa para los hombres libres, consiguió reunir a los malhechores de todos los sitios.

Cuando tuvo unos sólidos efectivos, hizo incursiones en 509
las aldeas de la montaña y, como cada vez se le iba uniendo más gente, se llenó de valor para bajar a la llanura. Por el 510
miedo que provocaba a las ciudades muchos de sus insignes personajes se dejaron atraer por su fuerza y por el éxito de sus acciones, de modo que ya no se trataba sólo de un ejército de esclavos y bandidos, sino también de un gran número de ciudadanos que le obedecían como a un rey. Recorrió 511
la toparquía de Acrabatene y el territorio que hay hasta la

---

[238] Tal vez esta «fortaleza inferior» sea la torre, situada a unos mil codos de la cumbre, y que se menciona en VII 293.

[239] Cf. IV 316.

[240] La liberación de los esclavos no tuvo lugar en Jerusalén, sino la excarcelación de presos (cf. IV 302). Simón hace esta proclama desde Masadá para radicalizar aún más sus medidas populistas frente a los rebeldes de Jerusalén.

Gran Idumea[241]. En una aldea llamada Aín[242] levantó una muralla y se sirvió del lugar como una fortaleza para su se-
512 guridad. En el valle de Ferete[243] amplió un gran número de cuevas y encontró otras muchas adecuadas, que utilizó para
513 guardar sus tesoros y como almacen para sus botines[244]. En ellas colocaba también los frutos que cogía en sus rapiñas y allí tenía su residencia la mayoría de sus grupos de bandidos. Era evidente que ejercitaba a sus tropas y que hacía preparativos para ir contra Jerusalén.

514 Por consiguiente, los zelotes, que temían un ataque de Simón y querían adelantarse a un individuo que iba aumentando sus efectivos para ir en contra suya, salieron la mayoría de ellos con las armas en la mano. Les hizo frente Simón, quien tras entablar combate, mató a un gran número de zelotes y obligó a los demás a refugiarse en la ciudad.
515 Como aún no estaba suficientemente seguro de sus fuerzas, renunció a atacar las murallas, mas se decidió antes a someter Idumea. Con veinte mil hombres armados se dirigió a
516 las fronteras de este país. Los jefes de Idumea reunieron rápidamente los veinticinco mil hombres más belicosos de la

[241] En el período posterior al reinado de Herodes Idumea fue dividida en dos pequeñas unidades administrativas: la llamada Gran Idumea o Idumea Superior (cf. IV 552) y la Idumea Oriental, que es conocida más bien con el nombre de toparquía de Engadí (cf. III 55); cf. V. Hübener, «Idumea», en D. N. Freedman (ed.), *The Anhor Bible Dictionary*, Nueva York-Londres, 1992, págs. 382-383.

[242] Población desconocida citada en *Josué* 15, 32, y en *I Crónicas* 4, 32. Algunos códices dan la lectura de Naín, enclave sin identificar con certeza, aunque parece situarse en la frontera de Idumea con Galilea; cf. el aparato crítico de la edición de Niese.

[243] A unos 12 kilómetros al nordeste de Jerusalén, seguramente el actual Wadi Fāra.

[244] La fama de estas cuevas, que eran habitadas para evitar los fuertes calores de la región, llega hasta San Jerónimo, *Comentario al profeta Abdías* I 370.

región, encomendaron al resto de la población custodiar sus bienes de las incursiones de los sicarios de Masadá y aguardaron a Simón en la frontera. Este personaje luchó con los 517
idumeos y después de haber combatido durante todo el día, no resultó ni vencedor ni vencido. Simón se retiró a Aín, mientras que aquéllos se marcharon a su tierra. No mucho 518
después Simón atacó su país con una fuerza mayor, estableció su campamento junto a una aldea llamada Técoa[245] y envió a uno de sus compañeros, Eleazar, ante los guardianes del Herodio[246], que estaba cerca, para persuadirles a entregar la fortaleza. La guarnición, que desconocía el motivo de 519
su llegada, le recibió con presteza, pero cuando les habló de rendirse le persiguieron con las espadas desenvainadas hasta que, sin tener por donde escapar, se arrojó desde la muralla al barranco que había debajo. Murió en el acto. No 520
obstante, a los idumeos, que temían el poder de Simón, les pareció conveniente tener información del ejército enemigo antes de enfrentarse con él.

Se ofreció voluntariamente para realizar esta empresa 521
Jacobo[247], uno de los oficiales que planeaba traicionarles. Partió de Aluro[248], pues en sus alrededores se había congre- 522
gado el ejército idumeo, y se presentó ante Simón. Acordó 523
entregarle primero su propia patria, tras recibir bajo juramento la promesa de que siempre ocuparía puestos de honor, y le prometió colaborar con él en la conquista de Idu-

[245] Población situada a unos 8 kilómetros al sur de Belén, que da nombre a un desierto que hay en sus proximidades.

[246] La fortaleza de Herodio, levantada por el rey Herodes en recuerdo de su victoria sobre los judíos aliados de los partos (cf. I 265), servirá de tumba a este monarca (cf. I 673).

[247] Cf. IV 235.

[248] La actual Ḥalḥul, entre Hebrón y Jerusalén, a unos 15 kilómetros del campamento de Simón en Técoa.

524 mea. Por este motivo fue acogido con amistosa hospitalidad por Simón y enardecido con magníficas promesas. Cuando regresó a su patria, lo primero que hizo fue exagerar la
525 magnitud del ejército de Simón; luego recibió a los oficiales y a todos los soldados, por grupos, y les instó a aceptar a
526 Simón y a entregarle sin luchar el mando supremo. Mientras realizaba estas maniobras, mandó llamar también a Simón a través de unos emisarios y le prometió dispersar a los idu-
527 meos. Así hizo. Dado que el ejército estaba ya cerca, fue el primero en montarse de un salto en su caballo y huir con los
528 que se habían dejado corromper por él. El terror hizo presa en toda la multitud y antes de entablar combate todos abandonaron sus puestos y se retiraron a sus respectivas casas.

Devastación de Idumea. La ciudad de Hebrón

529 En contra de lo que se esperaba, Simón entró en Idumea sin derramamiento de sangre. En un ataque de improviso tomó la pequeña localidad de Hebrón, en la que consiguió un gran botín y arrebató
530 abundantes frutos. Según dicen sus habitantes Hebrón no sólo es más antigua que las ciudades de la región, sino también más que Menfis de Egipto[249]. En efecto, su historia al-
531 canza un total de dos mil trescientos años. Se cuenta que ella fue la morada de Abraham, el padre de los judíos, cuando partió de Mesopotamia, y dicen[250] también que sus hijos

[249] La antigüedad de Hebrón es destacada ya por *Números* 13, 22 y *Antigüedades* I 170, donde se precisa que fue construida siete años antes que la ciudad de Soan o Tanis (cf. más adelante IV 660), en la parte oriental del Delta de Egipto, no de Menfis, que era aún más antigua.

[250] El relato del *Génesis* no habla de ningún viaje de Jacob y sus hijos a Egipto. Por tanto, Josefo puede seguir aquí otras tradiciones locales orales o escritas, lo que parece indicar la expresión «se cuenta» o «dicen».

descendieron a Egipto desde aquí[251]. Aún se ven en esta al- 532
dea sus tumbas[252], hechas de un mármol muy bello y trabajadas con esmero. A seis estadios de la ciudad se muestra 533
también un grandísimo terebinto; según afirman, este árbol ha permanecido allí hasta hoy desde la creación[253]. A partir 534
de este lugar Simón hizo sus correrías por toda Idumea: no sólo saqueó aldeas y ciudades, sino que también asoló el campo. Pues, además de los soldados, iban con él cuarenta mil hombres, de modo que no eran suficientes para esta multitud los víveres que tenían. A esta necesidad se sumaba su 535
crueldad y su odio hacia la raza idumea[254], motivos que tu-

[251] Historia narrada en *Génesis* 13, 18.

[252] Las sepulturas de los descendientes de Abraham son mencionadas también en *Génesis* 23, 2-19; 25, 9 y 35, 27-29. En la actualidad Hebrón tiene como un orgullo la posesión de estos vestigios del pasado, que se visitan en las cuevas de Ḥaram el-Khalil.

[253] Es la encina, el bálano o el terebinto de Mambré de que nos hablan, según las distintas versiones, los textos bíblicos (*Génesis* 13, 18; 14, 3 y 18, 1) y que se hallaba en Ḥaram Ramet el-Khalil, a 3 kilómetros al norte de Hebrón. Allí Abraham acampó con sus tiendas y levantó un altar en honor de Yahveh. El lugar podría considerarse un bosque sagrado, con el árbol como protagonista de un culto a la vegetación, al que acudían peregrinos para celebrar determinadas fiestas (cf. Eusebio, *Vida de Constantino* III 51-53 y Sozomeno, *Historia eclesiástica* II 4). En *Antigüedades* I 186 nuestro autor da a este árbol el nombre de encina de Ógigo. Este personaje de la mitología griega está asociado en el Ática y en Beocia a diversas leyendas de los primeros momentos de la historia humana, en concreto en relación con el relato del diluvio de Deucalión y Pirra. En las *Antigüedades* de Flavio Josefo son muy frecuentes estos cruces entre la historia bíblica y las leyendas mitológicas griegas, en una línea apologética y propagandística que sigue muy de cerca la práctica de la literatura judeo-helenística anterior.

[254] Este personaje ya había devastado Idumea, como se ha visto en II 653-654. Las rivalidades de los judíos con esta raza «hermana» son tradicionales desde los tiempos bíblicos (cf. nota a IV 224). No obstante, la presencia árabe en esta región (cf. II 76, *Antigüedades* XVI 292 y XX 5) había acrecentado en esta época el odio hacia este pueblo, como muy

vieron como consecuencia la completa devastación de este
536 país. Del mismo modo que después de pasar las langostas se puede ver todo el bosque sin hojas, así también al paso del
537 ejército de Simón todo quedaba desierto. Incendiaron algunos lugares, otros los destruyeron, hicieron desaparecer la totalidad de la vegetación del campo, al pisotearla o al servirse de ella como aprovisionamiento, y al pasar sobre la tierra cultivada la convirtieron en más árida que la de un terreno estéril. En resumen se puede decir que en las regiones asoladas no quedó señal de lo que había existido.

Los zelotes capturan a la mujer de Simón

Estos acontecimientos enardecieron de
538 nuevo a los zelotes. Temían enfrentarse abiertamente a Simón en un combate, por lo que prepararon emboscadas en los caminos y capturaron a su mujer y a mu-
539 chos de su servidumbre. Luego, como si hubiesen hecho prisionero al propio Simón, regresaron contentos a la ciudad, pues esperaban que enseguida vendría él a entregar sus
540 armas y a suplicar por su mujer. Sin embargo, a Simón no le entró compasión por este rapto, sino que se llenó de ira. Acudió ante la muralla de Jerusalén, como las fieras heridas que no han atrapado a los que las han atacado, y descargó su
541 furia contra aquellos con los que se encontró. A todos los que salían fuera de las puertas de la ciudad para recoger legumbres o leña, estuvieran desarmados o fueran ancianos, los cogía, torturaba y mataba. En el exceso de su furia poco
542 le faltó para probar la carne de los muertos[255]. A muchos les

---

bien lo testimonia TÁCITO, *Anales* V 1, cuando recuerda cómo Vespasiano tenía una escolta de árabes, que odiaban a los judíos, como «suele ocurrir entre los pueblos vecinos».

[255] También en los últimos momentos del asedio de Jerusalén Josefo volverá a insistir en esta atrocidad; cf. VI 373.

cortó las manos y los envió a la ciudad para que atemorizaran a los enemigos y al mismo tiempo para hacer que el pueblo se alzara contra los responsables de la situación. Les 543
había encargado decir que Simón había jurado por Dios, que todo lo ve, que si no le devolvían enseguida a su esposa, derribaría la muralla y haría lo mismo con todos los habitantes de la ciudad, sin perdonar a ninguna edad y sin distinguir a los culpables de los inocentes. No sólo el pueblo, sino tam- 544
bién los zelotes se asustaron ante estas palabras y le entregaron a su mujer. Entonces, durante un tiempo, se calmó y detuvo su continua matanza.

Guerra civil en Italia

No había rebelión y guerra civil úni- 545
camente en Judea, sino también en Italia. Galba había sido asesiando en medio del 546
Foro romano[256], y Otón, proclamado emperador, luchaba contra Vitelio, quien aspiraba al trono, pues le habían elegido las legiones de Germania. Cuando en Bedríaco[257], en la Galia, tuvo lugar un 547
combate contra Valente y Cecinna, generales de Vitelio, el primer día el vencedor fue Otón, pero el segundo lo fue el ejército de Vitelio. Hubo una gran matanza, y, cuando Otón 548
se enteró de la derrota, se suicidó en Brixelo[258], después de haber estado en el poder durante tres meses y dos días[259]. Su 549
ejército se unió a los generales de Vitelio, que en persona bajó a Roma con sus tropas.

---

256 Cf. IV 494 y 499.

257 Población de la Galia Cisalpina Transpadana, en el camino de Cremona a Mantua, cerca de Verona. TÁCITO, *Historias* II 41-49, refiere también estos acontecimientos.

258 En la Galia Cisalpina Cispadana, en la orilla del río Po, al nordeste de Parma.

259 Otón se suicidó el 17 de abril del año 69, después de ocupar el poder durante «noventa y cinco días», según SUETONIO, *Otón* XI.

Vespasiano concluye la conquista de Judea

550 Mientras tanto[260], Vespasiano salió de
Cesarea el quinto día del mes de Daisio
y marchó contra las regiones de Judea
551 que aún no habían sido sometidas. Subió
a las montañas y se apoderó de dos to-
parquías, llamadas Gofna[261] y Acrabatene, y luego de las
pequeñas poblaciones de Betela[262] y Efraín[263], donde esta-
bleció guarniciones y marchó a caballo hasta Jerusalén. Hizo
una gran matanza con los que hallaba en el camino y cogió
552 a muchos prisioneros. Uno de sus oficiales, Cereal[264], con
un destacamento de caballería y de infantería asoló la lla-
mada Idumea Superior[265]. Tomó al asalto e incendió Cafe-
tra[266], que aunque parezca una pequeña ciudad, no lo es, se
553 dirigió a otro lugar llamado Carabin[267] y lo asedió. Su mu-
ralla era muy sólida, y, aunque él esperaba gastar allí mucho
tiempo, la gente de dentro le abrió de repente las puertas y

---

[260] Se reanuda la narración interrumpida en IV 449, cuando Vespasiano llegó a Jericó, y en IV 491-502, cuando se trasladó a Cesarea.

[261] Gofna, al norte de Jerusalén, es una de las once divisiones administrativas de Judea, descritas en III 55.

[262] La Betel bíblica, Beitin de hoy, a unos 17 kilómetros al norte de Jerusalén. Son muchos los pasajes bíblicos que se ubican en esta ciudad, como es el caso del sueño de Jacob (cf. *Jacob* 28, 199) o la importancia que acaparó, en competencia con Jerusalén, esta población cuando se produjo el cisma de Israel con Jeroboam (cf. *I Reyes* 12, 26-33); cf. ABEL, *Geógraphie...*, II, págs. 270-271.

[263] La actual Et-Tajibeh, un poco más al nordeste que la anterior. Es la bíblica Ofra de *Josué* 18, 23 ó *I Samuel* 13, 17, que aparece ya con el nombre de Efraín en *I Macabeos* 11, 34 y *Juan* 11, 54.

[264] Sexto Cereal Vetuleno, legado de la quinta legión que intervino en la matanza de los samaritanos en el monte Garizim; cf. III 310-315.

[265] Cf. nota a IV 511.

[266] La ubicación de este lugar sigue aún sin identificar.

[267] Pequeña población idumea, actual Khirbet el-Biss, en el camino de Hebrón; cf. ABEL, *Geógraphie...*, II, págs. 287-288.

salió a entregarse a él como suplicante con ramas de olivo. Tras esta rendición, Cereal marchó a Hebrón, otra antiquí- 554
sima localidad, que, como ya he dicho[268], está en la zona montañosa no lejos[269] de Jerusalén. Entró allí a la fuerza, ejecutó a toda la población joven y quemó la ciudad. Cuan- 555
do ya había sido sometida la totalidad de la región, salvo Herodio, Masadá y Maqueronte, enclaves que estaban en manos de los bandidos, los romanos pusieron entonces su punto de mira en Jerusalén.

Continúan las atrocidades de los zelotes

Después de que[270] Simón recobró a 556
su mujer de manos de los zelotes, volvió de nuevo contra lo que aún quedaba de Idumea. Al acosar a este pueblo por todas partes obligó a su mayoría a refugiarse en
Jerusalén. Él mismo los siguió hasta la ciudad. Rodeó otra 557
vez la muralla y mató a todo el que cogía de los que salían a trabajar al campo. Para el pueblo Simón era, en el exterior, 558
más terrible que los romanos, en cambio, en el interior, los zelotes eran peores que los dos juntos. Entre estos últimos destacaba el grupo de los galileos por sus malvados designios y por su audacia[271]. Pues ellos eran los que habían ele- 559
vado a Juan al poder, y éste para recompensarles por la autoridad que le habían concedido, les permitía hacer todo lo que querían. Su deseo por saquear era insaciable; se diver- 560
tían registrando las casas de los ricos, matando hombres y violando mujeres. Lo que robaban lo devoraban con san- 561

[268] IV 529.

[269] Hebrón dista de Jerusalén poco más de 35 kilómetros.

[270] Se vuelve a los acontecimientos narrados en IV 544.

[271] Desde que Herodes fue gobernador de Galilea (cf. I 204) ya se detectaban en esta región movimientos revolucionarios de índole diversa; cf. I 304, II 56, etc.

gre[272] y, cuando ya se habían hartado de ello, sin ningún tipo de vergüenza adoptaban costumbres afeminadas: se peinaban el pelo, se ponían vestidos de mujer, se llenaban de perfumes y se
562 pintaban sus ojos para parecer más bellos[273]. No sólo imitaban el adorno de las mujeres, sino también sus pasiones y por su desmedido libertinaje imaginaban amores antinaturales. Se revolcaban en la ciudad como si estuvieran en un prostíbulo y la
563 manchaban toda ella con sus acciones impuras. A pesar de su aspecto femenino, tenían unas manos asesinas. Se acercaban con paso suave y de pronto se transformaban en guerreros, sacaban las espadas de debajo de sus teñidos mantos de fina lana
564 y se las clavaban al que se encontraban. Simón acogía de forma aún más sanguinaria a los que huían de Juan: el que escapaba del tirano que había dentro de las murallas era ejecutado por el
565 que estaba delante de las puertas de la ciudad. Los que querían pasarse al bando romano tenían cerradas todas las vías para la deserción.

Discordias entre los zelotes. Los idumeos frente a Juan de Giscala

566 El ejército se alzó contra Juan y todos los idumeos[274], que formaban parte de él, se separaron y fueron contra el tirano por la envidia que sentían hacia su propio po-
567 der o por el odio a su crueldad. Se enfrentaron a los zelotes, mataron a muchos de ellos y al resto le obligaron a encerrarse en el palacio real construido por

---

[272] Con las mismas palabras se expresa Flavio Josefo en la descripción de las atrocidades de los últimos momentos del asedio de Jerusalén en VI 372.

[273] Como recuerda PELLETIER, en su comentario *ad loc.*, algunos textos bíblicos mencionan esta práctica (cf. *II Reyes* 1, 30 y *Jeremías* 4, 30).

[274] Los idumeos seguían en la ciudad, como se precisó en nota a IV 353.

Grapte, que era pariente de Iza, el rey de Adiabene[275]. Irrumpieron en él los idumeos y, tras expulsar de allí a los zelotes hacia el Templo, se dedicaron a saquear los bienes de Juan. 568
Pues éste vivía en el palacio antes mencionado y allí tenía 569
guardado el botín de su tiranía. Entre tanto, la multitud de 570
los zelotes que estaba dispersa por la ciudad se unió a los que se habían refugiado en el Templo. Juan se dispuso a llevarlos contra el pueblo y contra los idumeos. Estos últimos, que 571
eran mejores soldados que ellos, no temían tanto su ataque como sus arrebatos de locura, a saber, el hecho de que por la noche salieran del Templo para matarles a todos e incendiar la ciudad. Se reunieron con los sumos sacerdotes y decidie- 572
ron de qué modo había que protegerse de este ataque. Pero 573
Dios convirtió estas decisiones en su propia desgracia. Planearon un remedio para su salvación que fue peor que la destrucción. Pues, en efecto, para acabar con Juan decidieron aceptar a Simón e introducir entre ellos con súplicas un segundo tirano. Se llevó a cabo esta decisión: enviaron al 574
sumo sacerdote Matías[276] para pedir que entrara en la ciudad Simón, al que tanto habían temido. También le insistieron en esta petición los que habían huido de los zelotes de Jerusalén por el deseo de recuperar sus casas y sus posesiones. Él aceptó con arrogancia ser su jefe y entró con el fin 575
de liberar la ciudad de los zelotes, aclamado por el pueblo como salvador y como benefactor. Cuando ya hubo pene- 576
trado con sus tropas, se preocupó de todo lo relacionado con

[275] Iza o Izates es el hijo de la reina Elena de Adiabene. *Antigüedades* XX 17-94 narra la conversión de esta soberana y de su pueblo al judaísmo y de su viaje a Jerusalén, donde levantó un palacio y su propia tumba (cf. V 55, 119, 147 y 253). No obstante, no tenemos ninguna referencia más sobre el personaje de Grapte.

[276] Matías, hijo de Boeto, morirá a manos de Simón, junto con sus tres hijos; cf. V 527-530.

su propia autoridad y consideraba enemigos tanto a los que le habían hecho venir como a aquéllos contra los que había sido llamado.

Simón se hace dueño de la situación

577 De esta forma Simón se convirtió en dueño de Jerusalén el més de Jántico[277], el tercer año de la guerra. Por su parte, Juan y la multitud de los zelotes tenían una difícil salvación, pues no podían salir del Templo y habían perdido sus posesiones en la ciudad, ya que los hombres de Simón habían saqueado rápidamente sus bienes.
578 Éste con la ayuda del pueblo asaltó el Templo, mientras que los zelotes, situados sobre los pórticos y en las almenas, re-
579 chazaban el ataque. Cayeron muchos de los hombres de Simón y un gran número de ellos salió herido, pues los zelotes desde sus elevadas posiciones hacían sus disparos con facili-
580 dad y con una buena puntería. Además de contar con un lugar privilegiado levantaron también cuatro enormes torres para
581 lanzar sus proyectiles desde más arriba: una en el ángulo que mira hacia levante y el norte, la otra por encima del Xisto[278] y
582 la tercera en el otro ángulo, frente a la Ciudad Baja[279]. La cuarta torre estaba construida encima de las habitaciones de los sumos sacedotes[280] que había en el Templo, donde, si-

[277] Mes del calendario macedónico equivalente a parte de marzo y abril.

[278] Se trata del lugar de reunión del Sanedrín. Por estas indicaciones su ubicación parece localizarse al este del Xisto en dirección hacia el Templo, fuera de los límites de la Ciudad Alta. La Misná llama a la sede del Gran Sanedrín *lškt hgzyt,* es decir la «sala junto al Xisto»; cf. SCHÜRER, *Historia...*, II, págs. 300-302.

[279] Es el Acra, la ciudadela de la gran colina del ángulo suroeste del Templo levantada por Antíoco IV Epífanes; cf. I 39 y 50.

[280] Estas estancias, ubicadas en el atrio interior, recibían el nombre de Pastoforias y servían para el uso privado de los sacerdotes y para guardar en ellas los objetos sagrados que se utilizaban en el culto.

guiendo la tradición, uno de los sacerdotes anunciaba con una trompeta, por la tarde, el comienzo del séptimo día de la semana y, por la noche, también tocaba el final de la jornada, pues de esta forma anunciaba al pueblo el cese y el comienzo del trabajo respectivamente[281]. En las torres colocaron oxibe- 583
las[282], balistas, arqueros y honderos. Entonces Simón aminoró 584
sus ataques, pues la mayoría de sus hombres flojeaba, si bien resistió porque era mayor el número de sus efectivos, a pesar de que los disparos hechos desde lejos por las máquinas mataban a muchos de sus combatientes.

Vitelio en Roma. Vespasiano es proclamado emperador

En este preciso momento se apodera- 585
ron también de Roma grandes calamidades[283]. Pues había llegado de Germania 586
Vitelio con su ejército, que además arrastraba consigo otra gran multitud de gente. Como no halló sitio suficiente para todos en los lugares destinados a las tropas, convirtió a Roma en un campamento y llenó todas las casas de soldados. Cuando estos indivi- 587
duos, cuyos ojos no estaban acostumbrados a ello, vieron la riqueza de los romanos y se encontraron rodeados por todas partes de plata y oro, a duras penas pudieron contener sus deseos para no dedicarse al pillaje y matar a los que les es-

[281] Este anuncio del comienzo de la festividad del sábado en la tarde anterior es mencionado también por el Talmud baibilonio (*Sukkah* 5, 5 y *Shabbath* 35 b). *Números* 10, 10 prescribe el toque de la trompeta con diversos usos: para partir de un lugar, para entrar en combate y, cómo no, también para festejar los sacrificios y holocaustos.

[282] Sobre estas catapultas de artillería menor, que servían para el lanzamiento de flechas o dardos, puede verse la nota a II 553.

[283] Otra vez se vuelve a la historia de los acontecimientos ocurridos en Roma, que Josefo había dejado en IV 549. TÁCITO, *Historias* II 87-93, y SUETONIO, *Vitelio* X-XI, constituyen un relato paralelo de estos hechos; cf. nota a IV 496.

torbasen en su propósito. Esto es lo que entonces ocurría en Italia.

588 Cuando Vespasiano regresó a Cesarea, tras someter las regiones próximas a Jerusalén, se enteró de los disturbios de
589 Roma y del nombramiento de Vitelio como emperador. Esta noticia le llenó de indignación, a pesar de ser una persona que sabía tanto recibir órdenes como darlas, y manifestó su rechazo por un soberano que se había lanzado con furia so-
590 bre el Imperio como si se tratara de un desierto. Muy afectado por esta desgracia no era capaz de soportar esta tortura ni de ocuparse de otras guerras, mientras su patria era des-
591 truida. Pero al igual que le empujaba a vengarse su ira, así también le contenía el hecho de pensar en la distancia, ya que la Fortuna se le podía adelantar y jugarle aún bastantes malas pasadas antes de que él llegara a Italia en su travesía por mar, sobre todo por tratarse de pleno invierno. Por consiguiente reprimió la cólera que ardía con fuerza en su interior.

592 Sin embargo, los oficiales y los soldados, reunidos en pequeños círculos, planeaban ya abiertamente un cambio e, indignados, decían a gritos que las tropas[284] que con lujo vivían en Roma y que no soportaban oír hablar de guerra elegían para el Imperio a los que querían y proclamaban a los
593 emperadores por la esperanza de obtener ganancias. En cambio, ellos, que habían pasado tantas fatigas y que habían envejecido bajo la armadura, entregaban a otros esta facultad de elegir emperador, cuando entre ellos tenían a la persona
594 que más méritos poseía para ejercer el poder. ¿Cuándo, mejor que ahora, iban a poder devolver a Vespasiano el

---

[284] Podrían ser tanto los pretorianos, que habían decidido la elección de Otón y de Galba, como las legiones de Vitelio, que habían regresado de Germania; cf. el comentario al respecto de PELLETIER.

afecto que él había tenido con ellos, si perdían la ocasión de
este momento? En justicia Vespasiano tenía más derecho
para ser emperador que Vitelio, como también lo tenían
ellos frente a los que habían elegido a este último personaje.
En efecto, ellos no habían luchado en guerras de menor ca- 595
libre que las de Germania ni eran inferiores con sus armas a
los que habían traído de allí al tirano. No habría necesidad 596
de luchar, pues el Senado y el pueblo de Roma no soporta-
rían el libertinaje de Vitelio en comparación con la pruden-
cia de Vespasiano, ni preferirían un tirano cruel, en lugar de
un buen jefe, ni un soberano sin hijos[285], en lugar de un pa-
dre, pues es muy importante para la seguridad de la paz el
que los reyes tengan sucesores legítimos. Por tanto, si el 597
mando debía recaer en la experiencia de la edad, ellos tenían
a Vespasiano, y si debía hacerlo en la fuerza de la juventud,
tenían a Tito. Pues de esta forma se unirían las ventajas de
las edades de ambos. No sólo ellos, que tenían tres legio- 598
nes[286] y las fuerzas aliadas de los reyes, darían su apoyo al
que fuera designado emperador de estos dos, sino que tam-
bién colaboraría todo el Oriente y todas las zonas de Europa
que han estado al margen del terror de Vitelio, así como sus
aliados de Italia, un hermano de Vespasiano[287] y otro de sus
hijos[288]. Al primero se le sumarían muchos jóvenes ilustres, 599
y al segundo se le ha confiado la protección de la ciudad, lo
que constituía una parte importante para llegar al poder del
Imperio. Resumiendo, si ellos se retrasaban en llegar, el Se- 600

---

[285] Según referencia de TÁCITO, *Historias* III 67, y SUETONIO, *Vitelio* VI, Vitelio tenía un hijo tartamudo.

[286] La V *Macedonia*, X *Fretensis* y XV *Apollinaris;* cf. III 65-69.

[287] Flavio Sabino, que entonces era prefecto de Roma (cf. TÁCITO, *Historias* III 69-75), morirá a manos de los partidarios de Vitelio, según contará el propio Josefo más adelante; cf. IV 645-649.

[288] Domiciano, el futuro emperador.

nado enseguida nombraría emperador a un individuo al que desprecian las tropas, que han combatido junto a él.

601 Esto es lo que hablaban los soldados en sus reuniones. Luego, tras congregarse y animarse entre sí, proclamaron emperador a Vespasiano y le pidieron que salvara el Impe-
602 rio, que entonces peligraba[289]. Hacía tiempo que se preocupaba por el Estado, pero nunca había querido mandar él mismo, pues, aunque se consideraba digno por las empresas que había llevado a cabo, sin embargo prefería la seguridad de la vida privada a los peligros de un cargo importante.
603 Ante su rechazo los oficiales insistieron aún más y los soldados le rodearon con sus espadas desenvainadas y amenazaron con matarle, si no aceptaba vivir con la dignidad que
604 se merecía. Después de extenderse en contarles los motivos por los que no aceptaba el mando, finalmente, como no les convenció, accedió ante los que le aclamaban como emperador.

Vespasiano en Egipto. Descripción de Alejandría

605 Muciano[290] y los demás oficiales le pidieron que actuara ya como emperador, mientras que el resto de su ejército le demandó que le condujera contra cualquier tipo de enemigo. Ante estas peticiones Vespasiano se encargó primero de los asuntos de Alejandría, pues sabía que Egipto era la parte más importante del

[289] El destacado papel que en este relato otorga Josefo a la tropas de Judea en la proclamación de Vespasiano como emperador contrasta con otras fuentes que existen al respecto. Tácito, *Historias* II 79 ss., y Suetonio, *Vespasiano* VI, ponen el énfasis en la actuación de Tiberio Alejandro y las legiones de Egipto en este nombramiento. La fecha de este evento no coincide en las dos fuentes: para Tácito, fue en el *quinto Nonas,* es decir, el 3 de julio, para Suetonio, *quinto Idus Iulias,* el 11 de julio.

[290] El legado de Siria citado en IV 32.

Imperio por su aportación de trigo[291]. Si se apoderaba de 606
este país y si la situación se prolongaba, tenía la esperanza
de destruir por la fuerza a Vitelio, puesto que en Ro-
ma el pueblo no soportaría el hambre. Por otra parte, quería
atraerse a las dos legiones de Alejandría[292]. También desea- 607
ba tener esta región[293] como una defensa contra la insegури-
dad de la Fortuna, ya que es un lugar de difícil acceso por
tierra y no tiene puertos en el mar. A Occidente la protegen 608
los desiertos de Libia, al Sur Siene[294], que la separa de Etio-
pía, y las innavegables cataratas del río Nilo, a Oriente el
Mar Rojo, que llega hasta Copto[295]. Al Norte hace de mura- 609
lla la tierra que llega hasta Siria y el llamado «Mar Egip-
cio», que carece totalmente de puertos[296]. De esta forma
está Egipto protegido por todos los lados. Entre Pelusio[297] y 610
Siene hay una distancia de dos mil seiscientos estadios[298], y
por mar desde Plintine[299] a Pelusio hay tres mil seiscientos

291 II 386 recuerda cómo Alejandría producía trigo para abastecer a Roma durante cuatro meses.

292 La III *Cirenaica* y la XXII *Dejotariana;* cf. II 387.

293 Este *excursus* sobre la geografía de Egipto es uno de los muchos que incluye Josefo en su historia; cf. apartado 3 de la Introducción.

294 Conocida más bien con el nombre de Asuán.

295 Koft, en la orilla derecha del Nilo, al nordeste de Tebas o Luxor. La afirmación de Josefo no es correcta, ya que el Mar Rojo está a unos 450 kilómetros más al norte de este lugar.

296 Mar Egipcio o Mar de Egipto es el nombre dado al mar Mediterráneo en esta zona oriental, como lo testimonia, por ejemplo, ESTRABÓN, I 2, 28, II 5, 20 y 24.

297 Ciudad de la costa mediterránea, a unos 35 kilómetros al este del canal de Suez, punto clave en la entrada a Egipto desde el Norte y el Este; cf. I 175, 190-191 y VII 420.

298 Exactamente hay casi 1.000 kilómetros, por tanto bastante más de esos dos 2.000 estadios señalados por Josefo.

299 Población no identificada, aunque parece que estaba situada al oeste de Alejandría, cerca de la frontera con Libia.

611 estadios[300]. El Nilo es navegable hasta la llamada Ciudad de los Elefantes[301]; más arriba las cataratas que hemos mencio-
612 nado antes impiden continuar adelante. El puerto de Alejandría[302] tiene un acceso difícil para los barcos, incluso en tiempo de paz, pues su entrada es estrecha y los escollos que hay bajo el mar obligan a hacer la trayectoria dando rodeos.
613 Su parte izquierda está protegida por muros artificiales y en la derecha se halla la llamada isla de Faros, que posee una altísima torre que alumbra a los navegantes hasta una distancia de trescientos estadios, para que así por la noche fondeen sus embarcaciones lejos, habida cuenta de los peligros
614 de acercarse a la costa[303]. Alrededor de esta isla se alzan unas enormes murallas, construidas por manos humanas. El mar, al golpear contra estos muros y romper contra los diques que se encuentra de frente, dificulta el acceso y hace
615 peligrosa la entrada a través del estrecho paso. No obstante, el puerto es muy seguro en el interior, con una longitud de treinta estadios[304]. A él llegan los bienes que le faltan al país para su bienestar y desde él se distribuyen a todo el mundo los productos que allí sobran[305].

[300] Estos estadios superan en mucho la distancia real, que podría alcanzar no más de 500 kilómetros, hasta los confines occidentales de la provincia romana de Egipto.

[301] Es la isla de Elefantina, citada por ESTRABÓN, XVII 1, 48, que se halla frente a Asuán en la primera de las cataratas del Nilo.

[302] Es, de los tres puertos que tenía Alejandría, el llamado Puerto Grande; cf. ESTRABÓN, XVII 1, 6.

[303] Este célebre faro, que recibe el nombre precisamente por estar situado en esta isla, era una de las siete maravillas del mundo; cf. ESTRABÓN, I 2, 23.

[304] 30 estadios parece demasiada extensión para el Puerto Grande, por lo que podría incluirse en ella también el puerto que miraba a Occidente, llamado Eunostos, que está separado del anterior por el Heptastadio.

[305] Estas mismas apreciaciones se recogen en el texto de ESTRABÓN, XVII 1, 13.

La aclamación de Vespasiano recibe más apoyos

Por consiguiente, era lógico que Vespasiano quisiera hacerse cargo de la situación de Egipto para así asegurar el poder de todo el Imperio. Escribió inmediatamente una carta a Tiberio Alejandro[306], gobernador de Egipto y de Alejandría, en la que le comunicaba la voluntad del ejército y le decía que al asumir, por la necesidad del momento, el peso del Imperio le había nombrado a él colaborador y ayudante suyo. Cuando Alejandro 617
leyó en público la carta, hizo jurar a las legiones y al pueblo fidelidad hacia Vespasiano. Todos obedecieron voluntariamente, ya que conocían el valor de este hombre por las campañas que había dirigido en las regiones vecinas. Tibe- 618
rio Alejandro, tras habérsele confiado ya la autoridad imperial, preparó la llegada de Vespasiano. Más veloz que el pensamiento, se extendió la noticia de que había sido proclamado un emperador en Oriente y toda la ciudad festejó la buena nueva e hizo sacrificios en su honor. Las legiones de 619
Mesia y Panonia[307], que poco antes se habían alzado contra la audacia de Vitelio, juraron con grandísima alegría fidelidad a Vespasiano. Este último salió de Cesarea y se pre- 620
sentó en Berito[308], donde acudieron a él muchas legaciones de Siria y también de otras provincias[309], que le trajeron de

616 (al margen del comienzo del párrafo)

[306] Sobre este personaje, de ascendencia judía, y su actividad en la política romana de esta época véase la nota a II 220.

[307] La III *Gallica,* VIII *Augusta* y la VII *Claudia,* en Mesia, y la VII *Galbiana* y la XIII *Gemina,* en Panonia, eran las legiones que constituían la guarnición de estas provincias del sur del Danubio; cf. II 369 y TÁCITO, *Historias* II 85-86.

[308] Actual Beirut, en el Líbano.

[309] Se adhirieron a Vespasiano el rey Soemo, Antíoco IV de Commagene y Agripa II de Palestina, así como todas las provincias que bañan el mar hasta Asia y Acaya y por el interior hasta el Mar Negro y Armenia, salvo Capadocia; así lo expresa TÁCITO, *Historias* II 81.

cada una de sus ciudades coronas y los acuerdos de felicita-
621 ción que se habían tomado en ellas. Se personó también Muciano, el gobernador de la provincia, para manifestarle el apoyo de la población y los juramentos que se habían hecho en cada localidad.

Liberación de Josefo

622 Dado que la Fortuna por todos los sitios se ponía de su lado, de acuerdo con sus deseos, y los acontecimientos le eran favorables en su mayor parte, Vespasiano empezó entonces a pensar que no se había hecho con el Imperio sin la intervención de la Providencia divina, sino que un justo hado le había entregado el po-
623 der del mundo. Le vinieron a la memoria entre otras señales, pues eran muchos los presagios que por todos los sitios le habían vaticinado el Imperio[310], las palabras de Josefo, que, en vida de Nerón, se había atrevido a llamarle emperador[311].
624 Se inquietó por el hecho de que este hombre fuera aún su prisionero, mandó llamar a Muciano junto con sus otros oficiales y amigos y empezó por exponerles la valentía de Josefo y todo lo que había padecido por su causa en Jotapa-
625 ta[312]. Después les contó las profecías, que él mismo había considerado una invención producida por el miedo del momento, pero que el tiempo y los hechos han demostrado que
626 son de origen divino. Por ello dijo: «Es una vergüenza que continúe en la situación de un prisionero de guerra y en la suerte de un encadenado la persona que me ha profetizado

---

[310] TÁCITO, *Historias* I 10, II 1, 78; SUETONIO, *Vespasiano* IV-V y DIÓN CASIO, LXVI 1, 4, confirman la existencia de estas predicciones en Oriente, que Josefo manipula de acuerdo con el mesianismo judío de la época; véase nota a III 404.

[311] Así lo leemos en III 401.

[312] Cf. la toma de Jotapata en III 316 ss.

el Imperio y que es el ministro de la voz de Dios». Llamó entonces a Josefo y ordenó liberarlo. Como consecuencia de 627
ello se despertó en los oficiales la esperanza de conseguir para ellos mismos brillantes distinciones por el hecho de que Vespasiano había dado tales pruebas de generosidad con un extranjero. Por su parte Tito, que estaba junto a su padre, dijo: «Padre, es justo que con las cadenas de hierro qui- 628
temos también a Josefo su deshonra, pues, si no sólo le quitamos las cadenas, sino que se las rompemos, será igual que una persona que nunca ha sido encarcelada». Efectivamente, esto es lo que se obra con los que han sido hechos prisioneros injustamente. Vespasiano accedió a esta petición, y uno 629
de sus hombres se acercó y cortó con un hacha las cadenas. Josefo recibió la plena libertad[313] como premio por sus predicciones y a partir de ese momento fue considerado digno de confianza para los acontecimientos futuros.

[313] Es decir, la *epithimía*, la plena posesión de los derechos de ciudadanía. Realmente Flavio Josefo no obtendrá su ciudadanía romana hasta que llega con Vespasiano a Roma (cf. *Autobiografía* 423), cuando recibió el gentilicio de *Flavius*, el *nomen* del Emperador que le concedió tal honor y que se convirtió en su protector. Tito conservó y acrecentó su estima por Josefo (cf. *Autobiografía* 428), Domiciano le otorgó el privilegio de la exención de impuestos sobre las propiedades de Judea y hasta la emperatriz Domicia le llenó de favores (cf. *Autobiografía* 429). No es raro que determinados judíos se conviertan en ciudadanos romanos. Antípatro, el padre de Herodes, Tiberio Alejandro, prefecto de Egipto, o Pablo de Tarso, por citar algún ejemplo ya conocido, aunque este hecho era más frecuente fuera de la propia Judea; cf. E. M. SMALLWOOD, *The Jews under Roman rule*, Leiden, 1976, págs. 127-128, 132 y 248-250, y el reciente estudio de M. GOODMAN, «Josephus as Roman Citizen», en F. PARENTE y J. SIEVERS (eds.), *Josephus and the History of Greco-Roman Period*, Leiden-Nueva York, 1994, págs. 329-338.

Muciano acude a Italia

630 Vespasiano, después de conceder audiencia a las embajadas y de repartir los cargos entre todos de forma justa y de acuerdo con los méritos de cada uno, par-
631 tió a Antioquía. Allí pensó a dónde ir y consideró que era más importante la situación de Roma que el ir a Alejandría, ya que veía que esta ciudad estaba segura mientras que aquélla estaba revuelta por acción de Vitelio.
632 Envió a Muciano a Italia y le entregó un numeroso destacamento de soldados de caballería e infantería. Éste, que temía navegar en medio del rigor del invierno, condujo el ejército a través de Capadocia y Frigia[314].

Antonio Primo y Cecinna. Derrota de los hombres de Vitelio en Cremona

633 Entre tanto, Antonio Primo[315] con la tercera de las legiones que se hallaban en Mesia, donde se daba la circunstancia de que él era gobernador, se apresuró para
634 enfrentarse a Vitelio. Este último envió contra él a Cecinna Alieno con una gran tropa, pues confiaba mucho en este hombre por su victoria sobre Otón[316]. Cecinna salió inmediatamente de Roma y se encontró con Antonio en las proximidades de Cremona[317], en la Galia,
635 ciudad que está en las fronteras de Italia. Cuando vio allí el gran número de enemigos y su disciplina, no tuvo valor para

[314] TÁCITO, *Historias* II 83, menciona estas tropas, en especial la legión VI *Ferrata* y trece mil vexilarios, que se unieron a la flota en Bizancio.

[315] Sobre este personaje, cf. IV 495. TÁCITO, *Historias* II 86, contradice esta afirmación de Josefo, dado que Antonio Primo fue comandante de la legión VII *Galbiana* en Panonia no en Mesia. No obstante, esta «tercera legión» es la III *Gallica,* que se hallaba en esa región junto con la VII *Claudia* y la VIII *Augusta*.

[316] Cf. IV 547.

[317] Al norte del río Po, en la Galia Cisalpina.

enfrentarse a ellos y, como juzgó que era peligroso retroceder, planeó una traición[318]. Convocó[319] a los centuriones y 636
tribunos que estaban bajo sus órdenes y les animó a pasarse al bando de Antonio. Para ello menospreciaba los efectivos de Vitelio y exageraba la fuerza de Vespasiano. Decía que 637
el primero tenía solamente el nombre de emperador, mientras que el segundo tenía el poder. Por tanto, era mejor que ellos tomaran la delantera, hicieran de grado lo necesario y se adelantaran al peligro con su decisión, ya que iban a ser vencidos por las armas. Pues Vespasiano era capaz, incluso 638
sin su ayuda, de conquistar lo que aún quedaba, mientras que Vitelio ni siquiera podía conservar con ellos lo que tenía.

Con muchas palabras de esta índole les convenció y se 639
pasó con su ejército a Antonio. Esa misma noche se apoderó 640
de los soldados un arrepentimiento y un miedo de que Vitelio, que era quien los había enviado allí, resultara vencedor en la batalla. Entonces sacaron sus espadas y se arrojaron contra Cecinna para matarlo, y habrían ejecutado esta acción, si los tribunos no se hubieran postrado ante ellos y les hubieran suplicado que no lo hicieran. Renunciaron a asesi- 641
narlo, pero encadenaron al traidor y estaban dispuestos a enviárselo a Vitelio. Cuando Primo tuvo noticia de estos hechos, al instante puso en pie a sus hombres y los condujo armados contra los sublevados. Estos últimos resistieron 642
muy poco tiempo en formación de combate y enseguida se dieron la vuelta y se refugiaron en Cremona. Primo con la caballería les cortó los accesos, rodeó a un gran número de ellos delante de la ciudad y los mató; se precipitó al interior con los que quedaban y dejó a sus soldados que saquearan

---

[318] Según el relato de TÁCITO, *Historias* II 99-100 y III 12-17, Lucilio Baso, comandante de la flota de Vitelio, había iniciado ya la traición.

[319] Desde aquí hasta el número 641 los paralelos con el relato de TÁCITO, *Historias* III 13-15, van en aumento.

643 el lugar. Allí perdieron su vida muchos comerciantes extranjeros[320], una gran cantidad de sus habitantes y todo el ejército de Vitelio, treinta mil doscientos hombres. Antonio perdió cuatro mil quinientos de sus legionarios de Mesia.
644 Liberó a Cecinna y lo envió a Vespasiano para que comunicara lo sucedido. Cuando llegó, fue recibido por el emperador que cubrió el oprobio de su traición con inesperados honores.

Guerra civil en Roma. Muerte de Vitelio

645 En Roma Sabino volvió a llenarse de valor, cuando tuvo noticia de que Antonio estaba cerca. Reunió a las cohortes que hacían la vigilancia nocturna[321] y se
646 apoderó del Capitolio. Al amanecer[322] se le unieron muchos ciudadanos ilustres y Domiciano, el hijo de su hermano, que constituía la parte más importante
647 de sus esperanzas de obtener el triunfo. Primo[323] apenas era para Vitelio una preocupación, aunque este último estaba furioso contra los que se habían sublevado con Sabino. Sediento de sangre noble, a causa de su natural crueldad, envió contra el Capitolio el destacamento del ejército que había
648 venido con él. Estos soldados y los que combatían desde lo alto del templo hicieron demostración de numerosas hazañas valerosas. Al final, las tropas de Germania, que eran su-
649 periores en número, se adueñaron de la colina. Domiciano

---

[320] La fama del mercado de Cremona es mencionada por TÁCITO, *Historias* III 32.

[321] Estas cohortes habían sido instituidas por Augusto, bajo el mando del prefecto de la ciudad, para hacer frente a los incendios por la noche (cf. SUETONIO, *Augusto* 309, y DIÓN CASIO, IV 26).

[322] Tácito, *Historias* III 69, precisa que fue «antes de la medianoche».

[323] Esta maquinación es capitaneada por Sabino, en lugar de por Antonio Primo, en el relato paralelo de TÁCITO, *Historias* III 70-71.

junto con muchos notables romanos se salvó milagrosa-
mente[324], mientras que toda la demás gente fue degollada.
Sabino, llevado ante Vitelio, fue ejecutado y sus soldados
saquearon las ofrendas e incendiaron el templo. Al día si- 650
guiente Antonio llegó con su ejército. Los hombres de Vite-
lio salieron a su encuentro y entablaron combate en tres ba-
rrios de la ciudad[325]. Todos perecieron. Vitelio salió del 651
palacio borracho y con el estómago lleno, después de haber
comido en un desenfrenado banquete más abundante que
otras veces, como si se tratara de sus últimos momentos de
vida. Arrastrado por la multitud fue ultrajado de todas las 652
formas posibles y fue degollado en pleno centro de Roma,
después de haber reinado durante ocho meses y cinco días[326].
Creo que si hubiera vivido más tiempo, el Imperio no le ha-
bría bastado para su libertinaje. El número de los demás 653
muertos superó los cincuenta mil. Estos hechos acaecieron 654
el tercer día del mes de Apeleo[327]. Al día siguiente se pre-
sentó Muciano con sus tropas y puso fin a la matanza que
hacían los hombres de Antonio, pues éstos todavía registra-
ban las casas y asesinaban a muchos de los soldados de Vi-
telio y a numerosa gente del pueblo, como si fueran partida-
rios de aquél, pues su cólera les llevaba a no perder el tiem-

---

[324] En efecto, Domiciano, el futuro emperador, se había escondido en la casa de un guardián del Templo Capitolino y luego escapó de allí vestido con ornamentos sagrados; cf. TÁCITO, *Historias* III 71, y SUETONIO, *Domiciano* I.

[325] La Vía Flaminea, Vía Salaria y la ribera del Tiber; cf. TÁCITO, *Historias* III 82.

[326] Desde el 17 de abril al 20 ó 21 de diciembre del año 69. Este final de Vitelio coincide con la narración de TÁCITO, *Historias* III 84-85, y con la de SUETONIO, *Vitelio* XVII-XVIII.

[327] Mes del calendario macedónico, que se corresponde con Kislev, en el cómputo hebreo, y con la segunda mitad de noviembre y parte de diciembre del calendario juliano.

po en distinguir con exactitud entre unos y otros. Muciano llevó a Domiciano ante la multitud y le presentó como su je-
655 fe hasta que llegara su padre[328]. El pueblo, liberado ya del miedo, aclamó a Vespasiano como emperador y celebró una fiesta en la que se festejaba tanto su llegada al trono como la destitución de Vitelio.

Vespasiano regresa a Roma desde Alejandría. Tito asume el ataque a Jerusalén

656 Cuando Vespasiano llegó a Alejandría, recibió las buenas noticias de Roma y acudieron a felicitarles embajadores[329] de todo el mundo habitado, que ahora era suyo. Esta ciudad, que era la más grande después de Roma, resultó demasiado pe-
657 queña para tanta gente. Dado que ya ahora, en contra de lo que se esperaba, todo el Imperio estaba bajo su autoridad y se había puesto a salvo el Estado romano, Vespasiano dirigió su atención a lo que aún quedaba por resolver en Judea.
658 Él deseaba embarcarse para Roma, ya que el invierno estaba acabando, y con rapidez dejó organizada la situación de Alejandría[330]. Envió a su hijo Tito con los mejores hombres
659 de su ejército a conquistar Jerusalén. Éste avanzó por tierra

---

[328] Más detalles sobre estos acontecimientos pueden verse en TÁCITO, *Historias* IV 1-11.

[329] TÁCITO, *Historias* IV 51, recuerda la aportación del rey parto Vologeso con cuarenta mil arqueros a caballo.

[330] Además Vespasiano tenía especial interés en regresar a causa de las noticias poco favorables que le habían llegado sobre la conducta de su hijo Domiciano; cf. TÁCITO, *Historias* IV 51. Aunque Vespasiano deseaba regresar en invierno, sin embargo prefirió esperar en Alejandría la llegada de los vientos veraniegos. Por ello, no vio Roma hasta la segunda mitad del año 70; cf. W. WEBER, *Josephus und Vespasian. Untersuchungen zu dem judischen Krieg des Flavius Josephus*, Stuttgart, 1921, págs. 250-253.

hasta Nicópolis[331], que dista de Alejandría veinte estadios. Allí embarcó a su ejército en grandes naves y a través del Nilo, por el distrito de Mendesio[332], llegó a la ciudad de Tmuis[333]. Desembarcó en este lugar y caminó hasta la aldea 660
de Tanis[334], donde acampó. Su segunda etapa fue Heracleópolis[335] y la tercera Pelusio. Después de estar aquí dos jor- 661
nadas retomó la marcha con el ejército y al tercer día atravesó las desembocaduras del Nilo en Pelusio. Tras una etapa por el desierto[336] estableció su campamento junto al templo de Zeus Casio[337], y al día siguiente lo hizo en Ostracine[338].

---

[331] De acuerdo con Estrabón, XVII 1, 10, son 30 estadios los que separan Alejandría de este pequeño suburbio de la ciduad, fundado en el 24 a. C. por Augusto en el lugar en que venció a Antonio.

[332] El distrito o nomo de Mendesio, con capital en Mendes, se hallaba en el nordeste del Delta del Nilo.

[333] Las actuales ruinas de Tell Ibn es-Salam, también en el delta, al suroeste de Mendes.

[334] Es la ciudad bíblica de Soan (cf. *Ezequiel* 30, 14), actual El-Ḥagar, en la parte oriental del Delta del Nilo; sobre la antigüedad de esta capital faraónica véase la nota a IV 530. Ya desde la época del rey David y, sobre todo, a partir de Salomón mantuvo relaciones con Jerusalén; cf. P. Montet, *Les énigmes de Tanis*, París, 1952.

[335] Se trata de la Heracleópolis Parva, no la Magna, situada en el delta en el camino de Pelusio. Actualmente este enclave está cubierto por el lago Menzaleh.

[336] Plutarco, *Antonio* III, destaca los peligros de una expedición por este lugar en la campaña que Gabinio iba a emprender junto con Ptolomeo en su invasión de Egipto. En efecto, eran de temer los grandes arenales faltos de agua y el paso por las boca del lago Serbonis, formado por filtraciones del Mar Rojo, y que por ello los habitantes del lugar lo llamaban «respiradero de Tifón».

[337] En las fronteras entre Egipto y Siria, entre el Mediterráneo y el lago Sirbonis, se levanta el monte Casio, donde hay un templo dedicado a Zeus-Amón y donde está enterrado Pompeyo; cf. Heródoto, II 6, 158, III 5 y Estrabón, XVI 2, 32-33

[338] Esta población, sin identificar de forma satisfactoria, parece corresponder con el enclave señalado por Plinio, *Historia natural* V 12, 8,

En este lugar no hay agua y sus habitantes se sirven de la
662 que traen de fuera. A continuación descansó en Rinocorura[339], y de allí se dirigió en una cuarta etapa a Rafia[340], ciudad donde empieza Siria. En la quinta jornada acampó en Gaza[341]. Luego llegó a Ascalón[342] y de aquí a Jamnia, después a Jope[343] y de esta ciudad a Cesarea, donde había determinado reunir el resto de sus tropas.

---

al este de Pelusio y del monte Casio. En el comentario de RICCIOTTI, *ad loc.*, se recoge la referencia a un promontorio llamado Straki y al pequeño poblado de Zaraniq en esta zona como posibles vestigios actuales de Ostracine.

339 Riconorura, actual El-Arish, era desde Palestina la primera ciudad de la costa egipcia. El origen legendario de su nombre se contiene en ESTRABÓN, XVI 2, 31, a saber, el hecho de que un soberano de Etiopía confinaba en este enclave a los condenados, que en lugar de recibir la pena de muerte se les cortaba la nariz.

340 Rafia era una de las primeras ciudades de la costa palestina, viniendo desde Egipto, entre Gaza y Riconorura; cf. ESTRABÓN, XVI 2, 31.

341 Antigua ciudad filistea convertida ahora en el puerto más importante de la costa fenicia.

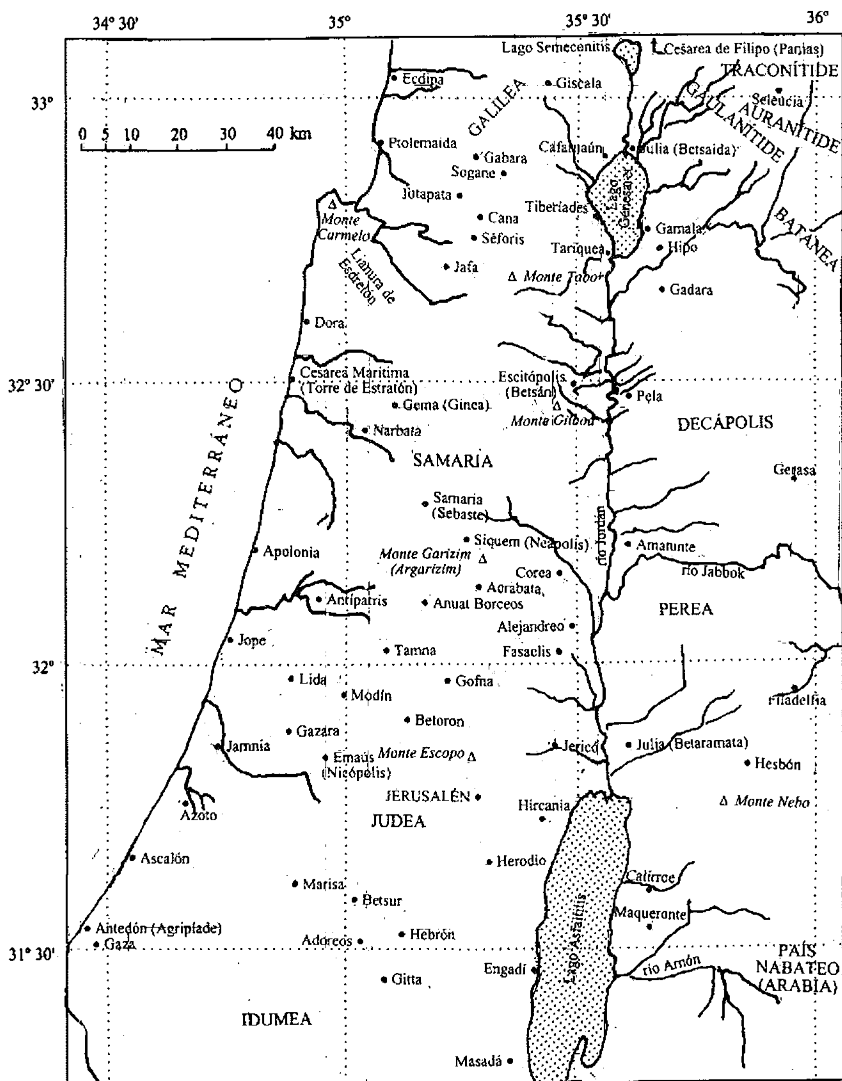
342 Sobre esta ciudad, una de las más antiguas e importantes de la costa filistea, véase nota a I 185.

343 Jope actualmente es el puerto de Tel-Aviv, a 52 kilómetros al sur de Cesarea. Sobre la importancia de esta ciudad costera, cf. nota a I 50.

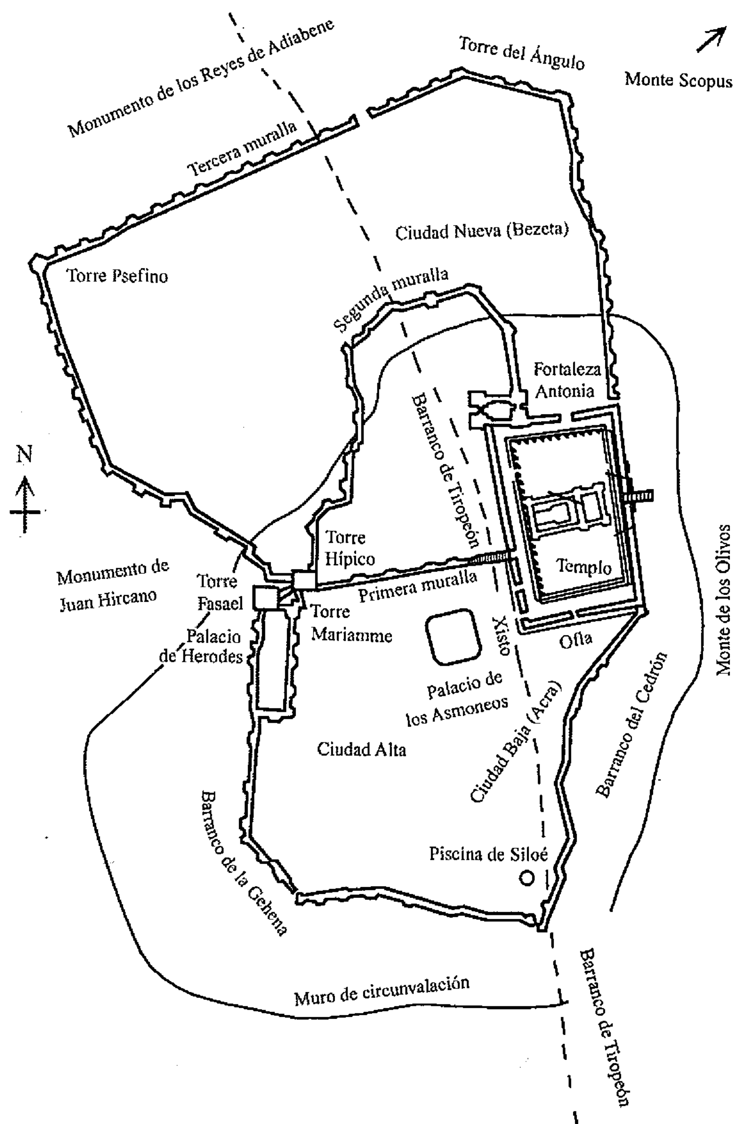
ÍNDICE DE NOMBRES *

* En este índice no sólo se han incluido los nombres propios de persona o de lugar, sino también las personificaciones, los gentilicios y aquellos términos más destacados desde el punto de vista institucional, histórico y religioso.

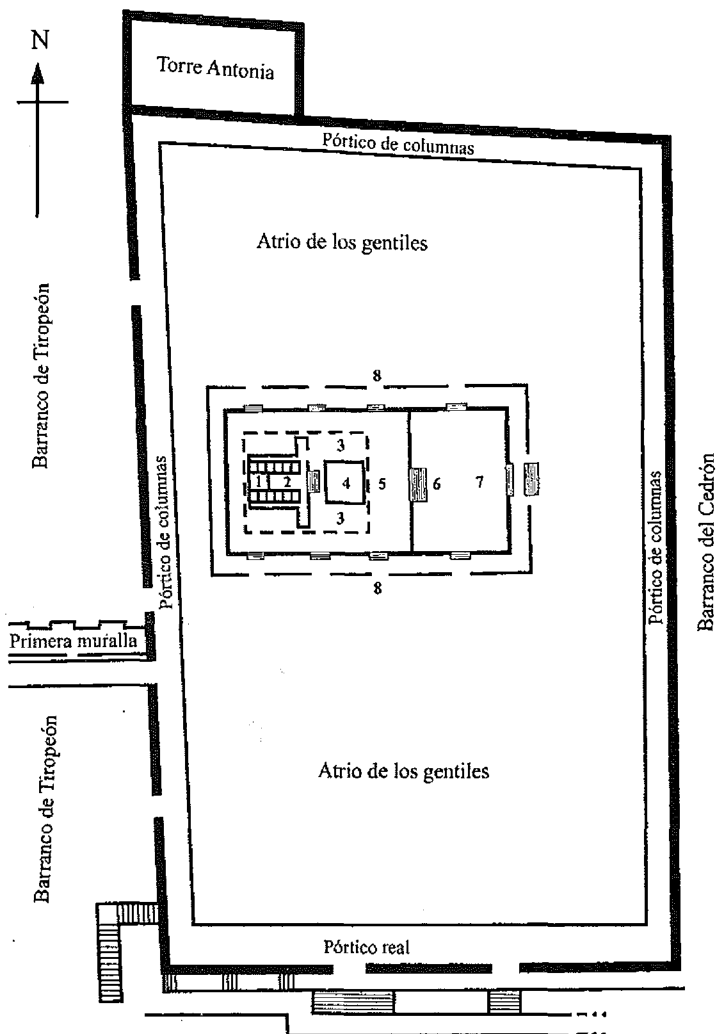
APÉNDICE



Palestina en el siglo I d. C.

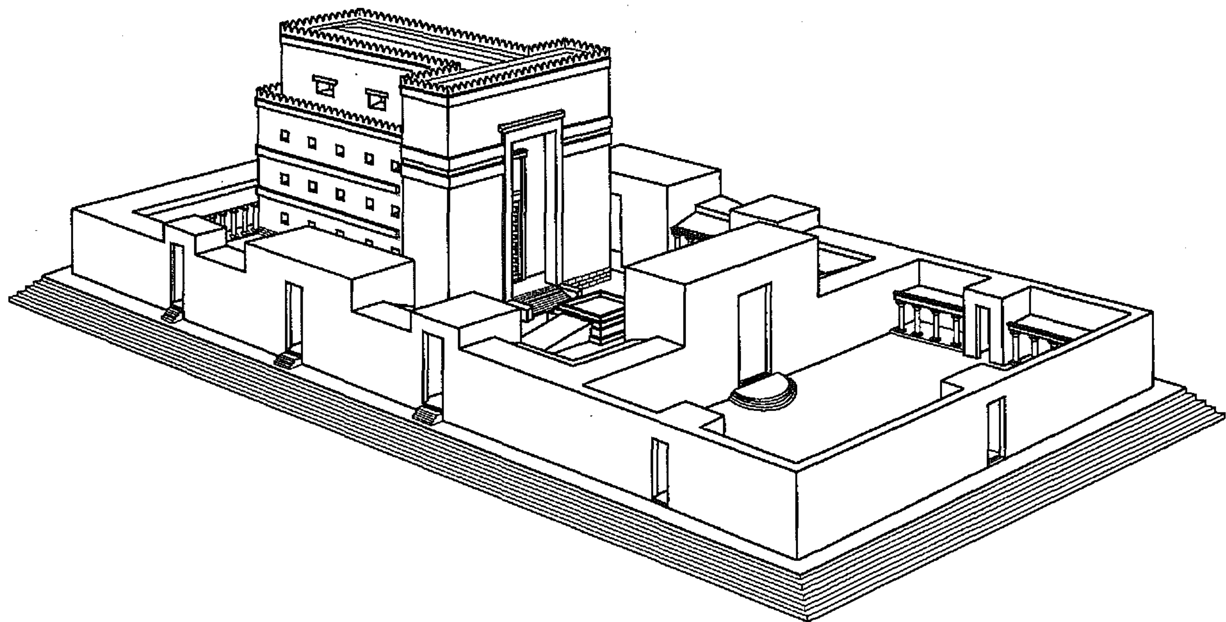


Jerusalén en el año 70 d. C.



1 - *Sancta Sanctorum*
2 - Santuario
3 - Atrio de los sacerdotes
4 - Altar de los sacrificios
5 - Atrio de los israelitas
6 - Puerta de Corinto
7 - Atrio de las mujeres
8 - Balaustrada

Templo de Jerusalén



Templo de Jerusalén (reconstrucción de Th. A. Busink)

ÍNDICE GENERAL